JOAN DIDION

Una liturgia común



JOAN DIDION

Una liturgia común

Traducción de Olivia de Miguel



RANDOM HOUSE

Este libro es para Brenda Berger Garner,
para James Jerret Didion,
y también para Allene Talmey y Henry Robbins.

UNO

1

Seré su testigo.[1]

Esta frase traduce *I will be her witness*, y no aparece en el glosario de las guías de viaje porque no es una frase útil para el viajero prudente.

Esto es lo que sucedió: ella abandonó a un hombre, abandonó a otro, viajó de nuevo con el primero, lo dejó morir solo. La «historia» le arrebató una hija y las «complicaciones», otra (en ambos casos me remito a la evaluación de los demás); creyó que sería capaz de librarse de ese peso y vino de turista a Boca Grande. *Una turista*. Eso dijo. En realidad, no vino tanto de turista como de transeúnte, pero ella no hacía esa distinción.

No hacía suficientes distinciones.

Soñaba su vida.

En resumen, murió esperanzada. Ya conocen la historia. Por supuesto, la historia tuvo circunstancias atenuantes: el clima, las aceras levantadas y los calmantes, pero solo para los vivos.

Charlotte habría dicho que la suya fue una historia de pasión. Creo que yo la definiría como una historia de autoengaño. Me llamo Grace Strasser-Mendana, Tabor, de soltera, y durante cincuenta de mis sesenta años he sido una estudiosa del autoengaño, una viajera prudente de Denver, Colorado. Mi madre murió de gripe una mañana cuando yo tenía ocho años. Mi padre murió una tarde, dos años después, a causa de las heridas producidas por un arma de fuego que no se hizo él mismo. Desde aquella tarde hasta que cumplí los dieciséis, viví sola en nuestra suite del hotel Brown Palace. He vivido en la América ecuatorial desde 1935 y solo he tenido fiebres un par de veces. Soy una antropóloga que perdió la fe en sus métodos, que dejó de creer que la actividad observable definía al ser humano. Estudié con Kroeber en California y trabajé con LéviStrauss en São Paulo; he

clasificado diversas sociedades, he catalogado sus ritos y actitudes ante el nacimiento, el apareamiento, la iniciación y la muerte; realicé vastos y prestigiosos estudios sobre la crianza de las niñas en el Mato Grosso y a lo largo de algunos afluentes del río Xingú, y todavía no sé por qué ninguna de aquellas niñas hizo algo o dejó de hacerlo.

Diré algo más.

Ni siquiera sé por qué yo hice determinada cosa o dejé de hacerla.

En consecuencia, me «jubilé» de ese campo, me casé con un plantador de cocoteros de San Blas Green, aquí en Boca Grande, y comencé el estudio amateur de la bioquímica, una disciplina en la que lo más habitual son las respuestas demostrables y en la que no existe el concepto de «personalidad». Por ejemplo, me interesa saber que un rasgo determinado de la «personalidad», como el miedo a la oscuridad, existe al margen de patrones de crianza de los niños en el Mato Grosso o en Denver, Colorado. El miedo a la oscuridad se puede sintetizar en un laboratorio. El miedo a la oscuridad es una combinación de quince aminoácidos. El miedo a la oscuridad es una proteína. Una vez le hice a Charlotte un diagrama de esta proteína. «No entiendo por qué el llamarlo proteína lo convierte en algo diferente», dijo Charlotte mientras volvía la mirada furtivamente hacia un desvencijado catálogo navideño Neiman-Marcus que había recibido por correo aquella mañana de mayo. Su estancia en Boca Grande había alcanzado ese punto en el que vivía pendiente del correo, pedía todos los catálogos, rellenaba todos los cupones, escribía montones de cartas y recibía algunas respuestas. «Quiero decir que no termino de entender su comentario».

Le expliqué mi comentario.

«Nunca he tenido miedo a la oscuridad —dijo Charlotte al cabo de un momento; luego, arrancó una fotografía de una niña que llevaba un vestido de ganchillo y dijo—: Esto le habría quedado precioso a Marin».

Como Marin era la hija que la historia había arrebatado a Charlotte y que en el momento de su desaparición tenía dieciocho años, llegué a la conclusión de que a Charlotte no le interesaba mi explicación.

Además, para que conste, Charlotte tenía miedo a la oscuridad.

¡Ojalá supiera la estructura molecular de la proteína que definía a Charlotte Douglas!

Por lo menos en dos de las muchas «Cartas desde Centroamérica» absolutamente eufemísticas que escribió durante su estancia aquí y que intentó vender en vano a *The New Yorker*, Charlotte describía Boca Grande como una «tierra de contrastes». Boca Grande no es una tierra de contrastes. Al contrario, Boca Grande es inexorablemente «uniforme»: la catedral no es de estilo colonial español, sino de aluminio corrugado. Existe una moneda local, pero el dólar estadounidense es de curso legal. A primera vista, la «colorista» yuxtaposición latina de *guerrilleros* y coroneles da la apariencia de que la política del país ofrece contrastes, pero cuando los tanques vuelven a los cuarteles y el aeropuerto se abre otra vez nada ha cambiado realmente en Boca Grande. No hay cataratas de renombre, ni ruinas de interés ni boutiques elegantes que ofrezcan un marco cultural que contraste dramáticamente con el vudú de las montañas (Charlotte se aventuró a alquilar un local para poner una de esas boutiques, pero mi hijo Gerardo utilizó el local para sus propios intereses y, desde la Revuelta de Octubre, se ha convertido en una sala de lectura de la Iglesia de Pentecostés).

En realidad, no hay vudú en las montañas.

En realidad, ni siquiera hay montañas, sino solo el insípido matorral tropical y el mar sin vida.

Y la luz. La opaca luz ecuatorial. El matorral y el mar no reflejan la luz, la absorben, la succionan y luego la reflejan mortecinamente. Boca Grande es el nombre del país y Boca Grande es el nombre de la ciudad, como si el lugar hubiera agotado incluso la imaginación del primer colono. Al menos una vez al año, generalmente el día del aniversario de la independencia por la tarde, el sindicato de Intelectuales de Boca Grande patrocina un debate, seguido de un cóctel de lista cerrada y cubierto de pago, sobre quién pudo haber sido aquel primer colono, pero los argumentos son engañosos y arbitrarios. Aquí falta información. No se deja constancia de las pruebas. Cada vez

que el sol se pone en Boca Grande y acaba el día, parece que ese día se borrase de la memoria local para, en caso necesario, ser reinventado, pero jamás recordado. Una vez le pedí al bibliotecario del sindicato de Intelectuales que me recomendara una historia de Boca Grande para Charlotte. «Boca Grande no tiene historia», dijo el bibliotecario aparentemente agradecido por mi petición, como si juntos hubiéramos atinado en un punto clave del orgullo nacional.

«Boca Grande no tiene historia», le repetí a Charlotte; pero tampoco esa vez ella entendió lo que le decía. En aquel momento Charlotte preparaba una «Carta» en la que describía Boca Grande como «el puntal económico de las Américas». Era cierto que los aviones que volaban, digamos, entre Los Ángeles y Bogotá o entre Nueva York y Quito paraban a veces a repostar en Boca Grande y pagaban unas tasas de aterrizaje abusivas. También era cierto que los pasajeros de aquellos vuelos dejaban un par de dólares en las máquinas tragaperras del aeropuerto mientras el avión repostaba; pero no me parecía que los ingresos de las tasas de aterrizaje y de las dieciocho máquinas tragaperras constituyeran, en el sentido clásico, un puntal económico.

Se lo sugerí a Charlotte.

Boca Grande exportaba copra, dijo Charlotte. Sobre todo la suya.

Boca Grande sí que exportaba copra, sobre todo la mía, y Boca Grande exportaba también loros, pieles de anaconda y chales de macramé, por la misma cantidad de dólares aproximadamente.

Lo que yo no tenía para nada en cuenta, me dijo Charlotte, era lo que Boca Grande «podía llegar a ser».

Le sugerí que lo que convencionalmente se entendía por una «Carta» de una ciudad o un país era un informe real de lo que «era» una ciudad o un país, no de lo que «podía llegar a ser».

No necesariamente, dijo Charlotte.

Otra de las «Cartas» de Charlotte trataba del «espíritu de esperanza» que ella intuía en las *favelas* de Boca Grande. Boca Grande no tiene *favelas*: hasta la palabra es portuguesa. Aquí hay pobreza, pero es tercamente indistinguible de la comodidad. Todos vivimos en casas

hechas con bloques de hormigón. Charlotte quería color. En cuanto al color, lo único que pude contarle fue que, según decían, el hotel Caribe tenía el mayor salón de baile de toda Centroamérica, pero Charlotte no estaba satisfecha con aquello, ni tampoco con la luz.

2

Digamos que esta es mi propia carta desde Boca Grande.

No. Digamos que es lo que antes señalé. Digamos que es mi testimonio de Charlotte Douglas.

Un par de datos sobre el lugar en que Charlotte murió y en el que yo vivo. Boca Grande significa «bocaza» o «bahía grande» y describe el rasgo físico más importante del país tal como es. Casi todo en Boca Grande se describe literalmente, como si cualquier ambigüedad en la forma de nombrarlo pudiera hacer que, al igual que el pasado, el presente desapareciera sin dejar huella. El río Blanco es blanco. El río Colorado es rojo. La avenida del Mar discurre junto al mar. La avenida de la Punta Verde discurre junto al promontorio verde. El promontorio verde es realmente verde. Pensándolo bien, solo conozco dos nombres en Boca Grande que evoquen una idea, acontecimiento o persona, que remitan a un pasado indio o colonial.

Una de estas dos excepciones es «Millonario».

Como en provincia Millonario.

Se llama así porque allí crecían nuestras palmas, nuestra copra se molía allí y el padre de mi marido era el hombre rico, el *millonario*, un estafador de Saint Louis llamado Victor Strasser que a los veintitrés años tomó prestado un dinero en Missouri para comprar acciones petrolíferas, a los veinticuatro huyó a México tras un intento frustrado de invadir Sonora y a los veinticinco llegó a Boca Grande. Tras recuperarse del cólera, se casó con una Mendana y empezó a desvalijar a la familia de su esposa, que vivía en el interior de Boca Grande.

Victor Strasser murió a los noventa y cinco años, y durante los últimos sesenta años de su vida se hizo llamar don Victor.

Yo le llamaba señor Strasser.

Tenemos un Millonario y tenemos también un «Progreso». En realidad hay dos Progresos. El Progreso *primero* y el *otro* Progreso. El

primer Progreso fue la gran obra de mi cuñado Luis, el juguete de sus quince meses de presidente, su nueva ciudad, su capital: un conjunto de veinte pirámides de cristal cruzadas por cuatro bulevares de ocho carriles; todo esto levantado sobre un terreno de relleno en la bahía y, hasta hace poco, conectado con tierra firme por una carretera elevada sobre el agua. Las pirámides de cristal nunca llegaron a terminarse, pero los bulevares de ocho carriles, sí. Hasta hace unos años, cuando se hundió la carretera, solía llevarme la comida al primer Progreso y almorzaba allí sola, sentada donde habían proyectado levantar un monumento, en el punto en que convergían los cuatro bulevares vacíos. En el terreno de relleno entre los bulevares crecía el bambú junto a las enormes grúas Bechtel, abandonadas desde el día que mataron a Luis. Luis fue el último de mis cuñados que asumió un cargo tan expuesto como el de *presidente*. Después de Luis, los demás han preferido reservarse el de ministro de Defensa y han dejado la presidencia para primos políticos sacrificables. En los años que siguieron a la muerte de Luis, los jacintos de agua fueron atascando las alcantarillas de Progreso, y después de la lluvia los bulevares quedaban todo el día anegados por una delgada capa de agua, que temblaba con larvas de mosquito y una película de grasa irisada procedente de los herrumbrosos depósitos de petróleo. Antes de que se hundiera la carretera, yo solía ir allí una vez por semana y me quedaba casi toda la tarde. Ahora que lo pienso, tal vez yo fuera la única persona en Boca Grande a la que contrarió el hundimiento de la carretera de Progreso.

En algún momento después de que se hundiera la carretera, Gerardo llevó a Charlotte en barca hasta Progreso.

Recuerdo que durante la cena le pregunté a Charlotte si Progreso *primero* le había parecido tan tranquilo como a mí.

Charlotte empezó a llorar.

En cuanto al *otro* Progreso, que habría puesto a prueba más radicalmente la opinión bastante teleológica que Charlotte tenía de los asentamientos humanos, yo hace años que no lo he visto. Ni tampoco nadie más. Este segundo Progreso era otra ciudad nueva, en el interior, construida por una multinacional del aluminio

estadounidense en terrenos alquilados (nuestros) durante la época en la que se desató aquí la quimera de la bauxita. (Sí, había bauxita, pero no tanta como los geólogos habían vaticinado, no la suficiente para justificar el *otro* Progreso). Tras el cierre de las minas, unos cuantos ingenieros se quedaron para intentar sacar alguna utilidad económica de la laterita aluminosa, que formaba el grueso del yacimiento, pero uno a uno desaparecieron, bien fuera porque contrajeron fiebres, renunciaron o se trasladaron a otras empresas de la multinacional en Venezuela. Los dos últimos se fueron en 1965. La carretera hacia el interior, que había costado treinta y cuatro millones de dólares estadounidenses, aún se distingue con bastante claridad desde el aire, una línea recta de vegetación más clara. Mi marido quería mantener la carretera; siempre decía que había cosas en el interior a las que podíamos desear acceder, pero tras la muerte de Edgar, yo dejé que la vegetación la cubriera. Lo que yo deseaba del interior no tenía nada que ver con el acceso.

Edgar era el mayor de los cuatro hijos de Victor Strasser y Alicia Mendana.

El hermano que seguía a Edgar, Luis, fue el que murió de un disparo en las escaleras del palacio presidencial en abril de 1959.

Ya habrán deducido que al casarme entré a formar parte de una de las tres o cuatro familias solventes de Boca Grande. En realidad, la muerte de Edgar me dejó prácticamente al frente del 59,8%, de la tierra cultivable y aproximadamente el mismo porcentaje de responsabilidad en la toma de decisiones de la República (recientemente renombrada la República Libre) de Boca Grande. Este año el presidente lleva una gorra de capitán de yate. Los dos hermanos Strasser-Mendana más jóvenes, Victor hijo y Antonio, y los dos Edgar y Luis, apodados *los mosquitos*, participan en la gestión de la hacienda solo a través de un trust que yo administro. A Victor y a Antonio no les gusta mucho esta situación, ni tampoco a sus esposas Bianca e Isabel, ni a Elena, la viuda de Luis, pero así son las cosas. Una decisión conjunta de Edgar y su padre. Era un *fait accompli* la mañana que

Edgar murió. Así fue y así es. (Daré un pequeño ejemplo de por qué es así. El día que mataron a Luis, Elena se exilió a Ginebra, un gesto teatral pero innecesario, puesto que antes de que su avión abandonara la pista de despegue, el golpe de Estado ya había acabado y Victor hijo había asumido temporalmente el control del gobierno. La esposa de cualquier otro presidente latinoamericano habría sabido inmediatamente que un golpe en el que el aeropuerto permanece abierto era un golpe destinado al fracaso, pero a Elena le faltaba instinto para ser la esposa de un presidente latinoamericano. De todas formas, tampoco es que haga muy buen papel como viuda de presidente. Pocas semanas después, Elena regresó. Edgar, su padre y yo fuimos a recibirla al aeropuerto. Llevaba gafas de sol y un abrigo nuevo de Balenciaga color verde lechuga. Llevaba también un loro a juego. Aquel loro no se lo había llevado de Boca Grande, se lo había comprado en Ginebra aquella misma mañana por setecientos dólares). En cualquier caso, en todo Boca Grande no hay tanto dinero como el que Victor y Bianca, Antonio e Isabel y Elena me acusan de haberme llevado secretamente a Suiza.

Veamos la posición de Bianca.

Bianca no me acusa de haberme llevado el dinero a Suiza porque a Bianca le enseñaron en el Sacre Coeur de Nueva Orleans que no es de buena educación hablar de dinero. Veamos también la posición de Isabel. Isabel no me acusa de haberme llevado el dinero a Suiza porque casi nunca está aquí y su médico de Arizona le ha dicho que las discusiones de dinero alteran el flujo de la energía trascendental.

Yo sigo viviendo aquí porque me gusta la luz.

Y porque de vez en cuando me comprometo, con los cuñados que aún me quedan, a conseguir fondos para la Cruz Roja.

Y porque tengo los días más que contados como para desperdiciarlos en Nueva York, París o Denver soñando con la dura y quieta luz uniforme de Boca Grande, con su blanca y mortecina palidez al mediodía.

Al menos una cosa comparto con Charlotte: yo también perdí a mi

hijo. Para mí, Gerardo está perdido. Recibo noticias suyas regularmente, lo veo con demasiada frecuencia, hablo con él de política, de películas recién estrenadas y de la podredumbre de los brotes en los bosques del interior, pero hablo con él como si fuera un conocido. En Boca Grande conduce un Alfa Romeo 1750. En París, donde ha vivido intermitentemente durante quince años, con un visado de estudiante tras otro, conduce una Suzuki 500. Siempre que pienso en Gerardo, lo imagino sobre ruedas o sobre esquís. Ya no lo quiero tanto como le quería. Gerardo encarna muchos de los defectos de esta zona del mundo: el ardiente machismo, la desconcertante irascibilidad, el convencimiento de que descienden de la aristocracia, una actitud general que no admiro. Gerardo es nieto de dos buscadores de petróleo estadounidenses que se hicieron ricos: mi padre, en las minas de Colorado y el padre de Edgar, en la política de Boca Grande; y de la nodriza irlandesa y la *mestiza* del interior con las que respectivamente se casaron. Aun así, él insiste en conectar su linaje con la corte de Castilla. En lo que a capacidad de autoengaño se refiere, Gerardo y Charlotte estaban al mismo nivel.

Les cuento todo esto sobre mí únicamente para dar legitimidad a mi voz. Nos sentimos incómodos con una historia hasta que no sabemos quién es el narrador. En ningún otro aspecto importa lo más mínimo quién soy «yo»: «la narradora» no juega ningún papel en esta narración, ni me gustaría jugarlo.

Por supuesto, Gerardo tiene un papel protagonista. No me engaño en eso.

A diferencia de Charlotte, yo no sueño mi vida.

Intento establecer distinciones.

Moriré (y bastante pronto, de cáncer de páncreas), ni esperanzada ni todo lo contrario. Lo único que me interesa de Charlotte Douglas es lo relacionado con su paso por Boca Grande, porque el significado de su estancia aún se me escapa.

3

Según su pasaporte, su visado de entrada y su certificado internacional de vacunación, Charlotte Amelia Douglas había nacido en Hollister, California, cuarenta años antes de su llegada a Boca Grande; en el momento de su llegada estaba casada y residía en San Francisco, California; medía uno sesenta y cinco, era pelirroja, de ojos castaños y no tenía marcas características visibles; estaba vacunada contra el sarampión, el cólera, la fiebre amarilla, el tifus, la fiebre tifoidea y paratifoidea A y B. Se había renovado el pasaporte hacía cuatro meses en Nueva Orleans, Luisiana, y llevaba sellos de entrada y salida de Antigua y Guadalupe, visados sin utilizar para Australia y el protectorado británico de las islas Salomón, una tarjeta mexicana de turista sellada en Mérida, un visado y el sello de entrada en Boca Grande, y ningún indicio de que la titular hubiera vuelto a entrar en Estados Unidos durante los cuatro meses transcurridos desde la renovación del pasaporte. Nacionalidad: NORTEAMERICANA. Clase de visado: TURISTA. Ocupación: MADRE.

A mí me parecía que en aquellos documentos había muchas anomalías, y una de las más enigmáticas era la decisión de Charlotte Amelia Douglas de entrar en Boca Grande: sin embargo, ninguno de estos matices se le planteó a Victor, a Victor hijo, que había ordenado sustraer el pasaporte de Charlotte de la caja fuerte del hotel Caribe porque su número aparecía en una lista del Departamento de Asuntos Exteriores de Estados Unidos en la que se indicaba que aquellos viajeros debían recibir un trato especial.

4

Cuando Charlotte llegó a Boca Grande, todos se referían siempre a ella como la *norteamericana*. Durante toda la noche habían oído a la *norteamericana* escribir a máquina en su habitación del hotel Caribe; la *norteamericana* había despertado al médico a las dos de la mañana para preguntarle los síntomas de la frambesia infantil. La *norteamericana* había acusado de negligencia al director del Caribe por haber permitido que las camareras llenaran las garrafas con agua del grifo. La *norteamericana* había preguntado a un camarero del Jockey Club si solían usar marihuana en la cocina. Una noche que se estropeó el generador del Caribe, la *norteamericana* había bajado vestida con un fino camisón de algodón y se había sentado sola en la oscuridad al piano del salón de baile hasta las tres de la mañana, tocando con una mano, repetidamente y en todos los ritmos posibles, la melodía de una sola canción. La historia me la contó un botones del Caribe, el hermano de la cocinera de Victor y Bianca, mientras intentaba tararear la canción que la *norteamericana* había tocado una y otra vez. La canción era «Mountain Greenery».

En aquellas primeras semanas antes de que la conociéramos, solía aparecer únicamente por las noches. Aproximadamente una hora después de la puesta del sol, se la veía pasear por el casino vacío del hotel Caribe, saludaba amablemente con la cabeza a los crupieres ociosos y a los policías nacionales destinados en el casino y respiraba profundamente junto a las ventanas como si el aire fresco pudiera penetrar a través de las polvorientas cortinas de terciopelo azul que flanqueaban la habitación. Inspeccionaba las mesas una por una, pero no jugaba. Después de aquella vuelta ritual por el casino, atravesaba el vestíbulo hasta la calle con paso firme y decidido. Poco después se la veía cenando sola en el porche del Capilla del Mar o en el Jockey Club; aquí cenaba, siempre en la misma mesa, la que estaba debajo de una fotografía del equipo de polo de Venezuela que visitó Boca

Grande en 1948. Sostenía las patas de una langosta entre sus dientes extraordinariamente blancos y leía el *Miami Herald*; leía los anuncios clasificados con la misma atención que la página principal, ambas cosas de cabo a rabo y con la misma avidez con la que se comía la langosta.

Algunas tardes, la veía en el Jockey Club y, otras, oía hablar de ella. Como tantas otras obras arquitectónicas en Boca Grande, el Jockey Club es menos de lo que parece: un bungalow con los laterales de aluminio, mesas de juego de mimbre y el menú escrito en francés, que traducido en la cocina, se había convertido en ambiguos platos de gumbo a base principalmente de plátanos y arroz. Aunque cualquier viajero podía conseguir una tarjeta de invitación para el Jockey Club con el simple hecho de solicitarla en las oficinas de una compañía aérea, no muchos se molestaban en pedirla. El club había contado una vez con un campo de golf de nueve hoyos, pero ya al principio el césped se fue ahuecando y luego volvió a ser una ciénaga. También había tenido un lago artificial para bañarse, pero primero el lago se infestó de caracoles de agua dulce y luego de los *Schistosoma mansoni*, los gusanos que infestan a los caracoles. El lago no se drenó hasta que uno de los niños de Antonio e Isabel sufrió una hemorragia gastrointestinal a consecuencia de lo que en Nueva Orleans diagnosticaron como una esquistosomiasis. El vaciado del lago artificial no pasó desapercibido en el Jockey Club. Elena se opuso. Hace poco, cuando los miembros, manipulados por Victor, desestimaron la moción que Elena había presentado para rebautizar el club como Le Cercle Sportif, ella abandonó el Jockey Club. Elena había nacido y se había criado en la costa de Guatemala, pero apoyaba todo lo que fuera francés. La renuncia de Elena no pasó desapercibida en el Jockey Club.

En resumen, era muy probable que la presencia, noche tras noche, de esa llamativa *norteamericana* en la misma mesa del Jockey Club tampoco pasara desapercibida. En realidad, habría sido difícil que Charlotte Douglas pasara desapercibida en cualquier lugar si se tenía en cuenta la extrema y volátil delgadez de la mujer, el pelo rojo descolorido, rizado por el calor húmedo, que le enmarcaba la cara y

que parecía más pesado de lo que ella podía soportar. La gran esmeralda cuadrada en lugar del anillo de casada y la ropa cara que, con su deterioro apenas perceptible —un imperdible que fruncía el dobladillo de su falda de lino irlandés, el broche que no cerraba bien el bolso de seiscientos dólares— parecía revelar un deterioro moral equivalente, cierta vulnerabilidad o abandono.

Había también en ella aquel rasgo exhibicionista, perverso y, a veces, cuando no duraba demasiado y terminaba por cansar al observador, ingenioso. Si Charlotte Douglas oía que en otra mesa alguien hablaba inglés, se inmiscuía en la conversación y sugería parajes que visitar o lugares de interés que no había que perderse. Como en Boca Grande no existían ni los típicos «lugares de interés» ni turistas, sino solo geólogos de minas que llegaban esporádicamente o los agentes de la CIA que viajaban en alguna misión incorpórea de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID), esos encuentros solían terminar en confusos y oscuros equívocos sexuales. Después de cenar, regresaba sola al hotel, caminando muy pausadamente, sujetando una y otra vez un pañuelo vapuleado por el cálido viento nocturno, concentrada en el pañuelo, indiferente a los baches de la acera y a las cunetas en las que se acumulaba la basura. En la recepción del Caribe, preguntaba si tenía mensajes en un castellano peninsular vacilante, pero impecablemente memorizado y que el recepcionista de noche encontraba difícil de entender. En cualquier caso, como le informaron a Victor, jamás tenía mensajes.

5

Hasta que no se me cayó un empaste y tuve que ir al dentista a Miami, no supe qué hacía la *norteamericana* durante el día. En aquellas primeras semanas, ir al aeropuerto era una de sus actividades diarias. No iba al aeropuerto a coger un avión ni a recibir a nadie. Simplemente, iba al aeropuerto. La mañana que salí hacia Miami, estaba en la barra de la cafetería del aeropuerto, no sentada en la barra, sino detrás, con un reloj en la mano.

—No creo que esté todavía —le dijo a la chica indolente de cuyo espacio se había apropiado, y golpeó con la uña la esfera del reloj—. Nueve minutos más. Compruébalo tú misma.

Durante un instante la chica miró fijamente a Charlotte Douglas y luego, sin decir palabra, hundió el dedo índice en el azucarero de la barra. Sin dejar de mirar a Charlotte, se chupó el dedo azucarado. En otro país podría haber avanzado un paso más, haber dejado más clara su intención y haber metido su dedo mugriento entre los dientes de la *norteamericana*, pero en Boca Grande, la expresión del resentimiento proletario sigue siendo, en gran medida, simbólica. Los *guerrilleros* de aquí no tendrían nada que objetar a la chica del aeropuerto. Los *guerrilleros* de aquí pasan el tiempo teorizando en las zonas del interior y veladamente se les anima para que, de vez en cuando, aparezcan como desafío a la política real del país. Nuestras revoluciones, famosas por lo frecuentes, no son obra de los *guerrilleros* sino de gente que todos conocemos. Eso es algo difícil de entender para el forastero de sensibilidad romántica.

—La infección gastrointestinal es la primera causa de muerte natural en este país —dijo Charlotte poco después. Lo dijo en su lengua y sin mirar a la chica—. Si es que se le puede llamar natural. Cosa que yo no creo.

La chica lamió los últimos granos de azúcar bajo sus uñas roñosas y volvió a meter el dedo en el azucarero.

Cuando el agua para el té de Charlotte hubo hervido los preceptivos veinte minutos, ella misma se hizo el té, se lo llevó a la mesa junto a la ventana y se sentó a leer un artículo de la *Revista Boca Grande* sobre el cultivo de la vainilla. Movía ligeramente los labios y parecía absorta en la lectura. Cuando anunciaron el vuelo a Miami, ella continuaba leyendo la *Revista Boca Grande*. En ningún momento levantó la vista ni miró por la ventana. Al día siguiente por la tarde, cuando volví de Miami, Charlotte Douglas estaba sentada en la misma mesa leyendo el mismo número de la *Revista Boca Grande*. Aquel día no pensé que alguna vez tendría motivos para considerar a Charlotte una forastera de sensibilidad romántica. De todas formas, ya no estoy segura de que lo fuera. Posiblemente esa es la pregunta que trato de responder.

Cuando conocí mejor a Charlotte, me di cuenta de que a pesar de que hablaba español, lo leía con dificultad y tendía a no entender el sentido del más sencillo artículo periodístico desde el primer párrafo; sin embargo, en ese caso aquello no importaba lo más mínimo puesto que no estaba interesada en el cultivo de la vainilla.

Ni en la reforma de la estructura de los impuestos en Boca Grande.

Ni en la contradicción inherente a un mercado común centroamericano.

Charlotte Douglas leía en el aeropuerto de Boca Grande sobre estos y otros temas con aparente concentración apasionada y expresión de entender lo que leía, con una inclinación de cabeza en señal de aprobación o un mohín de disensión mientras recorría con los ojos, como si las entendiera, las palabras en español.

Cuando no había nada más que leer.

Cuando, por ejemplo, el *Miami Herald* no llegaba y ella ya se había aprendido de memoria los horarios revisados de las cinco líneas aéreas autorizadas a aterrizar en Boca Grande.

6

La lista del Departamento de Exteriores en la que aparecían el nombre y el número de pasaporte de Charlotte Douglas decía simplemente que la Embajada de Estados Unidos debería ser informada de la entrada, salida, arresto, hospitalización o participación en desórdenes callejeros de cualquiera de los individuos de la lista. Se adjuntaban varios formularios para cumplimentar las órdenes, pero el agente de inmigración encargado de la lista los había extraviado; por lo que él recordaba, Charlotte Douglas era la única persona de aquella lista que había entrado en Boca Grande. El propio Victor no había oído hablar nunca de la lista y la había visto por primera vez cuando el informe del funcionario de inmigración sobre Charlotte Douglas llegó a su mesa del Ministerio de Defensa, y él consideró aquella delgada hoja con el águila en la parte superior como un reto irresistible a sus poderes de deducción. La lista animaba una semana aburrida para Victor. La lista era un código que Victor no podía descifrar. La lista obsesionó a Victor de tal manera que incluso le preguntó a Antonio si creía que los que aparecían en la lista eran sospechosos políticos, delincuentes, indigentes o gente muy importante.

—Descarta indigentes —sugerí yo.

—El niño aventuró que indigentes.

Victor solía referirse a Antonio como «el niño», creo que esforzándose por mostrar una distancia irónica.

En aquel momento, Antonio era ministro de Obras Públicas, fuera cual fuera el significado de «Obras Públicas» en Boca Grande.

—No creo que sean indigentes —dije.

—Entonces ¿qué?

—Enséñame la lista.

—La lista es solo para uso oficial.

—Si no me enseñas la lista, cómo quieres que sepa de «qué» se trata. Pregúntale a Bradley.

—Te lo pregunto a ti.

—Victor, yo no soy la embajadora estadounidense. Bradley, sí.

Victor se chupó los dientes y tamborileó con sus uñas relucientes sobre un pisapapeles Steuben que Bradley le había regalado como gesto de buena voluntad diplomática. Victor creía que las pálidas lunas de sus uñas eran prueba inequívoca de sangre azul, y todos los días, al mediodía, una manicura le recortaba las cutículas y le realizaba otros servicios que Elena definía como fuera del alcance de Bianca. La fe de Elena en el virtuosismo sexual de las trabajadoras era patética e infantil. O yo conocía muy mal a Victor o las cutículas eran lo primero.

—Pregúntale a Bradley —repetí—. Llama a la embajada y pregúntale a Bradley.

—No gobernamos este país a conveniencia de Bradley.

Si se sienta a un Strasser-Mendana detrás de una mesa de despacho, se consigue un *tableau vivant* de la famosa susceptibilidad del mando. En cierta ocasión Antonio orinó a los pies de una periodista italiana que se atrevió a insinuar que tal vez Boca Grande no estaba preparada para entrar en el club nuclear. Victor estaba molesto con Bradley porque la semana anterior, en uno de los almuerzos oficiales que solía ofrecer en el jardín a las tres y media, Bradley había permitido que su esposa se ausentara, antes de que la comida se sirviera, con el pretexto de que se estaba mareando de calor. Victor se sentía insultado por los estadounidenses que se mareaban antes de comer incluso si los estadounidenses tenían, como en el caso de Ardis Bradley, cuarenta y cuatro años, y siete meses de embarazo.

—De todas formas —dijo Victor mirándose las uñas—. En realidad, Bradley está en Caracas.

De todas formas, en realidad Bradley no estaba en Caracas. Yo lo había visto la noche anterior, pero uno de los temas recurrentes de Victor era que Tuck Bradley tenía abandonada Boca Grande en favor de otras capitales más animadas.

—Respecto a esas comidas a las cuatro de la tarde en el jardín —dije.

—No me había dado cuenta de que estábamos hablando de comidas

a las cuatro de la tarde en el jardín.

—Solo un detalle, ahora que lo pienso. Coméntaselo a Bianca. Creo que el babá al ron no debería estar expuesto al sol desde las doce y media.

Victor dijo que no me había llamado a su oficina para que le aconsejara cómo servir el babá al ron.

Le pregunté si me había llamado a su oficina para que admirase la nueva Mauser 380 automática que tenía montada en su escritorio.

Victor chasqueó los dedos. El ujier de la puerta saltó hasta mi silla e inclinó la cabeza.

—Como compatriota suya, podrías entablar relación con ella —dijo Victor sin mirarme cuando me levantaba. El que continuara con aquella conversación pasado ya el mediodía demostraba su obsesión con la lista. A mediodía exactamente, su coche lo recogía para llevarlo a su manicura en el apartamento que tenía en la Residencia Vista del Palacio. La Residencia estaba solo a una manzana y media del ministerio, pero Victor creía que su coche, una limusina Mercedes negra con matrícula BOCA GRANDE 2 (Victor siempre dejaba que el *presidente*, usara la matrícula BOCA GRANDE l) era la forma más discreta de ir—. Podrías hacerte la encontradiza con esa mujer de forma totalmente natural e invitarla a un café o a tomar una copa.

—O un babá al ron.

Victor giró su silla hacia la ventana. Muchas de mis visitas al despacho de Victor en el ministerio terminaban, y terminan, así, pero ahora el despacho es de Antonio. Supongo que Isabel está encantada de que finalmente el despacho sea de Antonio, aunque Isabel esté pasando su habitual temporada en el hospital privado que su médico dirige en Arizona.

Cuando informaron a Victor de que Charlotte Douglas iba todos los días al aeropuerto, él interpretó inmediatamente que su presencia en la lista tenía algo que ver con Kasindorf y Riley. Kasindorf era el agregado cultural de Bradley en la embajada y Riley, un joven que llevaba una oficina «educativa» de la Organización de Estados

Americanos (OAS), llamada Operación Simpático. La relación con Charlotte Douglas, que a Victor le resultaba evidente, era que también Kasindorf y Riley iban al aeropuerto todos los días, se encontraban allí a tomar café a las siete y media en punto de la mañana, hora que coincidía con la llegada de México del vuelo nocturno de la Braniff.

En realidad, Kasindorf y Riley no iban al aeropuerto por el vuelo nocturno de México de la Braniff, sino porque sospechaban, acertadamente, que Victor había instalado micrófonos en sus oficinas.

En realidad, Charlotte Douglas solo iba al aeropuerto.

7

La *norteamericana* me contó que había jugado al escondite con Marin entre los miles de troncos del Gran Baniano del Jardín Botánico de Calcuta. Había sido el día «más lírico». Ella y Marin habían «devorado» un helado de coco para almorzar. A mediodía, ella y Marin habían paseado por debajo del Gran Baniano y se habían quedado allí hasta después de que anocheciera.

Ella se inclinó hacia Victor y hacia mí como si el final de la historia fuera un secreto no revelado hasta entonces.

—Y cuando Leonard acabó la reunión y no nos encontró en el Hilton, se puso como loco y mandó a un grupo de hombres que nos buscara por todo Calcuta; fue muy divertido.

La falta de banianos en la embajada estadounidense le recordó a Charlotte aquel episodio.

Contó que una vez habían estado bajo la lluvia dentro de una limusina en el aeropuerto de Lod comiendo caviar con un general israelí. Habían «devorado» el caviar cogiéndolo de la lata con los dedos y trozos de pan ácimo sin sal. El israelí y Leonard solo podían verse entre un avión y otro, y el israelí había traído el caviar.

Volvió a inclinarse hacia nosotros.

—Cuando Leonard vio el lacre iraní en la lata, no quería comerse el caviar y el general le dijo: «No seas idiota, no me hagas ir a la guerra por esto»; fue muy divertido.

La falta de caviar en la fiesta de Navidad de la embajada estadounidense le recordó a Charlotte aquel episodio.

Hablaba sin parar. Hablaba febrilmente. Hablaba como si Victor, al acercarse hasta donde ella estaba con Ardis Bradley y ofrecerle un pastel de cangrejo, la hubiera liberado del voto de silencio. Todos los recuerdos eran «líricos» y los desenlaces «divertidos», y a veces también «irónicos». Tenía la cara sofocada, pero no estaba borracha: se mantenía muy tiesa y rechazaba incluso los suaves ponches de ron

que los Bradley servían en las reuniones sociales. Daba la impresión de que aquellas historias triviales, pero curiosamente fascinantes, le llegaran de algún profundo vacío de agotamiento nervioso, y las transmitía obedientemente con voz suave, clara y extrañamente confidencial. Usaba palabras que usaría una niña de siete años, como si las hubiera oído y le gustase su sonido pero solo supiera a medias lo que significaban, y mencionaba nombres como lo haría también una niña de siete años, con asombrosa indiferencia hacia los que escuchaban. «Leonard», decía por ejemplo, como si nosotros naturalmente supiéramos quién era Leonard, como si el ministro de Defensa de una república centroamericana y su cuñada *norteamericana*, a quienes había conocido hacía una hora en el barullo de una recepción oficial, estuvieran al tanto de todas las personas y lugares de su vida.

Estaba «Leonard».

Estaba «Warren».

Estaba «Marin».

Estaba también la casa de la calle California, en San Francisco, y los encuentros en Calcuta, La Paz y en las limusinas del aeropuerto de Lod.

Había también suites de hotel siempre «rebosantes de flores».

Y también la historia de un avión perdido con final feliz: el *Air Force One*.

—Imagínense a Leonard en el *Air Force One*. —Tenía una de esas risas extrañamente sugerentes que parecen incluir a todos los que escuchan y, al mismo tiempo, excluir cualquier posibilidad de pregunta—. Ardis, cuénteles; usted conoce a Leonard.

—En realidad, no lo conozco —dijo Ardis Bradley.

—Pues para el caso, imagíneselo montado en un camello —dijo Charlotte Douglas.

—Leonard —dijo Victor vacilante y mirando a Ardis Bradley—. Leonard debe de ser su…

—En realidad, creo que probablemente Tuck lo conozca —dijo Ardis Bradley. Ardis había pasado veinte años en lugares como Sierra Leona, Boca Grande y Chevy Chase, y había aprendido a recurrir a Tuck

cuando no quería contestar una pregunta—. En realidad, no quiero que Tuck se pierda esto.

—Leonard montado en aquel camello. —Sin dejar de reírse, Charlotte Douglas le tocó el brazo a Victor—. Un día, en Kuwait, después de comer.

Victor tenía el aspecto de alguien que se hubiera alejado demasiado nadando. Ardis Bradley se había esfumado. Yo misma no tenía claro por qué aquel Leonard rechazaba el caviar iraní en una de las historias y almorzaba en Kuwait en otra.

—El inevitable almuerzo de cinco platos en el inevitable comedor de estilo Valerian Rybar, seguido del inevitable camello. Yo intentaba posponer lo del camello y no paraba de comer; todo tenía aquel horrible sabor a menta y yo intentaba distraer al jeque y no dejaba de preguntarle qué podía…

Se interrumpió bruscamente y se encogió de hombros.

—¿Qué podía usted…?

—Fue muy divertido. —Miraba la habitación como si no estuviera segura de cómo había llegado hasta allí—. Antes me gustaba la menta, pero ya no me gusta, ¿y a usted?

—¿Qué es lo que no dejaba de preguntarle al jeque?

—Supongo que es uno de esos sabores que uno abandona por otros de reciente adquisición. La menta. —Le costaba concentrarse en Victor—. No dejaba de preguntarle al jeque qué podía enviarle de América, por supuesto.

—¿Y? —apuntó Victor.

—Quería cintas de casete de ocho pistas y sábanas de flores. —Su voz sonaba ausente—. Todos quieren lo mismo.

—Pero ¿y después de comer?

—¿Después de comer?

—¿El camello?

—¡Ah, el camello! —Parecía aliviada de haber retomado el hilo de la historia, pero había perdido el interés por contarla—. Sí, Leonard se montó en el camello. Desde luego. Leonard tuvo que montarse en el camello.

—Leonard debe de ser…

—Ya sabe usted cómo son los kuwaitíes.

—¿Su marido? ¿Leonard es su marido?

—Uno de ellos. —Su voz seguía sonando ausente—. Quiero decir que te colocan sobre un camello y tienes que montar el camello.

—Y sin duda viaja mucho. —Victor no era fácil de disuadir—. Su marido, Leonard, viaja mucho. Por negocios, por placer o por lo que sea.

—Se dedica a las armas —dijo Charlotte Douglas—. Ojalá hubiera caviar.

Victor la miró fijamente.

Ella pinchó una gamba, la untó en mayonesa y se la ofreció a Victor.

Victor no reaccionó.

—No lo digo literalmente. —Hablaba con desinteresada lentitud y todavía tendía la gamba a Victor—. No quiero decir que él compre y venda literalmente la quincalla.

—La quincalla —dijo Victor.

Ella se comió la gamba y parecía a punto de dejar caer el palillo en el bolso de seiscientos dólares con el cierre roto cuando Tuck Bradley apareció. Con gran asombro por mi parte, Charlotte le pasó el palillo a Tuck Bradley. Para más asombro todavía, él se quedó allí sosteniéndolo entre dos dedos con aspecto remilgado y estúpido. Aparte de haberle entregado el palillo, Charlotte parecía ignorar por completo la presencia de Tuck Bradley.

—Es una especie de abogado —dijo finalmente—. Una especie de abogado en San Francisco.

—Si hablan de Leonard, es un abogado muy conocido —dijo Tuck Bradley.

—En cierto modo —dijo Charlotte.

—En San Francisco —dijo Tuck Bradley.

—Y en otros lugares —dijo Charlotte.

Después, volvió a animarse y volvió a tocar a Victor en el brazo de aquella manera que ella tenía de tocar físicamente a los extraños, de alargar la mano inconscientemente y luego retirarla como si de repente se diera cuenta de la carga sexual del gesto; aquella pose, aquel tic, aquella forma de insinuar vagamente una intimidad

imposible. Solo lo hacía con los desconocidos, pero no con todos los desconocidos. Nunca vi que se lo hiciera a una mujer y nunca vi que se lo hiciera a Antonio. Tampoco se lo hacía a Gerardo, pero era porque Gerardo se lo hizo a ella primero. La carga sexual era otro de los aspectos en que he de reconocer que Gerardo y Charlotte se entendían muy bien.

—Ya sabe lo que necesitan aquí —le dijo a Victor y levantó sus dedos del brazo de él como si quemase—. Usted sabe lo que necesita Boca Grande.

—Estamos avanzando mucho con el programa People to People —dijo Tuck Bradley—. A pasos agigantados.

Ni Charlotte ni Victor le miraron.

—Yo sé lo que se necesita aquí —dijo Charlotte.

—¿Qué es lo que se necesita aquí? —dijo Victor en un tono de voz casi bronco—. Dígalo de una vez.

Ella examinó la esmeralda cuadrada en la mano que había tocado a Victor y la deslizó arriba y abajo. No parecía consciente de nada de lo que hacía. Era inconscientemente seductora. Yo no quería ver cómo sucedía aquello. No quería pensar en Victor y en aquella mujer en el apartamento de la Residencia Vista del Palacio y no quería ver la limusina negra Mercedes con la matrícula BOCA GRANDE 2 aparcada a la puerta del hotel Caribe.

—Piense en lo que forjó Acapulco —dijo ella al fin—. Piense en lo que hizo que Acapulco se conociera en todo el mundo de la noche a la mañana.

Victor miraba la esmeralda como si estuviera paralizado.

Tuck Bradley partió en dos el palillo.

Yo miré hacia otro lado.

—No estoy seguro de que la señora Douglas se dé cuenta de los problemas —dijo Tuck Bradley.

—Piense —repetía Charlotte.

—Dígalo —repetía Victor.

—Un festival de cine —dijo Charlotte Douglas.

—Le ahorraré los detalles, pero es una situación muy trágica —dijo Ardis Bradley—. Tuck se lo contará mejor que yo.

—No le aburriré con los detalles, pero es una situación muy interesante —dijo Tuck Bradley—. No le pregunte por su hija.

De todas formas no habría podido preguntar a Charlotte Douglas por su hija porque Charlotte Douglas ya se había ido con Victor. Como estaba previsto, yo fui a casa de Victor y cené con Bianca a solas. Primero, divisaron la limusina Mercedes negra con matrícula BOCA GRANDE 2 en la Residencia Vista del Palacio y luego en el Caribe. Bianca no salía entonces ni sale ahora ni expresa ningún interés por las entradas y salidas de su marido. Ese es otro ejemplo del comportamiento aristocrático que le enseñaron a Bianca en el Sacre Coeur de Nueva Orleans.

Al día siguiente por la tarde, cuando vi a Charlotte Douglas discutiendo con el farmacéutico en la botica grande de la avenida Central, no me miró. Parecía desaliñada y enferma, con los ojos hinchados detrás de las gafas de sol y el pelo claro, despeinado y solo parcialmente cubierto por un pañuelo.

—Usted me dice cloromicetina. —El farmacéutico golpeó el mostrador con la mano—. Y yo le doy cloromicetina.

—Esto es tintura de opio.

—Una clase distinta de cloromicetina.

—Lo huelo, es opio.

—Es lo mismo. *Para la disentería*.

—Pero no son de ninguna manera lo mismo. —Incluso angustiada, parecía decidida a instruirle sobre aquello—. Ambos medicamentos son *para la disentería*, pero son muy diferentes. La cloromicetina es un…

—Yo le doy cloromicetina.

—Vamos a dejarlo —dijo en voz baja y con la mirada alejada de donde yo estaba.

Aquella misma tarde envié a una sirvienta al Caribe con veinte pastillas de cloromicetina y una nota en la que invitaba a Charlotte

Douglas a cenar cuando se recuperase.

8

—Charlotte Douglas está enferma —dije después de la comida de Navidad en el jardín de la casa de Victor y Bianca.

Hacía veinte minutos que nadie decía una palabra. Lo había cronometrado. Había contado los minutos mientras miraba cómo dos moscas que copulaban en el Bûche de Noël intentaban liberarse de una viruta de chocolate fundido. A los niños ya los habían desalojado, peleándose por repartir las tartaletas de nuez a los veteranos, Gerardo ya había realizado su filial llamada desde Saint Moritz, a Elena ya la habían fotografiado con su uniforme de la Cruz Roja y se había vuelto a poner un pijama de *crêpe* de China color magenta. Isabel había bebido el suficiente champán y comenzó a llorar muy quedo. Antonio ya estaba lo bastante frenético con los lastimeros hipidos de Isabel como para coger la pistola al guardia de la puerta y apuntar a un lagarto en el belén detrás de la fuente de Bianca. Antonio estaba siempre manejando armas o rompiendo platos. En consideración al espíritu navideño, había evitado romper platos durante el almuerzo, pero el esfuerzo parecía haber agotado su capacidad de concordia. Si Antonio hubiera nacido en otras circunstancias, lo habrían considerado un sociópata desde niño y lo habrían recluido.

Bianca seguía absorta.

Bianca seguía abstraída con los planos de un apartamento que quería que Victor cogiera para ella en la Residencia Vista del Palacio. A Bianca nadie le había informado de que Victor ya tenía un apartamento en la Residencia Vista del Palacio. Durante cinco de aquellos veinte minutos tuve la sensación de que Antonio estaba a punto de disparar al belén de Bianca o a contarle lo del apartamento de la Residencia Vista del Palacio.

—He dicho que la *norteamericana* está enferma.

—Envíala al doctor Schiff —murmuró Antonio. El doctor Schiff era el médico de Isabel en Arizona—. Que el gran sanador le diga a la

norteamericana quién la está poniendo enferma.

Victor se limitaba a mirar al cielo. Yo no sabía si había vuelto a ver a Charlotte Douglas desde la noche que se la llevó de la embajada a la residencia, pero lo que sí sabía era que, en Nochebuena, un mensajero del Ministerio había entregado veinticuatro rosas blancas en el hotel Caribe.

—También Jackie Onassis está enferma —dijo Elena, que hojeaba de mala gana un número atrasado de *Paris-Match*—. O al menos lo estaba en septiembre.

—Yo también estoy enferma —dijo Isabel—. Necesito tranquilidad absoluta.

—Creía que eso era lo que tenías —dijo Elena.

—No es como en Arizona —dijo Isabel—. Debería haberme quedado el mes de diciembre; el doctor Schiff me suplicó que lo hiciera. El aire, la soledad, los paseos largos, las comidas sencillas, un yogur al atardecer. No te puedes ni imaginar qué atardeceres.

—Suena muy interesante —dijo Elena sin levantar la cabeza—. ¿Conocerá Gerardo a Jackie Onassis?

—Si esa es la *norteamericana* de la que Grace habla, creo que tenía todo el derecho a casarse con el griego —dijo Bianca—. No me importaría vivir en Atenas. Me gustaría saber qué vistas habrá desde la residencia.

—Grace está hablando de otra *norteamericana*, Bianca. —Victor se recostó hacia atrás y cortó un puro—. Una que no tiene ningún interés ni para ti ni para Grace.

—Esta *norteamericana* solo le interesa a Victor. —Parecía que Antonio tenía problemas para apuntar al lagarto—. Pero ella te podría informar sobre las vistas que hay desde la residencia. Es una experta en vistas desde la residencia. Victor debería presentártela.

—No me reúno con extraños —dijo Bianca—. Como bien sabes, no me interesan. Mira, el plano del undécimo piso. Si viviéramos ahí arriba, tendríamos un aire más puro y no cogeríamos fiebres.

—Casi como en Arizona —dijo Elena—. ¿Conocerá Gerardo a Jacqueline de Ribes?

—Arizona —dijo Isabel—. ¿Qué estará haciendo hoy el doctor

Schiff?

Antonio disparó dos tiros al lagarto.

El lagarto huyó a toda velocidad.

Dos reyes magos de porcelana se hicieron añicos.

—Me imagino que estará comiendo yogur al atardecer —dijo Elena.

—El doctor Schiff no cree en las armas —dijo Isabel.

—¿Qué quieres decir exactamente con lo de que «el doctor Schiff no cree en las armas»? —Antonio le puso a Isabel la pistola ante los ojos —. ¿No cree el doctor Schiff en la «existencia» de las armas? Mírala. Tócala. Está aquí. ¿Qué quiere decir exactamente el doctor Schiff?

Isabel cerró los ojos.

Elena cerró el *Paris-Match*.

Bianca empezó a recoger los trozos de porcelana.

Victor me miró y habló con total deliberación.

—Grace, ya no es necesario que veas a la *norteamericana*. Es una mujer rematadamente estúpida.

—Pero también lo es tu manicura —murmuró Elena.

—Si pudiera vivir en el undécimo piso, creo que recuperaría el interés —dijo Bianca.

—Francamente, es mejor que no lo hagas —dijo Isabel, con brusca e inquietante lucidez; en el silencio que se produjo a continuación, se levantó y abrazó a Bianca.

Durante unos momentos, aquella tarde de Navidad, dos de mis tres cuñadas permanecieron en el jardín, con el guarda, en la verja. Cada una de ellas ocultaba su rostro en el hombro de la otra y se acariciaban mutuamente el pelo. Únicamente el silencio indicaba su llanto. Eran niñitas que lloraban.

Elena frotaba una gota de champán en su pijama de *crêpe* de China color magenta.

Antonio tamborileaba con las uñas en la mesa.

—Sería mejor que te fueras —le dijo Victor a Antonio.

—Tal vez me vaya a comerle el coño a tu *norteamericana* —le respondió Antonio a Victor.

Victor se fumaba un puro y me miraba.

—*Feliz Navidad* —dijo al cabo de un rato.

Esto es lo que Charlotte Douglas le dijo a Elena que había hecho con las veinticuatro rosas que Victor le envió en Nochebuena: las dejó en la caja sin tocar y puso la caja en el pasillo para la camarera del turno de noche.

9

—Es deprimente estar enferma en un hotel.

—A mí no me importa —dijo, como lo hubiera dicho una niña, y no dijo nada más.

—Y en Navidad.

—A mí no me importaba.

Lo intenté de nuevo.

—Uno queda a merced de las camareras.

—Aquí son encantadoras.

Yo miraba cómo Charlotte Douglas le quitaba el papel a una galleta salada y doblaba el celofán en un paquetito impecable. Había insistido en que no nos viéramos en mi casa sino en el Capilla del Mar, y que yo fuera su invitada.

—En realidad, yo nunca me deprimo. —Al decirlo parecía convencerse de que era verdad, y cogió la carta de vinos con un gesto de resuelta jovialidad—. En realidad, no creo en eso de estar deprimida. Es difícil conservar el vino en este clima, ¿verdad? El vino y las galletas saladas.

Durante los dos platos que duró aquella difícil cena, nunca mencionó a Victor.

Ella reducía a generalidades cualquier tema de conversación.

Hablaba como si no tuviera una historia propia.

Ni a Leonard.

Ni a Warren.

Cuando sirvieron el postre, mencionó a Marin por primera vez: dijo que prefería el Capilla del Mar al Jockey Club, porque las luces de colores colgadas en el exterior del Capilla del Mar le recordaban a los Jardines de Tívoli, donde una vez había pasado un fin de semana con Marin. Su rostro se iluminó de placer a medida que describía el sueño adulto de un fin de semana que habría hecho las delicias de un niño; me describió el teatro de marionetas, los molinos de agua, los picnics

con la niña. Se habían preparado cenas de salami y pastelillos. Apenas durmieron. Habían deambulado bajo las luces de colores hasta que a Marin le salieron ampollas en los talones; luego, se quitaron los zapatos y caminaron descalzas.

—Y cuando volvimos al hotel, pedimos al servicio de habitaciones una taza de cacao. —Charlotte se inclinó sobre la mesa—. Le dejé a Marin que lo pidiese y le diera la propina al camarero, y le enseñé a que se lavara la ropa interior por la noche.

Le pregunté si su marido había ido a Copenhague en viaje de negocios, pero ella me dijo que no. Su marido no había ido a Copenhague. Ella se había levantado un día en su casa de la calle California y había decidido volar a Copenhague con Marin. «Para que viera Tívoli antes de que fuera demasiado mayor para disfrutarlo».

Su mirada estaba fija en las luces de colores que colgaban sobre nuestra mesa en el porche del Capilla del Mar. Las luces del Capilla del Mar no eran luces navideñas, sino un recuerdo de la época en que me casé con Edgar en São Paulo, de la época en que un dentista haitiano trastornado convenció al ministro de Sanidad para que colgara luces de colores por todo Boca Grande como remedio contra el tifus. Las tiras de luces rojas y azules se estropearon casi todas con las primeras lluvias y dejaron la ciudad bañada en una necrótica luz amarilla al atardecer. Así estaba la noche en que Edgar y yo llegamos por primera vez desde São Paulo hasta Boca Grande. Edgar me llevó directamente a Millonario y me dejó allí hasta que la epidemia remitió. Cuando volví a ver la ciudad mucha gente había muerto y el resto parecía inmune; las únicas luces que quedaban eran las del Capilla del Mar.

Se lo conté a Charlotte.

—Muy interesante —dijo Charlotte amablemente, mirando todavía las luces. Mientras hablaba con ella, se había fumado un cigarrillo; ahora, como no había cenicero, en lugar de tirar el cigarrillo por encima de la barandilla del porche, sacudió la punta encendida con la uña, rasgó el papel con la misma uña y desmenuzó cuidadosamente el tabaco en la tierra de un tiesto. A menudo se lo había visto hacer a los hombres y también había visto hacerlo a las mujeres del campo, pero

nunca se lo había visto hacer a una mujer con un vestido de seda beige de Saint Laurent en un restaurante que pasaba por fino. La eficiencia informal del gesto de Charlotte parecía reñida con su loco relato del viaje a Copenhague—. Por cierto —dijo—, Marin y yo somos inseparables.

Semanas después, Charlotte volvió a mencionar el fin de semana que había llevado a Marin a los Jardines de Tívoli antes de que fuera demasiado mayor para disfrutarlo. Contó que Marin había estado con fiebre todo el fin de semana como reacción a la vacuna de la viruela y no habían salido del hotel Angleterre. Había conseguido un médico muy comprensivo y amable. El director del Angleterre también había sido muy comprensivo y amable, y le había enviado a Marin un tiovivo de mazapán para compensar el que no hubiera podido ver los Jardines de Tívoli. De todas formas, no había dejado de llover en todo el fin de semana.

Una de dos: o Charlotte había ido con Marin a los Jardines de Tívoli o Charlotte había querido ir con Marin a los Jardines de Tívoli.

Clase de visado: *TURISTA*. Ocupación: *MADRE*.

10

La siguiente vez que vi a Charlotte Douglas, se ocupaba de coger un pollo a la carrera y de romperle las vértebras del cuello. Yo la había llevado al picnic que se celebraba todos los años en el bosquecillo de Millonario para los niños de los trabajadores y los hombres estaban matando los pollos con machetes, pero la forma de matar de Charlotte era más limpia, sin sangre. Mató aquel pollo con la misma eficiencia y concentración con la que había deshecho el cigarrillo en el Capilla del Mar.

—Todos los niños llevan zapatos rojos —nos dijo a mí y a Elena mientras entregaba el pollo muerto al hombre que había intentado atraparlo. Sonrió vagamente ante el amago de felicitación del hombre. No parecía consciente de que en Millonario el que una invitada de la *dueña* matase un pollo con sus propias manos era todo un acontecimiento digno de consideración. Incluso Elena había olvidado su quejumbroso enfado por tener que estar en Millonario y miraba a Charlotte boquiabierta.

—Zapatos de charol rojo —dijo Charlotte—. Todos ellos. ¿Por qué llevan los niños zapatos rojos?

—Ese pollo —dijo Elena.

—Me refiero a que por todo el trópico se ven esos zapatos rojos.

—¿Cómo demonios mató ese pollo? —dijo Elena.

—Pues la verdad es que no ha sido de la manera adecuada —dijo Charlotte, inalterable—. En realidad, están mejor si los desangran vivos. Una vez Marin se encaprichó de unos zapatos rojos. Tenía seis años. Lloró, pero no se los quise comprar.

Charlotte desvió la mirada y se levantó el pelo del cuello.

—Tuve una niña que quería zapatos rojos —dijo pasados unos momentos. Se levantó y se aclaró las manos en una acequia; cuando se enderezó, se secó las manos en la falda y se quedó un buen rato mirando a los hombres que seguían matando pollos con machete—.

Debería decirles que los pollos están mejor si se desangran vivos. No tenía motivos para no comprarle a Marin aquellos zapatos.

Nacionalidad: *NORTEAMERICANA*.

11

Un mechero de oro en el que estaba grabado «DNC ATLANTIC CITY 1964».

Una carta de presentación del Wells-Fargo Bank de San Francisco al Banco de la República, que había quebrado dos gobiernos atrás.

Un permiso de conducir de California, recientemente caducado, y tarjetas de crédito de American Express, Gulf Oil, la clínica Ochsner, de Nueva Orleans, y de los almacenes I. Magnin y Saks Fifth Avenue.

26 dólares estadounidenses y una suma equivalente en moneda local.

Un sobre sin cerrar dirigido solo a un apartado de correos de Buffalo, Nueva York. Una carta inacabada en la que describía el parecido entre el Capilla del Mar y los Jardines de Tívoli.

Dos barras de labios, un lápiz roto y un sobre doblado que contenía cuatro pastillas de sulfatalidina y dos de sal de frutas, un frasquito de esencia con un aroma dominante a gardenia, la tira de papel de una galleta de la fortuna en la que estaba impreso lo siguiente: «Una sorpresa le aguarda a una persona amada», y un recorte arrugado de un horóscopo del día de *Prensa Latina*.

Esta es una lista de los objetos que, según dijeron, se hallaban en posesión de Charlotte Douglas en el momento de su muerte en el Estadio Nacional (y que después fueron devueltos al director del hotel Caribe). La esmeralda cuadrada que llevaba en lugar de la alianza matrimonial no constó nunca en la lista ni fue devuelta. Llevé el encendedor de oro a Buffalo para entregárselo a Marin, pero Marin dijo que el pasado no le interesaba. A mí, sí.

DOS

1

Esta noche sopla el viento.

Las hojas de las palmeras se agitan.

Las contraventanas golpean contra el alféizar, pero no puedo cerrar las ventanas porque la casa huele a cáncer. Gerardo sobrevuela el mar, llegará a casa en el vuelo de medianoche de Air France. Esta noche, cuando pienso en el mar, me imagino el agua que recula bruscamente y luego se levanta con el oleaje de la marea, la *marejada,* que inunda el malecón, silencia a los perros, alivia mi piel quemada, enjuaga mi quebradizo cabello y anega el petrolero liberiano que hay en el puerto al otro lado de los bulevares sumergidos de Progreso *primero*.

> *Frescas y profundas cavernas salpicadas de arena*
> *donde todos los vientos duermen.*

Ilusiones.

Esta noche no habrá *marejada* y tampoco moriré esta noche.

Lo único que pasará esta noche es que el generador fallará como de costumbre y yo me sentaré en la oscuridad a recitar a Matthew Arnold como de costumbre y cuando Gerardo llegue del aeropuerto, me haré la dormida.

Otra vez como de costumbre.

Desde la muerte de Charlotte, Gerardo y yo hemos tenido que aprender a conversar durante el día y a evitarlo por la noche, a fingir que mi indiferencia ante su presencia se debe a que estoy dormida, con dolores o con alucinaciones. No tengo tantos dolores como para alucinar, pero los hay que prefieren pensar que sí. Cuando hablo en susurros, Gerardo y Elena y Victor y Antonio apartan la mirada. Incluso Isabel y Bianca apartan la mirada. Hasta la pánfila prima Mendana que trajeron de Millonario para cuidarme aparta la mirada y se molesta cada vez que vomito o le pido ron con quinina o le insinúo

que se está repitiendo. Esta Mendana particularmente tediosa había sido monja de las Hermanas de la Caridad y, aunque dejó la orden en 1944, continúa vistiendo el hábito por Millonario y en el lecho de muerte de los familiares y se imagina que es la intermediaria entre el resto de nosotros y el cielo. Cuando le interrumpo el relato de los milagros locales que cuenta por tercera vez, ella se consuela despachándome como la *de afuera*, una forastera. Yo soy *de afuera*. He sido *de afuera* toda mi vida. Yo era *de afuera* incluso en el hotel Brown Palace. Ha pasado poco más de un año desde la muerte de Charlotte Douglas y casi dos desde que llegó a Boca Grande.

La muerte de Charlotte Douglas.

El asesinato de Charlotte Douglas.

Ninguna de las dos palabras funciona.

El anterior compromiso de Charlotte Douglas.

Parte de lo que sé sobre la desaparición de Marin Bogart lo sé por Charlotte. Otra parte la conozco por Leonard Douglas. Ciertas cosas las sé por una vez que estuve con Warren Bogart y otras por una vez que estuve con Marin, pero la mayor parte de lo que sé, lo más fidedigno de lo que sé procede de mi aprendizaje sobre el comportamiento humano.

No me refiero a mi aprendizaje con Kroeber en California o con Lévi-Strauss en São Paulo.

Me refiero a mi aprendizaje en ser *de afuera*.

Nada de lo que sé sobre la desaparición de Marin procede de las «páginas» que, al parecer, Charlotte escribió durante sus primeras semanas en Boca Grande, las páginas que mecanografiaba de noche en su habitación del hotel Caribe, las páginas que el director del Caribe me entregó junto a sus otros efectos personales. En aquellas páginas solo había intentado librarse de sus sueños, y aquellos sueños parecían tratar únicamente de la entrega sexual y de la mortalidad infantil, lugares comunes de la vida obsesiva de la mujer. Todas tenemos los mismos sueños.

2

La mañana en que los hombres del FBI fueron a la casa de la calle California, Charlotte no comprendió por qué. Había leído en los periódicos el relato de los acontecimientos que ellos exponían; escuchó con atención todo lo que decían, pero no encontraba ninguna relación entre la despiadada revolucionaria que ellos describían y Marin, quien a los siete años se había subido a una silla para prepararse ella sola el desayuno y lloraba desconsolada cuando le mandaban limpiar su armario.

La dulce Marin.

La que a los dieciséis años se había fotografiado con sus dos mejores amigas vestidas con el delantal rosa y blanco a rayas de las voluntarias del hospital Infantil y que después dejó de ir los sábados al hospital porque era «muy triste».

La tierna Marin.

La que a los dieciocho años fue vista con sus cuatro mejores amigos en el acto de detonar una bomba de fabricación casera en el vestíbulo de la Pirámide Transamerica a las 6.30 de la mañana; en el secuestro de un L-1011 de la Pacific Southwest Airline en el aeropuerto de San Francisco para aterrizar en Wendover, Utah, donde lo incendiaron a tiempo para que la historia interrumpiera los noticiarios acto seguido desapareció.

Marin.

Eso es lo que los del FBI trataban de contarle a Charlotte.

Marin que había comido helado de coco bajo el Gran Baniano en Calcuta.

Marin, que había volado a Copenhague para ver las luces de los Jardines de Tívoli.

Marin, que, en aquel momento, mientras los dos hombres del FBI ocupaban las sillas Barcelona de Leonard, y el gordo del FBI jugueteaba con una de las rosas de porcelana de Leonard y el flaco del

FBI miraba por encima de la cabeza de Charlotte la serigrafía de 25 x 40 de Mao Tse-Tung que le había dado a Leonard uno de los Alameda Three, estaba esquiando en Squaw Valley.

Eso era lo que Charlotte trataba de decirle al gordo del FBI.

El flaco parecía no escuchar.

Estoy hablando de un día de noviembre del año anterior al día de noviembre en que Charlotte apareció en Boca Grande.

Una puntualización: algunas de las cosas que Charlotte contó en los meses que siguieron a la desaparición de Marin ni siquiera me las contó a mí, se las contó a Gerardo.

Yo diría que son la parte menos fidedigna de lo que sé.

Hay tres o cuatro cosas que sé de Charlotte.

Como hija de una familia de clase media en la zona templada del planeta, siempre había recibido, como algo normal, sábanas limpias, ortodoncia, chuletas de cordero, abuelos vivos, padrinos atentos, un hermano llamado Dickie, clases de ballet, información informal y oportuna sobre la menstruación y el cuidado de la cubertería de plata, así como un angelito austriaco de madera tallada en la mesilla que escuchara sus oraciones. En esas oraciones, la niña Charlotte pedía rutinariamente que «todo» saliera bien; aunque aquel «todo» era exhaustivo y nada específico. Hasta bien entrada en la vida adulta no se le ocurrió pensar que aquel «todo» podía no salir bien, pero había alejado del pensamiento aquella duda. Como hija del oeste de Estados Unidos, también la habían dotado de fe en el valor de ciertos límites en los que su familia había vivido, en las virtudes de la tierra limpia e irrigada, de las cosechas productivas, del ahorro, la laboriosidad y el sistema judicial, del progreso y la educación y, en términos generales, de la espiral ascendente de la historia. Ella era una *norteamericana*.

Era virgen en historia, inexperta en política, con sorprendentes lagunas en sus conocimientos de cultura general. Durante los dos años que pasó en Berkeley, antes de escaparse a Nueva York con un profesor asociado llamado Warren Bogart, había leído sobre todo a las Brontë y *Vogue*, se había comprado un telar, había ido a su casa de

Hollister los fines de semana y había dormido como una marmota durante la semana. En aquellos dos años, solo había entrado en la biblioteca una vez durante una exposición itinerante de las flores de cristal de Harvard. Recordaba que las flores de cristal le habían gustado. En los libros que Warren le dio a leer cuando tenía veinte años, oyó hablar por primera vez de la guerra civil española, memorizó las diferencias ideológicas entre las brigadas del PSUC y las milicias del POUM, pero hasta que no tuvo veintidós años y Warren conjeturó y corrigió su error, ella creía que la Segunda Guerra Mundial había empezado en Pearl Harbor. De Leonard Douglas había asimilado una palabrería superficial sobre el poder del Tercer Mundo, había aprendido qué iniciales correspondían a lugares como Argelia, Indochina o el Caribe, pero, sobre un mapamundi en blanco, no era capaz de situar los países cuyas iniciales estaban en conflicto. De todos modos, desconfiaba de los conflictos. Entendía que siempre pasaba algo en el mundo, pero creía que todo acabaría bien. Creía que el mundo estaba repleto de gente como ella. Asociaba la palabra «revolución» con el motín del té en Boston, uno de los pocos acontecimientos de la historia de Estados Unidos anterior a la conquista del Oeste que había atraído su atención. También la asociaba con sucesos en Francia y Rusia que probablemente habían resultado bien, porque de no ser así, ¿para qué se habrían producido?

Una *norteamericana* no muy atípica.

De su época y lugar.

Esta noche pienso que si pasamos por alto los veinte años y los mil quinientos kilómetros que separaban la época y el lugar de Charlotte Douglas de los míos, las diferencias no eran tantas.

Hay cosas de Charlotte que nunca comprendí. Era una mujer que se mareaba cuando se veía las venas azules de las muñecas, que no podía bañarse en aguas turbias, que una vez sufrió un ataque de pánico mientras nadaba donde un pozo artesiano agitaba la arena hacia arriba y, sin embargo, durante el tiempo que pasó en Boca Grande, la vi realizar ciertas tareas con la misma falta instintiva de remilgos que yo había visto aquel día en Millonario. Una vez la vi despellejar una iguana para un guiso. En otra ocasión la vi hacer una precisa incisión

en la tráquea de un trabajador de la Organización de Estados Americanos (OAS) que se había atragantado con un trozo de carne en el Jockey Club. Habían llamado a un médico, pero el trabajador de la OAS se estaba poniendo azul. Charlotte lo hizo con un cuchillo de deshuesar que previamente sumergió en una cazuela de arroz hirviendo. Pocas noches después, el hombre de la OAS montó una escena porque Charlotte se negó a practicarle una felación en la terraza del Caribe, pero aquello, aunque indicativo de las ambiguas señales que Charlotte transmitía, carece de importancia. De forma similar, durante la epidemia de cólera de aquel año, Charlotte se ofreció voluntaria para vacunar a la gente, y lo hizo durante treinta y cuatro horas sin dormir, hasta que uno de los coroneles de Victor se apropió de las vacunas Lederle que quedaban. Cuando el coronel le insinuó que, como *norteamericana* que era, estaba en situación de volver a comprar algunas de las vacunas, Charlotte sonrió, se quitó la bata blanca que había cogido de la clínica y la dejó caer a los pies del coronel. Charlotte se pasó el resto de aquel día al borde de la piscina del Caribe con los pies en el agua y contemplando el vuelo circular de los pájaros en el cielo blanco. No llevaba gafas de sol y a las cinco de la tarde tenía quemada e hinchada la pálida piel alrededor de los ojos. Durante unos días Charlotte habló con Gerardo de marcharse de Boca Grande, pero una semana más tarde ya había reconsiderado el incidente para hacerlo coincidir con su propia visión del comportamiento humano y me aseguró que se habían llevado la vacuna solo para que el ejército pudiera prestar sus recursos al programa de vacunación. Me parecía que el único acontecimiento en la vida de Charlotte Douglas que resistía sus revisiones y supresiones era la desaparición de Marin.

—Interesante retrato —dijo el hombre flaco del FBI, con la mirada puesta aún en la serigrafía de 25 x 40 que le había regalado a Leonard uno de los Alameda Three.

—Warhol —dijo Charlotte.

—Hubiera dicho que era Mao.

—Mao, por supuesto. —Charlotte no tenía ni idea de cómo uno de los Alameda Three había conseguido una serigrafía de Warhol. O tal vez no hubiera sido uno de Alameda Three. Quizá fuera uno de los Tacoma Eleven o algún indio, un pantera, o el heredero de algún estudio cinematográfico; Charlotte nunca tenía claro quiénes eran los clientes de Leonard. Venían siempre en grupo, comían, pedían bebidas raras, asaltaban su botiquín, le cogían prestados sus jerséis y no se los devolvían, nunca se dirigían a ella directamente y ella nunca recordaba sus nombres. Ojalá hubiera podido hacerlo. Ojalá que Marin apareciera por la puerta de la casa de la calle California con un tique de telearrastre prendido en su plumón.

—Se darán ustedes cuenta de que no conocen a Marin —añadió finalmente—. Yo sí la conozco.

El gordo del FBI tosió. El otro examinaba una caja de cerillas que había cogido de una mesa.

—Quiero decir que yo soy su madre.

—Por supuesto que lo es —dijo el gordo del FBI.

—No sé qué dice de una pareja china —dijo uno de los nuevos del FBI. Era casi la hora de comer. Charlotte aún no había desayunado y la casa de la calle California estaba llenándose de hombres que hablaban entre sí como si Charlotte no estuviera allí—. ¿Qué pareja china?

—La pareja china que vino a casa —repitió Charlotte— y preparó el pato Pekín.

—No entiendo de qué habla.

—Habla de los del catering, Eddie, no viene a cuento.

—Tal vez si pudiera repasar los hechos de nuevo. Marin llega de Berkeley. Empiece ahí. Anteayer. Aproximadamente veinte horas antes del estallido de la bomba. Marin llega de Berkeley para…

—Para coger un plumón —Charlotte hablaba de memoria—. Para irse a esquiar.

—Para coger un plumón. Pero no se marcha inmediatamente. Sube a su habitación y se queda allí sola unas tres o cuatro horas, no está

usted segura de cuánto tiempo. En su habitación ella…

—Eddie, pero ¿no querías que ella te lo contara? Pues déjala que lo haga.

Charlotte levantó la voz.

—Rebuscó algunas cosas en sus cajones.

—¿Qué cosas?

—No sé qué cosas. Tiene dieciocho años; yo no le registro los cajones.

—La señora Douglas mencionó una pulsera de oro, Eddie, no te olvides de la pulsera de oro.

—Señora Douglas, mencionó usted una pulsera de oro.

—Dije que ella encontró una pulsera de oro que creía haber perdido.

—En un cajón.

—En un cajón, detrás de un cajón.

Había algo sobre la pulsera de oro en lo que Charlotte no quería pensar. Marin había dejado la pulsera en la mesa de la cocina y le había dicho a Charlotte que se la quedara. Marin había llamado a la pulsera «metal muerto». De repente, Charlotte deseó no haber mencionado la pulsera y, también de repente, deseó que Leonard no estuviese en Nicosia, en Damasco o dondequiera que estuviera. Él había anotado las ciudades, los hoteles y los números de teléfono en una libreta que estaba en el piso de arriba, pero Charlotte no la había mirado desde que él se marchó. Le empezaba a doler la sien izquierda y estaba molesta con los del FBI por haberle recordado la pulsera de oro.

—Ahora viene cuando yo llamo a la pareja china y les pido que preparen el pato Pekín. —Percibía el retintín de su voz, pero no lo podía evitar—. ¿De acuerdo?

—Eddie, volvemos a la pareja china.

—Los del catering —dijo el hombre al que los otros llamaban Eddie.

—No exactamente —dijo Charlotte.

—¿Vinieron a su casa? ¿Prepararon la cena?

Charlotte asintió.

—Entonces son los del catering. Señora Douglas, ¿no era una cosa

excepcional llamar al catering?

—No veo lo que tiene de excepcional. —Charlotte deseaba que el hombre del FBI no siguiera llamando a la pareja china «los del catering». Eran solo una pareja y, en determinadas circunstancias que no venían al caso, habrían podido ir a la casa de la calle California no como cocineros, sino como invitados. Charlotte conocía a muchas parejas como la pareja china que preparaba el pato Pekín. Conocía a la pareja argelina que preparaba el cuscús; a la pareja indonesia que preparaba el rijsttafel; conocía a la pareja mexicana, en realidad, chicanos de segunda generación, pero que preparaban la auténtica comida mexicana, no vulgares enchiladas y frijoles refritos, sino exquisitas recetas que habían aprendido mientras pasaban unas vacaciones en el hotel Inglaterra en Tampico. Conocía a la pareja filipina, a la coreana y recientemente había descubierto a la pareja vietnamita. En la cocina de la calle California, esa y otras parejas reproducían regularmente los menús de países subdesarrollados de todo el mundo, pero en general lo hacían para grupos de doce a veinticuatro personas. Charlotte nunca le había pedido a una de aquellas parejas que cocinara para menos de doce personas. Esa vez, sí. Esa debía de ser la parte excepcional de la historia. Empezó a ver desde una perspectiva diferente el hecho de haber llamado a aquella pareja para que les preparase a Marin y a ella el pato Pekín, una perspectiva no necesariamente más reveladora, sino diferente.

Desde aquella perspectiva, la pulsera de oro que ella había obligado a Marin a ponerse le quedaba demasiado suelta en la muñeca.

Desde aquella perspectiva, Marin estaba demasiado delgada y pálida para una chica que esquiaba, jugaba al tenis y supuestamente se había pasado la semana anterior celebrando el día de Acción de Gracias cerca del cabo San Lucas.

Desde aquella perspectiva, Charlotte había encendido el fuego, había puesto en marcha el tocadiscos y había llamado a la pareja china por la misma razón por la que insistió en que Marin se pusiera la pulsera: para protegerla de todo mal.

—Quiero decir que encargar una cena para dos debe de ser una petición cara —dijo el hombre del FBI.

—Considerándolo todo, son bastante razonables —dijo Charlotte automáticamente.

—Técnicamente, cena de catering para uno —dijo el del FBI—, puesto que Marin no se quedó.

—Ya le dije que Marin tenía que terminar un trabajo de clase antes de irse a esquiar. —Charlotte evitaba la mirada inexpresiva del hombre del FBI—. Creo que tenía que terminar un trabajo para el seminario sobre *Moby Dick*.

El gordo del FBI habló por primera vez desde la llegada de los otros.

—Señora Douglas, supongo que ya sabe que su hija no está matriculada.

—De verdad, deberían probar esa pareja.

Charlotte hablaba muy claramente para acallar la voz de aquel hombre. No sabía por qué había dicho lo del seminario sobre *Moby Dick*. Marin jamás había hablado de ningún seminario sobre *Moby Dick*.

—Estoy seguro de que usted ya sabe que lleva dos trimestres sin matricularse y que el trimestre anterior a estos tampoco asistió a las clases.

—Por supuesto, si es que les gusta la comida cantonesa.

Moby Dick guardaba relación con Warren.

A los diecinueve años, Charlotte había escrito un trabajo sobre Melville, y Warren la había suspendido. Warren la había suspendido y por primera vez había llamado a su puerta a medianoche con el trabajo roto por la mitad, una bolsa de cerezas y una botella de bourbon. Estuvieron cuarenta y ocho horas sin salir del apartamento. Durante las tres primeras, ella le llamó señor Bogart y en las cuarenta y cinco restantes, no le llamó nada. Al tercer día, cuando él la llevó a su apartamento y le pidió que lo limpiara a fondo y ella encontró la carta del jefe de departamento en la que le comunicaban que no le renovarían el contrato, ella empezó a llamarle Warren.

Sin mirar aún al hombre del FBI, Charlotte se puso de pie y empezó a colocar las tazas de café en una bandeja.

—También preparan una maravillosa ternera al estilo Sichuan.

El gordo del FBI hizo una señal a los otros para que salieran de la

habitación.

—El padre de Marin impartió una vez un seminario sobre *Moby Dick* —dijo Charlotte antes de desmoronarse.

Aquella mañana, después de que los hombres del FBI se marcharan, Charlotte subió a la habitación de Marin. La muñeca Raggedy Ann que Warren le había enviado cuando cumplió doce años estaba en su estante. El oso de peluche que Warren le había enviado cuando cumplió catorce primaveras estaba en su silla. La guitarra que había pertenecido a Joan Baez estaba en el asiento junto a la ventana, en el que había estado desde la noche en que Leonard se la compró a Marin en una subasta de la American Civil Liberties Union. Las cortinas de organdí suizo bordado estaban tan impolutas como el día que Marin las eligió. Las viejas postales del día de los enamorados debajo del cristal del tocador eran las de siempre. La bandeja con las esclavas de plata, el aceite de baño y la sombra de ojos seguían sin tocar. Lo único que Marin había quitado de la habitación era todos los retratos, instantáneas, recortes o fotos de clase que incluyeran su propia imagen.

3

Una se imagina una encantadora e indolente muchacha, regordeta, con poca atención e intereses limitados. A Marin le gustaban los niños y los cachorros. A Marin no le gustaba la «tacañería» ni la «ostentación». Daba la impresión de que le gustaban tanto Leonard como Warren, y diseñaba su actuación para agradar a cada uno de ellos. Cuando Warren llegaba a San Francisco, ella se ponía instintivamente el chaquetón azul marino que ya no era obligatorio en la progresista escuela episcopal diurna a la que asistía. Para Leonard y sus amigos, se ponía vaqueros azules y una camisa *dashiki* que le raspaba la piel. En principio «le volvían loca» los regalos que Warren solía enviarle, aunque cuando cumplió quince años los regalos seguían siendo el ocasional animal de peluche en una caja con el número de la tarjeta de crédito de la mujer que vivía con su padre en aquel momento. En principio era tolerante con los esfuerzos de Leonard en favor de la justicia social, aunque en la práctica solía encontrar «extraños» a los beneficiarios de aquellos esfuerzos e «innecesarias» las dificultades que padecían. La escuela episcopal diurna a la que Marin asistió desde los cuatro años hasta que entró en Berkeley tenía como objetivo «desarrollar una actitud realista pero optimista», aunque era típico de Charlotte que cada vez que la frase «realista pero optimista» aparecía en un comunicado de la escuela, ella leyera «realista y optimista».

Así era Charlotte.

Pero no Marin.

Marin nunca se molestaría en cambiar a su conveniencia una frase porque solo se enterara a medias del significado de las palabras y no tuviera el mínimo interés. Tal vez, por su actitud realista pero optimista, Marin se desconcertaba fácilmente ante las cuestiones morales que planteaba la visión de un ser humano deforme (¿haría un dios bueno gente horrorosa?) o ante el problema de repartir sus

caramelos de Halloween con los huérfanos de la escuela episcopal (¿serían lo mismo seis bolas de regaliz para los huérfanos que un Hershey de almendra para Marin teniendo en cuenta que a Marin no le gustaba el regaliz?), y cuando se desconcertaba se ponía mohína y se aislaba.

¿Qué más cosas sé de Marin?

Sé que su postura hacia todas las mujeres adultas era abiertamente condescendiente.

Sé que su actitud hacia todos los hombres adultos, hacia Leonard, hacia Warren y hacia cualquier otro que no fuera deforme era sencillamente seductora. Su cabeza no conocía los desgarros, los rencores ni el resentimiento típicos en las familias. Su fuerza era simple y física y en verano su pelo rubio cogía un tono cardenillo pálido a causa del cloro de la piscina. Charlotte la adoraba, le cepillaba el pelo rubio y le lamía las lágrimas de las mejillas; la cogía de la mano para cruzar la calle y no quería soltarla nunca; creía que cuando ella caminara por el valle de las sombras, el sabor salado de las lágrimas de Marin, su cuerpo y su sangre la sostendrían. La noche que interrogaron a Charlotte en el Estadio Nacional, ella no invocó a Dios sino a Marin. Gerardo me lo contó. Prefiero no saber quién se lo contó a Gerardo.

4

—Ya veo —no paraba de decir Leonard desde dondequiera que estuviese aquel día que el FBI fue a la casa de la calle California—. Ya veo.

—Pues yo no veo nada —dijo Charlotte—, francamente yo no veo nada en absoluto.

Se produjo un silencio.

—Estás llamando desde casa.

—Y eso qué tiene que ver.

Charlotte oía solo el débil chisporroteo del cable. La verdad es que se le había olvidado que no debía llamar a Leonard desde casa si tenía que decirle algo importante. Debía evitar cualquier posible vigilancia y hacer las llamadas a través de lo que Leonard llamaba una línea neutral. Durante el juicio de Mendoza en Cleveland, había llamado a Leonard todos los días desde un teléfono público en los almacenes Magnin y, en una ocasión, había cogido una habitación en un motel de la avenida Van Ness solo para poder llamarle a Londres y decirle que le echaba de menos; sin embargo, ahora que tenía que decirle que acusaban a Marin de haber puesto una bomba en la Pirámide Transamerica, le llamaba desde el teléfono blanco modelo Princess de la habitación de Marin.

—Quiero decir que no veo la importancia que puede tener que nos escuchen, porque solo te estoy contando lo que ellos me acaban de decir.

Leonard seguía sin decir nada.

—Quiero decir —continuó Charlotte— que no puedo marcharme de casa.

—Quiero que salgas de casa. Quiero que te quedes con Polly Orben en Sausalito. Quiero que llames a Polly Orben inmediatamente.

—No quiero quedarme con Polly Orben. —Polly Orben había sido la analista de Leonard durante ocho años. Charlotte no sabía de qué

habían hablado Polly Orben y Leonard durante ocho años, pero Polly Orben le informaba frecuentemente de que les faltaba más o menos un año para «terminar» o «finalizar». Es decir, para acabar el análisis—. No quiero salir de casa.

—Es miércoles, los miércoles Polly pasa consulta en Glide; llámala a Glide…

—Tengo que estar aquí cuando llame Marin.

—La verdad es que no sabes dónde está Marin —dijo Leonard con mucho cuidado.

—Precisamente por eso tengo que estar aquí.

—Y si no sabes dónde está Marin, no puedes contarle a nadie dónde está Marin. Bajo juramento, ¿entiendes?

Charlotte no dijo nada.

—¿Ves lo que quiero decir?

Charlotte siguió sin decir nada.

—Ponte en contacto con Warren. Dile exactamente lo que te acabo de decir yo. Dile que no intente ponerse en contacto con ella.

—Me parece que esperaré aquí y cometeré perjurio —dijo Charlotte finalmente—. Luego te contrataré.

Charlotte no llamó a Polly Orben a Glide ni se puso en contacto con Warren. Lo único que Charlotte hizo durante el resto del día fue quedarse tumbada en la cama de Marin con la mirada fija en los ojos de la Raggedy Ann —dos botones negros— que Warren le había regalado a Marin cuando cumplió doce años. Charlotte no entendía cómo había pilotado Marin un L-1011 hasta Wendover, Utah. Marin no sabía siquiera conducir un coche manual.

Marin no pudo haber pilotado un L-1011, así que debía de estar esquiando en Squaw Valley.

Marin había dicho que la pulsera de bodas de su bisabuela era metal muerto.

Marin había estado en cama con gripe el día de su duodécimo cumpleaños y, como si tuviera cuatro años en lugar de doce, había dormido toda aquella noche abrazada a la Raggedy Ann de Warren.

Cuando a las seis y media empezó a llover, Charlotte se envolvió con la manta de Marin, pero no cerró las ventanas. Solo fue al piso de abajo una vez, cuando dos hombres del FBI volvieron para preguntarle si tenía una fotografía reciente de Marin.

—No lo sé. —Arriba, en un cajón, tenía tres fotografías recientes que Marin había pasado por alto, pero existía una razón decisiva por la que no quería que los del FBI las tuvieran. No caía en cuál era la razón, pero sabía que había una—. Tendría que mirarlo.

No hizo ni ademán de mirarlo.

De repente, se dio cuenta de que seguía sosteniendo la Raggedy Ann con el vestido levantado para dejar a la vista el corazón rojo en el que ponía: TE QUIERO.

Uno de los del FBI carraspeó.

—Supongo que no ha tenido noticias suyas —dijo al fin.

—Estoy seguro de que nos lo diría si así fuera —dijo el otro.

Quería deslizar la Raggedy Ann debajo de un cojín, pero estaba sentada en una de las sillas Barcelona de Leonard y no había cojines.

—La verdad es que no se lo diría —dijo finalmente.

—Señora Douglas…

—La verdad es que mentiría. Les mentiría y cometería perjurio ante un tribunal. Usted ya lo sabe. Me oyó decírselo a mi marido por teléfono.

Los dos hombres del FBI apartaron la vista uno del otro.

—Si no fueron ustedes los que me escucharon, entonces lo hizo alguien de su oficina; deberían ir allí y comparar sus notas. —Ella no quería hablar así a los del FBI, pero oía su propia voz y sonaba brillante, sociable e insistente—. Alguien lleva cinco años por lo menos escuchando mis conversaciones telefónicas; deberían conocerme ya. Mentiría.

—Estoy seguro de que sabe que ante la ley un padre no tiene especial…

El otro hombre del FBI levantó la mano como para acallar a su compañero.

—Señora Douglas, tal vez le gustaría que esta noche se quedara alguien con usted para que eche un ojo a las cosas.

—Ya tengo a alguien que eche un ojo a las cosas. Tengo a toda esa gente que usted trajo en el apartamento de enfrente, ¿o no? Quiero decir que yo no le vi trasladarlos aquí, pero ya sé cómo actúan ustedes. —Parecía no poder detenerse. Era la Raggedy Ann. Le molestaba que la hubieran pillado con la Raggedy Ann—. Hay una cosa que no sé. No sé si guardan ustedes grabaciones de todas aquellas llamadas telefónicas.

Ninguno de los dos dijo nada.

—Quiero decir que sería muy útil que las hubieran guardado. Si ahora pudieran sentarse a escuchar todas esas conversaciones telefónicas, probablemente sabrían ustedes más de Marin y de mí, de Leonard y de Warren de lo que yo recuerdo. Seguramente podrían resolver todo este asunto.

Uno de los hombres cerró su maletín. El otro cogió su impermeable.

—Solo de Marin y Lisa Harper deben de tener ustedes seiscientas o setecientas horas mientras hacían sus problemas de álgebra. —Charlotte alisó el vestido de la Raggedy Ann por encima de su corazón rojo sin mirar a los hombres del FBI—. Este año Lisa está en Stanford. Se lo digo por si se perdieron el capítulo en que a Lisa la admitieron en Stanford y a Marin, no.

—Señora Douglas no somos sus enemigos.

—Marin lloró cuando llegó la carta de Stanford. Seguramente recuerdan a Marin llorando.

A la mañana siguiente, cuando Charlotte se despertó en la cama de Marin, la lluvia corría por las cortinas de organdí de Marin y formaba charcos en el suelo de parqué. Al despertarse, Charlotte supo por qué no podía darle al FBI una fotografía reciente de Marin. No les podía dar una foto reciente de Marin porque cualquier foto que les fuera de utilidad mostraría los ojos de Marin, y después, aquellos ojos le devolverían la mirada desde los periódicos y las pantallas de televisión, y ella no estaba aún preparada para entregar a su hija a la historia.

Pasó otro día y Charlotte seguía sin llamar a Warren. En realidad, no era posible «llamar» a Warren: había que «ponerle un aviso de conferencia», dejarle mensajes en las distintas oficinas y apartamentos que solía frecuentar en Nueva York y esperar a que contestara. Generalmente devolvía la llamada entre la una y las tres de la madrugada, hora de San Francisco, o entre las cuatro y las seis de la mañana, hora de Nueva York.

—¿Dónde está ese marido judío tan interesante que tienes? —le preguntaba Warren cuando Charlotte le ponía un aviso de conferencia y él la llamaba después. Le preguntaba eso cuando Charlotte le ponía un aviso de conferencia para decirle que Marin tenía catarro y se lo preguntaba igualmente cuando Charlotte le ponía un aviso de conferencia para decirle que Marin iba a un campamento de tenis; y lo preguntaría también si Charlotte pusiera un aviso de conferencia para decirle que el FBI buscaba a Marin.

—Te llamo para algo importante —le diría ella.

Sabía lo que ella diría porque sabía lo que él diría.

—Te he preguntado dónde está ese marido judío tan interesante —diría él.

—Como sabes muy bien, Leonard no es judío. Te llamo…

—No hay nada malo en ser «judío». ¿Te ha convertido también en una antisemita?

—Tengo que decirte…

—Lo único que tienes que decirme es dónde está el famoso abogado radical. Vamos. Admítelo. Está en Bohemian Grove, ¿no? Está… déjame ser preciso, está haciendo la revolución en Bohemian Grove.

No le pondría a Warren un aviso de conferencia.

De todas las formas, Warren no se enteraría de lo de Marin por medio del FBI, porque el FBI no sabría cómo localizar a Warren.

Además no había ninguna necesidad de ponerle un aviso a Warren porque Marin estaba esquiando en Squaw Valley.

En cualquier caso, Leonard le pondría un aviso de conferencia a Warren.

Charlotte solucionaba muchos problemas así.

Leonard voló a casa inmediatamente, pero debido a una huelga en el aeropuerto de Beirut y a una manifestación en Orly le costó treinta y seis horas llegar a San Francisco, y para entonces ya habían examinado los restos e identificado la pulsera de oro de Marin sujeta como por arte de magia al percutor de la bomba. También habían recibido la cinta y habían comunicado a la prensa el nombre de Marin. Charlotte se enteró de la existencia de la cinta cuando, al abrir la puerta de la casa de la calle California, se encontró un equipo de televisión que ya estaba filmando. En las noticias de las seis había una grabación en la que Charlotte abría la puerta, le daba la espalda a la cámara y corría escaleras arriba perseguida por un joven negro armado de un micrófono. Cuando volvieron a emitir este reportaje en las noticias de las once, difundieron por primera vez la foto de Marin, la famosa foto de Marin Bogart, la foto del periódico de hacía un par de años en la que Marin aparecía con el delantal rosa y blanco a rayas de las voluntarias del hospital Infantil. Según parecía, el periódico había perdido el negativo y simplemente cortó y amplió una reproducción del periódico en la que Marin apenas se distinguía: una joven afable con un delantal, pero enigmáticamente inexpresiva, con solo dos manchas por ojos. En las semanas siguientes a la aparición de la foto, aquellas dos manchas borrarían cualquier otra imagen que Charlotte tuviera de los ojos de Marin. El día en que finalmente conocí a Marin, me sorprendieron sus ojos. Tenía los ojos de Charlotte. No tenía nada más de Charlotte, pero tenía sus ojos.

5

Me imagino que habrás escuchado la cinta.

«Este no es un acto aislado. No pedimos permiso a nadie para hacer la revolución».

Oí solo un fragmento, en una emisión de Radio Jamaica, pero leí extractos en *Time*, en *Prensa Latina* y en el *Caracas Daily Journal*, extractos siempre ilustrados por la impenetrable foto de la niña del delantal rosa y blanco a rayas. Solo escuché una parte de la emisión de Radio Jamaica porque Gerardo estaba en casa la noche en que la retransmitieron y, como de costumbre, había preparado la velada para fastidiar y desconcertar a todos los implicados. A mí me parecía que la preparación de aquellas veladas era realmente la única diversión de Gerardo.

O, para ser más precisos, su única y auténtica vocación.

Puesto que a él casi nada le divertía.

En primer lugar, aquella noche Gerardo había invitado a cenar a Elena. El que Elena aceptara era un tributo al poder sexual que Gerardo ejercía sobre ella, pues Elena no me hablaba. Elena no me hablaba porque aquella misma mañana le había advertido que sería mejor que ella y Gerardo se dedicaran a exhibir su tedioso interés por sus respectivos cuerpos en el salón de baile del hotel Caribe y no en las reuniones políticas vigiladas por Victor y los estadounidenses. No me gustaba escuchar los comentarios de Tuck Bradley sobre Elena y Gerardo. No me gustaba que Tuck Bradley escuchara los comentarios de Kasindorf y Riley sobre Elena y Gerardo. En realidad, ya había oído los comentarios de Victor sobre Elena y Gerardo, y tampoco eso me gustaba.

Elena decía que Gerardo era la única persona de toda la familia que sabía bailar y divertirse.

Le dije que seguramente era cierto, pero que, en ese caso, la «diversión» de Gerardo no consistía en bailar, sino en violentar a la

familia paseándose con la viuda de un *presidente* ante personas opuestas a la familia. Daba igual que Gerardo asistiera o no a aquellas reuniones, pues la imagen de Gerardo en la comunidad —se lo mereciera o no— era la de una persona «joven y sin importancia». En cambio no daba igual que Elena asistiera a aquellas reuniones porque su imagen en la comunidad —se lo mereciera o no— era la de una persona «virtuosa y mayor».

Un tesoro nacional, como si dijéramos.

Pero Elena había dejado de hablar. Elena ni siquiera sabía que aquellos actos a los que Gerardo la había llevado eran «reuniones». Ella creía que eran «fiestas». Me parece que aún lo cree.

Es igual.

En segundo lugar.

El invitar a Elena a cenar no había satisfecho del todo el ansia de provocación social de Gerardo. Había invitado a Elena y luego había invitado a una chica extremadamente huraña con la que mantenía una relación intermitente desde hacía años, una ambiciosa *mestiza* que fue una vez con él a París y que le había dejado, primero, por uno de los Thyssen menores y luego, por un cantante de rock and roll inglés. Hacía poco que había vuelto a Boca Grande para reorganizar sus tácticas. La chica era hija del cajero del Jockey Club y se llamaba Carmen Arrellano, pero ella se hacía llamar Camilla de Arrellano y Bolívar, y no iba por el Jockey Club. Aquella tarde en concreto, estaba huraña porque Gerardo escuchaba la radio y posiblemente también porque yo le había dicho al cocinero que no hiciera caso de la petición de la chica de que le sirvieran la cena aparte: tres gambas cocidas en un plato blanco con medio limón envuelto en una gasa. Al cocinero, esa petición le había parecido particularmente ofensiva porque su hijo estaba casado con la prima de Carmen Arrellano.

«Todos los enemigos de clase deben sufrir un castigo ejemplar».

La voz de Radio Jamaica era dulcemente instructiva.

«Cuando la policía fascista crea que estamos cerca, estaremos muy lejos. Cuando la policía fascista crea que estamos lejos, estaremos cerca».

—Cecea —dijo Gerardo.

—Suena como esos cubanos de la fiesta —dijo Elena. Elena había mencionado varias veces aquella «fiesta» a la que ella y Gerardo habían asistido la noche anterior para, según parecía, fastidiarnos al mismo tiempo a mí y a Carmen Arrellano—. ¿Verdad que sí, Gerardo? Esos espantosos cubanos que llegaron con Bebe Chicago. No me refiero al ceceo, sino a lo que decían.

—Yo solo escucho el ceceo —dijo Gerardo—. Yo, en tu lugar, no mencionaría a Bebe Chicago delante de Grace o dejará de pasarte tu asignación para ropa.

No dije nada. Bebe Chicago era un homosexual antillano que, tras unos años en la London School of Economics y unos cuantos más en México organizando los «frentes de liberación» caribeños había regresado a Boca Grande para ver qué más podía impulsar. Se llamaba François Parmentier, pero todos le llamaban Bebe Chicago. No tengo ni idea de por qué. Decían que tenía contactos entre los *guerrilleros*. Tanto Victor como Tuck Bradley hablaban a menudo de él. Los individuos como Bebe Chicago entran y salen de Boca Grande sin dejar más impronta que haber proporcionado empleo involuntario a las muchas personas encargadas de seguirles por el país e intervenirles los teléfonos.

—Grace cree que Bebe Chicago y yo te estamos utilizando —dijo Gerardo.

—Estupendo —dijo Elena—. Hacedlo.

—La verdad es que la dinámica no es esa. —Gerardo nos sonrió a Elena y a mí—. En realidad, soy yo el que utiliza a Bebe Chicago. Escuchad a esta chica. Me gustan las dos cosas juntas: el ceceo y el delantal. Preciosa.

—Solo piensas en el sexo —dijo Elena.

—Te gustaría que fuera verdad —dijo Gerardo—, pero no lo es.

—Pues a mí me aburre —dijo Carmen Arrellano de mal humor. Desde la cena, Carmen se había situado en un rincón de la habitación desde el que podía verse en un espejo—. A mí, me aburre.

—Desde luego que te aburre —dijo Gerardo—. A ti no te gusta el sexo. No hay que arreglarse para practicarlo y además nunca hay fotógrafos, o ¿tal vez es eso lo que te aburre?

—La *radio* —dijo Carmen malhumorada.

—No me imaginaba ni por lo más remoto que estuvieras escuchándola —dijo Elena—. Creía que estabas diseñando un nuevo maquillaje. ¿Se te ha ocurrido alguna vez decolorarte las cejas?

—He dicho que esto me aburre —dijo Carmen a Gerardo.

Gerardo levantó una mano indicándole que se callara y se acercó a la radio.

—Para fiesta terriblemente divertida, la que te perdiste anoche —le dijo Elena a Carmen.

Carmen cogió una revista.

—Una banda de percusión caribeña —dijo Elena. En realidad, a Elena la «fiesta» no le había parecido nada divertida. En realidad, antes de dejar de hablarme, Elena se había quejado de que los amigos de Gerardo no bailaron, sino que se quedaron sentados en una habitación inmunda para ver una película cubana sobre la producción de azúcar. Elena sonrió a Carmen—. Montones de dominicanos y esos terribles cubanos. Nosotros bailamos hasta las cinco de la mañana. ¿Sigues aburrida?

—Carmen siempre está aburrida —dijo Gerardo—. Perdón, Camilla está siempre aburrida. Quiero escuchar ese ceceo.

«Responderemos a la represión con la liberación. Responderemos al terrorismo de la dictadura con el terrorismo de la revolución».

Elena sonreía afablemente a Carmen.

Carmen dejó caer al suelo la revista y se puso en pie.

—Estamos cansando a tu madre —advirtió Carmen a Gerardo—, y también a tu divertida tía.

—Yo diría que sí —dijo Elena—. Son casi las nueve.

—Te llevaré a casa cuando esto termine —dijo Gerardo—. Mientras tanto podrías escuchar.

—A esa pequeña cotorra apocada que habla de capitalismo —dijo Carmen—. A quién le importa el capitalismo.

—Eso es muy interesante, Carmen. —Gerardo accionaba los botones de la radio para mantener la sintonía—. Es muy interesante porque da la casualidad de que según una corriente de pensamiento precisamente es el capitalismo lo que estropeó tu carácter.

Se produjo un silencio. Elena soltó una risita.

—También el tuyo —le dijo Gerardo a Elena—. Y no es que esté totalmente de acuerdo.

Me sentí aliviada cuando se perdió la sintonía.

Estaba tan cansada de oír a Gerardo y Elena como de escuchar a Carmen Arrellano y a la chiquilla de la grabación.

Recuerdo que ninguno de los cuatro contaba aquella noche con mi simpatía.

6

La noche en que Charlotte escuchó por primera vez la cinta parece que intentó transcribirla palabra por palabra para poder explicar a Leonard y a Warren las intenciones de Marin. Solo llegó hasta la parte en que Marin hablaba de lo que ella llamaba el carácter revolucionario de su organización.

«Ahora me gustaría hablar del carácter revolucionario de nuestra organización —decía claramente Marin en la cinta—. El que nuestra organización tenga un carácter revolucionario se debe sobre todo a que todas nuestras actividades se definen como revolucionarias».

Charlotte leyó varias veces esta frase. Se preguntaba si no habría oído mal a Marin o si habría pasado por alto alguna frase importante. La cinta seguía reproduciéndose y aún se oía a Marin hablando de «expropiación», «potencia de fuego», «justicia revolucionaria» y de que el Pirámide Transamerica era uno de los muchos símbolos del *latifundismo* imperialista en San Francisco. Sin embargo, Charlotte seguía atascada en aquella frase. «El que nuestra organización tenga un carácter revolucionario se debe sobre todo a que todas nuestras actividades se definen como revolucionarias». Analizaba la frase, pero era incapaz de encontrarle el sentido, no lograba encontrar otra forma de expresarla para que Leonard y Warren la entendieran.

Al final, resultó que no tuvo que explicar la frase a Leonard porque cuando él llegó del aeropuerto a medianoche dijo que la frase no era original de Marin, sino que la había tomado de un manual escrito por un teórico brasileño de la guerrilla llamado Marighela.

—Solo puedo decir una cosa sobre la operación —comentó Leonard.

Charlotte esperó.

—Sé de dónde sacaron la retórica, pero me gustaría saber dónde consiguieron las armas.

Al final, resultó que Charlotte tampoco tuvo que explicar la frase a Warren, porque cuando llamo desde Nueva York a las dos de la

mañana, ya había escuchado la cinta y, lo mismo que Leonard, solo tenía una cosa que decir sobre la operación.

—Joder con Marin —dijo él.

Creo que Warren Bogart habría contado con mi simpatía aquella noche.

7

Cuando me casé con Edgar Strasser-Mendana, una tía de Denver, que de recién casada había vivido en una plantación de la United Fruit Company en Cuba, me envió veinticuatro platos de postre Haviland, del modelo Windsor Rose, y una carta con instrucciones para vivir en los trópicos. No debía permitir que usaran estiércol en mi huerto, debía hervir el agua tanto para ducharme como para beber, proteger los libros de mi marido con una fina solución de creosota, asignar horas determinadas para dibujar o escribir y considerar el juego del bridge como una huida de la realidad en la que se podía caer solo un par de veces por semana y nunca con conocidos deprimidos. Con este régimen podría tal vez evitar lo que en la carta se llamaba la fiebre y el desasosiego de las latitudes. El que yo hubiera vivido de soltera durante varios años en aquellas mismas latitudes no significaba nada para mi tía: ella parecía ubicar en el lecho nupcial el auténtico trópico de la fiebre y el desasosiego.

En muchos aspectos, también Charlotte lo hacía.

Resulta que yo entiendo esta postura después de haberla observado durante años en sociedades muy distantes de San Francisco y Denver, pero hay mujeres que no la entienden. Algunas mujeres aceptan con demasiada facilidad las consecuencias de sus propias acciones. Se casan o dejan de casarse con imperturbabilidad. Se divorcian o no se divorcian. Pueden salir de una cama y olvidarla. Duermen sin soñar, se levantan y hacen huevos revueltos.

Charlotte, no.

Charlotte, jamás.

Creo que no he conocido a nadie para quien la relación sexual fuera un contrato tan aburrido. Tan oscuros, febriles y tan fuera de los límites de lo normal le resultaban a Charlotte todos los aspectos de ese contrato que, por ejemplo, era incapaz de cruzar una habitación con paso normal en presencia de dos hombres con los que se hubiera

acostado. Daba la impresión de que las piernas se le encajaran en la pelvis de forma anormal. Su cuerpo se ponía rígido, como crispado, ante la pregunta de quién tenía acceso a él y quién no. Siempre que la vi acompañada de Victor y Gerardo, me sorprendió ver que todos sus movimientos estaban lastrados por esta pregunta. ¿Quién tenía prioridad? ¿Qué reclamo era más poderoso para ella? ¿Qué debía a quién? Si la mano de Gerardo rozaba la suya delante de Victor, Charlotte se ruborizaba y bajaba la vista. Si surgía la necesidad de abrir una botella de vino en alguna de aquellas ocasiones patéticas, aunque valientes, en las que se ponía su vestido de gasa gris e intentaba «recibir», no le era posible darle el sacacorchos a Gerardo. Tampoco podía entregárselo a Victor. Eludía la situación y abría ella misma la botella generalmente rompiendo el corcho. Recuerdo que en una ocasión le hablé a Charlotte de un pueblo del Orinoco en el que el primer compañero sexual de una niña practicaba un corte ritual en la parte interna del muslo de la chica. El objetivo era marcar a la mujer con el tótem del hombre. Charlotte no veía nada de extraordinario en este ritual.

—Más o menos eso es lo que sucede en todos sitios, ¿no? —dijo—. Alguien te corta donde no pueda verse.

Esos cortes donde no se ven acuden a mi memoria cuando pienso en el viaje de Charlotte Douglas desde la casa de la calle California al aeropuerto de Boca Grande. Charlotte Amelia Douglas. Charlotte Amelia Bogart. De soltera, Charlotte Amelia Havemeyer. Charlotte. Ni siquiera estoy segura de que hablara en sentido figurado.

En la primera semana que siguió a la difusión de la cinta de Marin sucedieron los siguientes acontecimientos: Charlotte recibió la llamada de una joven de Nueva York que le informó de que Warren llegaría a San Francisco en un vuelo de medianoche. Warren no llegó.

Charlotte recibió una llamada de un espiritista de los Países Bajos, que le comunicó que percibía el aura de una muchacha con delantal que vendía callos en el distrito parisino de Belleville. Explicaría su visión con todo detalle si se le enviaba un billete de avión en primera

clase a San Francisco; ida y vuelta, y reembolsable.

Leonard recibió la llamada de la hermana de un recluso de San Quintín que afirmaba que su hermano sabía de buena tinta que Marin trabajaba de auxiliar en un psiquiátrico estatal. Diría el nombre del estado cuando recibiera el comunicado de su libertad sin cargos.

La joven de Nueva York volvió a llamar para decir que Warren había perdido el vuelo de medianoche, pero que llegaría a San Francisco al día siguiente por la tarde. Warren no llegó.

Una pareja de agentes del FBI aparecía todas las mañanas a tomar café.

El encargado de los patios de un bloque de apartamentos a las afueras de Detroit contó a la NBC que, al amanecer, había visto a Marin y a «dos engreídos chicos de color» llenando de ametralladoras el maletero de un Pontiac de 1957, en el aparcamiento del centro comercial Livonia. Cuando apareció en la CBS, describió a los compañeros de Marin como «posiblemente negros o indios» y el coche como un Pontiac de 1957 «o algún otro modelo posterior de la General Motors». En el *Detroit Free Press*, el titular de la noticia decía: «A la búsqueda de un indio nervioso».

Se dijo que Marin estaba en La Habana.

Se dijo que Marin estaba en Hanoi.

Warren dejó dos mensajes en el servicio de mensajería telefónica diciendo que llegaría a San Francisco a la mañana siguiente en el vuelo de la TWA a las 10.35 h. No llegó.

—Veamos qué tenemos aquí —dijo Leonard, cuando finalmente entró en la habitación que Charlotte había cogido en el hotel Fairmont.

Leonard había dado una charla sobre derecho constitucional en un almuerzo de abogados que se celebraba en el Fairmont y, en pleno discurso, le habían acercado el teléfono a la tribuna; era Warren que llamaba de Nueva York. Charlotte observó cómo Leonard atendía la llamada de Warren; luego, abandonó la tribuna, se dirigió a recepción, pidió una habitación y telefoneó a Leonard para que se reuniera allí

con ella después del almuerzo. La habitación estaba helada, el radiador obstruido y los amplios ventanales que daban al Union Pacific Club no cerraban bien. A pesar de ello, Charlotte se pasó una hora y diez minutos sentada, descalza a la luz gris de la tarde, vestida solo con el conjunto de lencería de seda azul marino que acababa de comprar en una tienda del vestíbulo. Había intentado no acordarse de Marin ni de Warren. Había tratado de recordar cómo adoptar una actitud sexy.

—No, no me lo cuentes —dijo Leonard—. Déjame adivinarlo. Decidiste que el modo de evitar ver a Warren era alojarte en el Fairmont.

—No quiero hablar de Warren —dijo Charlotte.

—Le he conseguido un medio de transporte.

—No hables de él —dijo Charlotte—. Ven aquí.

—Sé perfectamente lo que intentas hacer, aunque tú no lo sepas —dijo Leonard.

—No lo digas. No te rías. Tengo ganas y nada más.

—No tienes ni pizca de ganas.

Charlotte se sentó al borde de la cama y se tapó con la colcha.

—Las tenía.

—Eres transparente, Charlotte; para todos menos para ti.

Charlotte miró por la ventana.

—Alguien ha muerto —dijo tras una pausa—. Alguien murió en el Pacific Union Club mientras tú hablabas abajo.

—¿Cómo lo sabes?

—Llegaron los bomberos, el equipo de reanimación y, luego, la ambulancia. Y arriaron la bandera.

Leonard se sentó en una silla frente a la cama.

—Sé perfectamente lo que intentas hacer.

—Mira. Se ve la bandera a media asta. ¿Qué has querido decir con lo de que le has conseguido un medio de transporte?

—No te preocupes de Warren. Vaya idea más repugnante tratar de quedarte embarazada, Charlotte.

—¿Quién ha dicho nada de quedarse embarazada? Digo que quiero follar y tú dices que no quiero. Dices que le conseguiste a Warren un

medio de transporte; yo te pregunto qué quieres decir y tú me respondes que no me preocupe de Warren. Te digo que alguien murió en el Pacific Union Club y tú empiezas a hablarme de quedarme embarazada. No sé de qué hablas.

Leonard miraba a Charlotte, pero ella evitaba sus ojos.

—Sinceramente, no lo sé.

—Sinceramente, no creo que lo sepas. Sinceramente, siempre sé en qué piensas antes de que tú lo sepas. Ahora estás pensando: si me quedo embarazada, Warren no podrá acceder a mí. Es decir, el abecé. No me preguntes por qué lo sé. ¿De dónde has sacado esa ropa interior?

Charlotte no contestó.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar que tu principal zona erógena es tu ropa interior?

Charlotte se había ceñido la colcha y fumaba un cigarrillo en silencio; después de aquello, tenía la sensación de que ya no merecía la pena seguir en aquella gélida habitación. En el ascensor, se le ocurrió la idea de que tal vez él había intentado que se rieran juntos un rato, pero eso requería un ánimo que ella ya no recordaba. La verdad es que sí quería tener un niño.

—Parece que llamó a la oficina y le contó a Suzy un montón de bobadas antes de que me localizara aquí. —Leonard saludó con la cabeza al portero del Fairmont—. Suzy le llama «su amigo Warren».

—No quiero que venga aquí.

—No eres tú quien tiene que decidir eso, Charlotte. Abandona tu obcecación. Él quiere venir.

—Entonces ¿por qué no ha venido?

—Charlotte, sabes tan bien como yo por qué no ha venido, no ha podido comprarse un billete de avión, por eso no ha venido.

—Él no dijo eso.

—Por supuesto que no. ¡Despierta!

Charlotte se concentraba en anudarse el pañuelo en pleno vendaval.

—De forma que en cuanto acabó la ronda de preguntas, hice una

llamada y le conseguí una plaza en la avioneta de Bashti Levant.

—No puedo… —interrumpió Charlotte.

—¿Qué es lo que no puedes?

Charlotte se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que no puedes, Charlotte?

—No puedo imaginarme a Warren cinco horas en una avioneta con Bashti Levant. —Acababa de caer en eso, pero era verdad. Bashti Levant estaba en el negocio de la música. Bashti Levant tenía «marcas», trajes de tres piezas y tenía grandes dientes amarillos y oscuras inclinaciones balcánicas—. No se caerán bien.

—No. No se caerán bien. Se aborrecerán cordialmente y se distraerán mutuamente, pero eso no era lo que ibas a decir. ¿Qué es lo que no puedes?

Charlotte se dio por vencida con el pañuelo.

—No puedo lidiar con Warren ahora.

—¿Qué significa «lidiar con»? Estuviste casada con él, ahora estás casada conmigo. ¿Crees que sois las dos únicas personas del mundo que solíais follar y ya no lo hacéis?

—En absoluto. —Otra cosa con la que Charlotte no podía lidiar era con la visión esencialmente racional de las relaciones sexuales que tenía Leonard—. También estamos tú y yo.

—No está mal. Te empiezas a despertar. —Leonard parecía complacido—. Ahí llega un taxi.

—Creo que iré andando.

—Pues vete andando —dijo Leonard mientras subía al taxi.

Charlotte caminó hasta la Grace Cathedral y permaneció un rato justo a la entrada de la nave en un punto concreto de luz amarilla que a Marin le gustaba de niña. Cuando la luz de la vidriera cambió y dejó de ser amarilla, Charlotte salió de la catedral. Su intención era volver andando al Fairmont para coger un taxi, pero a la salida de la catedral vio uno parado, con Leonard esperando en su interior, como la había esperado a la puerta del juzgado la mañana en que se divorció de Warren.

—Un día de Pascua, ella llevaba puesto un sombrero de paja y un vestido floreado de linón.

En el taxi, Charlotte cogió a Leonard de la mano, pero ninguno dijo ni una palabra hasta que la casa de la calle California estuvo a la vista.

—Charlotte, no creo que tengas que quedarte embarazada para demostrarte que ya no tiene ningún poder sobre ti.

—La llevamos a comer al Carlyle y recuerdo que estaba helada.

—No cometas el error de pensar que puedes rebobinar la película, Charlotte.

—Warren le puso su chaqueta.

En el piso de arriba de la casa de la calle California, Charlotte se quitó la falda y el suéter, y los dejó sobre una silla. Se quitó la ropa interior azul marino hecha a mano y la dejó caer al suelo. Al fondo de un cajón encontró un camisón de franela descolorido. Se puso el camisón, se tumbó en la cama y contempló cómo se desvanecía en la ventana la última luz del día.

—Y bebimos muchísimo Ramos Fizzes. En plena comida Warren dijo que tenía una cita en la ciudad y, cuando llegó la cuenta, yo no tenía dinero. No tenía ni siquiera dos dólares para el taxi, así que Marin y yo volvimos andando a casa. —Se volvió hacia Leonard—. Tenía tres años. Todo el mundo admiró su sombrero. Creo que nunca me he sentido tan feliz un domingo. ¿Por qué quieres traerlo?

—Es su padre, ¿no?

—No puedo afrontarlo.

Leonard se sentó al borde de la cama y recogió del suelo la ropa interior azul marino hecha a mano. Era muy sencilla. No tenía encajes ni bordados, sino solo filas de puntadas infinitesimales.

—Tal vez quiera comprobar si puedes o no. Alguien en las Azores se quedó ciego cosiendo esto.

—¿Por qué le has hecho venir?

—Porque le puso su chaqueta a Marin —dijo Leonard.

—Alguien en Filipinas —precisó Charlotte—. No en las Azores. En Filipinas.

8

—¡Vaya especímenes maravillosos esos cuatro individuos con los que me habéis hecho volar hasta aquí! —dijo Warren al entrar en la casa de la calle California a las nueve y media de la mañana siguiente.

Charlotte permaneció tiesa como un palo. Warren tenía aspecto de llevar varios días sin dormir. Tenía los ojos enrojecidos y la barba le sombreaba el mentón. Llevaba zapatillas deportivas y una bufanda que Charlotte reconoció como una que ella se había tejido aquel invierno que vivieron en un apartamento sin calefacción en la calle 93 Este. No llevaba maleta, sino dos bolsas de plástico atestadas con lo que parecía ser ropa sucia. También llevaba una rosa roja que ofreció a Charlotte sin mirarla.

—Cuatro auténticas gárgolas —dijo—. ¡Vaya favor que me habéis hecho! Los cuatro peores tipos del mundo. Trepas, gusanos, gárgolas. Basura neoyorquina. Caricaturas de Hogarth. A siete mil quinientos metros, sin salida. Dios me libre de los favores. Necesito un trago.

—Has repetido gárgolas —observó Leonard—. Dicho de otro modo, antediluvianos.

—Los del FBI vienen a las diez —dijo Charlotte.

—¿Y qué tiene que ver eso con que me sirvas un trago? No pillo la gracia de los del FBI.

—No había oído eso desde que dijiste «no pillo la gracia de la india» —dijo Leonard—. La frase se ha mantenido viva en mi recuerdo desde la noche en que te presenté a la maharaní de no sé dónde.

—Lower Pelham —dijo Warren—. Era la maharaní de Lower Pelham. —Dejó caer las bolsas al suelo, delante de la chimenea. Un aerosol de espuma de afeitar y un traje de lino hecho una bola con unos calcetines sucios salieron rodando—. Charlotte, encárgate de que alguien me lave y planche eso, ¿vale? El traje solo necesita planchar.

—Hoy no tenemos por aquí planchadoras ni lavanderas. —Charlotte cogió el aerosol antes de que cayera al fuego—. Ni costureras.

—Ya veo que estás en uno de tus humores peculiares. Dime qué más no puedes hacer por mí hoy. ¿Crees que podrías ofrecerme algo de beber? ¿O no?

Charlotte puso hielo en un vaso y luego añadió whisky. Le temblaban las manos. Le resaltaban las venas de los brazos y no quería que Warren las viese. Cuando por fin habló, su tono era neutro.

—¿Quién iba exactamente en ese avión?

—Todos amigos vuestros, no hay duda. Ahora que me doy cuenta: tienes un aspecto horroroso. Se te notan las venas. —Warren cogió el vaso y lo vació de un trago—. Y ese personaje que se llama Levant, quienquiera que sea.

—Bashti Levant controla tres de cada cinco discos de música pop que se venden en Estados Unidos. —Leonard parecía divertirse—. Como tú sabes perfectamente bien.

—Bueno, sí, me reí un poco a su costa, no me importa decírtelo. Me divertí mucho con él y con ese gordo castrado que le acompaña para reírle los chistes. Ese castrado empalagoso de Palm Beach. No paraba de hablar de la GCN, la «gente como nosotros». No creas que no le dejé claro qué clase de gente era esa. Capón adulador, lameculos, eunuco parásito.

—No te gustó —dijo Leonard.

—Gorrones de mierda de Palm Beach. Y no digo nada de las mujeres.

—El último caballero del Sur —dijo Leonard.

—No porque se lo merezcan. Dos mujeres espantosas. Voces espantosas y rebuznos. El castrado solo rebuznaba cuando el Levant ese chasqueaba los dedos, pero las mujeres rebuznaban constantemente. Cinco mil kilómetros de rebuznos. «*Le* isla. *Le* fin de semana. *Les* inyecciones de glándulas de mono. *Le* basura de Nueva York». —Warren tendió el vaso a Charlotte—. Me parece que una de ellas era la mujer de ese individuo llamado Levant, quienquiera que sea ese tipo, que no tengo ni idea.

—Eso me sorprende, porque Leonard te lo acaba de decir.

—Con que eso te sorprende, ¿no? —Warren hizo tintinear el hielo en el vaso—. Te sorprendes con más facilidad de lo que solías.

Supongo que ese individuo es un cliente de Leonard.

—Pues sí.

—Leonard no se priva de nada. Árabes, judíos, indios y Bashti Levant.

—Negros —dijo Leonard—. Te olvidas de los negros.

—¿Cómo llegaste a conocer exactamente a ese individuo, Leonard? ¿Violó a un árabe? ¿Es eso posible? En realidad, creo que es un solecismo. Violar a un árabe.

—A juzgar por lo que dices, has volado con ese árabe. —Leonard cogió el vaso de Warren y lo llenó—. Entablé relación con Bashti hace unos cuantos años por una acusación de drogas. Estaban implicados algunos de sus artistas.

—No doy crédito a mis oídos. Los artistas de Bashti.

—Era un asunto de libertades civiles.

—Desde luego que lo era. —Warren se atragantó de la risa y se palmeó la rodilla—. Sabía que lo era.

—Lo fue —dijo Charlotte.

En el silencio que se produjo, ella oía el eco de su voz, áspera y arisca. Fijó los ojos en el anillo que Leonard le había traído de dondequiera que hubiese ido para reunirse con el hombre que financiaba a los tupamaros.

La esmeralda cuadrada.

La gran esmeralda cuadrada traída de una capital que no podía recordar.

—Escucha esa voz —dijo Warren—. Oigamos de nuevo ese tono de voz.

Leonard miró a Charlotte y movió la cabeza ligeramente. Charlotte cogió un cigarrillo y lo encendió.

—No me extraña que tu hija se fuera de casa —dijo Warren.

La rosa roja que Warren le había regalado a Charlotte se cayó de la mesa al suelo.

Charlotte no dijo nada.

—Lo único que tengo contra tu hija es que no alcanzara a Bashti Levant con esa bomba. A Bashti y a algunos de sus artistas. Esa es la única cuenta que quiero ajustar con tu hija. Tu hija y la mía.

—Tan encantador como siempre —dijo Leonard finalmente.

—¿Qué esperabas, Leonard? ¿Esperabas que llegara a los cuarenta y cinco y empezara a aplaudir al género humano? —Warren apuró su segundo vaso—. Es mi cumpleaños, Charlotte. No me has felicitado.

—Te diré algo que esperaba, esperaba… —irrumpió Charlotte. No sabía lo que había esperado. Se concentró en la esmeralda.

Bogotá.

Quito.

No tenía ni idea de dónde se había encontrado Leonard con el hombre que financiaba a los tupamaros.

—Hoy no es tu cumpleaños —dijo finalmente—. Tu cumpleaños fue el mes pasado.

—Tu marido esperaba que fuera un humanista.

—Leonard —dijo Leonard.

—¿Perdona?

—Su marido se llama Leonard.

—Robé esa rosa para ti —dijo Warren—. Cuando bajé del avión de los muertos vivientes.

«Vivir en el pasado conduce al error y a la locura», advertía también mi tía.

Y, «no llores si se te corta la leche, Grace, haz requesón con ella».

Y llegaba al mismo punto incierto: «Recuerda a la mujer de Lot; evita mirar atrás».

—Felicítame —dijo Warren—. Brinda por mi cuarenta y cinco aniversario.

—Tu cumpleaños fue el veintitrés de octubre —dijo Charlotte.

—Charlotte no bebe antes del desayuno —dijo Leonard—. Le sienta fatal y no lo hace nunca.

—Pues lo hizo el día que cumplí los treinta —dijo Warren.

—Que fue el veintitrés de octubre de mil novecientos… ¡mierda!

—No digas palabrotas —dijo Warren.

«Evita mirar atrás».

Hasta la desaparición de Marin, Charlotte había organizado su vida



para hacer exactamente eso.

9

Sé por qué a Charlotte le gustaba hablar con los del FBI: los agentes le dejaban hablar de Marin. La dedicación de aquellos hombres a Marin era total. Eran peregrinos entregados en cuerpo y alma a la recolección de reliquias de la pasión de Marin. En los días previos a la llegada de Warren a San Francisco, los agentes habían llevado a Charlotte a ver el apartamento de Marin en la calle Haste en Berkeley. Los agentes habían llevado a Charlotte a ver la casa de la calle Grove en Berkeley, en la que habían encontrado el escondrijo con fusiles automáticos Browning del calibre 30 y el aparato dental rosa transparente que Marin tenía que llevar para corregir la posición de los dientes. En ambos lugares, la luz gris de la mañana entraba por las polvorientas ventanas y caía sobre un suelo de tarima desgastada. Por primera vez, Charlotte recordó lo triste que se había sentido en Berkeley antes de que Warren llamara a su puerta.

—Volvamos a una de las teorías que sostenía usted ayer, señora Douglas. Cuando usted…

—Volvamos a todas ellas —dijo Warren. Warren había estado sentado en la misma silla desde que entró en la casa y dejó caer sus bolsas. Solo se había levantado mecánicamente para servirse copas, y cuando los hombres del FBI llegaron y Leonard se fue—. Soy el padre de la facinerosa —dijo a los hombres del FBI. Se encogió con un aparente ataque de risa—. Quiero volver a cada una de esas teorías que la señora Douglas ha sostenido en mi ausencia. No he estado localizable y no sabía que la señora Douglas tuviera teorías. Teorías que sostener.

—¿Cuando yo qué? —dijo Charlotte.

—¡Alehop! Necesitamos hielo, Charlotte.

—Cuando usted… —El del FBI miró incómodo a Warren—. Cuando usted dijo ayer que Marin «debía de sentirse triste», ¿qué quiso decir exactamente? ¿Una melancolía cotidiana y normal o algo más fuera de

lo corriente?

—Solo la habitual y normal canción triste de Berkeley del pueblo al poder y contra el *latifundismo*. —Warren seguía desternillándose de risa—. Solo esa vieja canción triste amerikana. Pronúnciese con k.

—No sé lo que quise decir —dijo Charlotte.

—Alguna teoría —dijo Warren—. ¿Has pillado lo de la k? ¿Lo has pronunciado con k?

—Un momento más, señora Douglas; la oficina nos plantea otra pregunta. ¿Mencionó alguna vez su hija a un ruso llamado…? Veamos.

El del FBI examinó su libreta.

—Esas viejas canciones tristes no remontaron la corriente desde Nueva Orleans, remontaron la K-O-R-R-I-E-N-T-E desde Nueva Orleans. ¿Lo pilla? Charlotte, ¿ha pillado lo de la k?

—Lo ha pillado.

—Gurdjieff —dijo el del FBI—. Un ruso llamado Gurdjieff. ¿Lo mencionó Marin alguna vez?

—En primer lugar era armenio —dijo Warren—. Por otro lado, ha dado usted en el clavo.

—No estoy seguro de entender lo que quiere decir, señor Bogart.

—Por supuesto que sí. Lo hace usted muy bien.

—Perdone, el Gurdjieff al que me refiero es ruso.

—Perdone. El Gurdjieff al que usted se refiere es Bashti Levant.

—Warren, por favor.

—¿No te parece divertido, Charlotte? Perdone, ¿el Gurdjieff al que usted se refiere es Bashti Levant?

—Es muy divertido, Warren. Ahora…

—Solías encontrarme divertido.

—Permítame reconducir el asunto —carraspeó el del FBI—. ¿Mencionó Marin alguna vez a un tal Gurdjieff de la nacionalidad que fuera? ¿Comentó haber leído algo sobre él?

—No —dijo Charlotte.

—Marin no sabe leer —dijo Warren—. Juega muy bien al tenis, tiene un buen revés, un pelo estupendo y un cociente intelectual de unos 103.

Charlotte cerró los ojos.

—Charlotte, afronta la realidad. Al César lo que es del César. Tú la criaste. Es aburrida.

—No estoy seguro de que vayamos bien encaminados —dijo el del FBI.

—Irving no está seguro de que vayamos bien encaminados. —Warren hizo tintinear el hielo—. Escucha, escucha, Charlotte. Atiende a Irving.

—Bruno —dijo el del FBI—. Me llamo Bruno Furetta.

—No me haga caso, Irving, he estado bebiendo.

—Da la casualidad de que sé que no estás tan borracho, Warren. —Charlotte no abrió los ojos—. Da la casualidad de que sé que te estás divirtiendo como de costumbre.

—Ya veo que lo pillas.

Charlotte se levantó.

—Y quiero decirte que no estoy…

—Está muy agitada. —Oyó Charlotte que decía Warren al salir ella de la habitación—. Permítame darle un consejo. Irving. No se preocupe por los armenios, *cherchez le tennis pro*.

10

—¡Buuuuuuuuuu! —abucheó Warren cuando subió a la habitación de Charlotte una hora después—. ¿Qué ha pasado con tu sentido del humor?

Charlotte no respondió. Cerró con deliberación el libro que trataba de leer desde el día siguiente a la llegada de los hombres del FBI a la casa de la calle California. El libro era un análisis detallado de los tres rosetones de Chartres, sin ilustraciones, y cada vez que Charlotte lo cogía volvía a empezar desde la primera página. No quería que Warren estuviera en la habitación. No quería que Warren estuviera en ninguna habitación en la que ella se hubiera acostado con Leonard; no quería que él viera en la mesilla el Seconal de Leonard junto a la crema de manos que usaba ella; no quería que examinara las pajaritas que Leonard se había probado, descartado y dejado sobre la cama aquella mañana. En realidad, no quería que él viese la cama siquiera.

—Ya no tenemos nada en común. —Warren cogió una corbata de seda amarilla y se la anudó al cuello—. Tú y yo. Leonard no echará esta en falta, ya está él bastante amarillento. ¿No lo has notado? ¿No tiene mal color?

—Lo que tenemos en común es que ambos estamos de acuerdo en que respecto a tener algo en común… —le interrumpió Charlotte. Ella miraba un tubo de vaselina que había en la mesilla. No veía la forma de meterlo en el cajón sin llamar la atención de Warren—. En lo que a tener algo en común se refiere, no tenemos nada; en común, quiero decir.

—Hablas como si te hubiera dado una apoplejía. ¿Te ha dado una apoplejía?

—Lo que tengo es dolor de cabeza.

—Quieres decir que yo te doy dolor de cabeza.

—Quiero decir que deseo que salgas de esta habitación.

—No te preocupes. Saldré de la habitación. —Warren se sentó en la

cama, cogió el tubo de vaselina y lo metió en el cajón—. No me gusta esta habitación.

Charlotte no dijo nada.

—Solo he venido para ver cómo estabas.

Charlotte siguió sin decir nada.

—No me gusta tu habitación, no me gusta tu casa, no me gusta tu vida. —Warren cogió una caja de plata de la mesilla de noche. La caja tenía marihuana y al levantar la tapa sonaban las notas de «Puff, el dragón mágico». Warren levantó la tapa y miró a Charlotte—. Me apuesto algo a que los dos habláis de «excitaros». ¿Entiendes lo que digo sobre tu vida?

—Lárgate —susurró Charlotte.

—Perdona. Quiero decir tu «estilo de vida», porque tú no tienes vida, tienes un «estilo de vida». A pesar de todo, aún tienes buen aspecto.

—Lárgate.

Warren la miró durante unos instantes antes de hablar.

—Quiero que vengas conmigo a Nueva Orleans.

Charlotte intentó concentrarse en su próximo encuentro con Leonard para almorzar. Muy pronto, saldría de aquella habitación y bajaría las escaleras. Saldría de la casa y cogería un taxi al Tadich Grill sola.

—Te he dicho que quiero que vengas conmigo a Nueva Orleans. ¿Estás sorda o simplemente eres una grosera?

Iría sola en taxi a reunirse con Leonard en el Tadich Grill.

—Quiero que vengas conmigo a ver a Porter. Porter se está muriendo y quiere verte. Hazlo por mí.

Charlotte intentaba pensar lo que pediría en el Tadich Grill: ostras o lenguado. Porter era un primo lejano de Warren, Durante los cinco años que Warren y Charlotte estuvieron casados, Porter había invertido 25.000 dólares en una obra de teatro para off-Broadway que Warren nunca escribió; 30.000 dólares en una revista política mensual de la que Warren no pasó de la maqueta y 2.653,84 en recuperar los muebles de Charlotte y Warren y la ropita de Marin de la empresa de guardamuebles Seven Santini Brothers de Long Island. A Charlotte ni

siquiera le caía bien Porter.

Lenguado.

No.

Ostras.

—Si no lo haces por mí, hazlo por Porter. A no ser que seas un ser humano mucho peor de lo que creía.

—No puedo marcharme así como así. ¿O crees que puedo?

—No te marchas, le haces una visita a Porter, que se está muriendo. Que te quiere.

—No puedo perdonar a Porter lo que le dijo a Leonard. En aquella cena aquí. Hace dos años. Se comportó fatal. —En realidad, Charlotte ni siquiera recordaba lo que Porter le había dicho a Leonard, pero siempre que hablaba con Warren caía irremediablemente en la trampa de su labia y su rosario de deslealtades de otra gente—. No puedo perdonarle a Porter aquello.

—Porter te quiere.

—Leonard tuvo que echarlo de casa.

—¿Y qué tiene que ver eso contigo?

Charlotte no parecía encontrar una base segura con la que responder aquella pregunta, así que la descartó.

—Te he preguntado qué tiene que ver contigo.

Charlotte se levantó, se dirigió al vestidor y cogió un abrigo del armario.

—Porter se muere, Charlotte.

Charlotte se echó el abrigo sobre los hombros.

—Porter se muere y tú te pones tu abrigo de visón. ¿Hoy toca Hadassah o mahjong? ¿Te das cuenta de lo que es tu vida?

—No es visón. Es marta cibelina. He quedado para almorzar.

—Repite eso.

—He dicho que he quedado para almorzar. Con Leonard.

—Pues no permitas que yo te retenga. Alguien que te quiere se está muriendo, tu única hija está desaparecida, yo te pido un último favor y tú has quedado para almorzar. —Warren volvió a abrir la tapa de la caja de plata. El mecanismo se puso en marcha—. ¿Te das cuenta? ¿Ves el panorama? No volverás a ver nunca a Marin, pero es igual, tú

has quedado para almorzar. Y tal vez después de ese almuerzo tú y tu interesante marido podáis, ¿cómo se dice?, «colocaros».

—¡Cabrón! —exclamó Charlotte.

Warren sonrió.

Charlotte agarró unas tijeras y las blandió con la punta hacia delante.

El abrigo de marta cibelina de Charlotte cayó al suelo.

—Desde que apareciste en casa hace cuatro horas no has pronunciado el nombre de Marin, salvo para burlarte de ella. Intentas utilizar a Marin contra mí, te importa una mierda lo que…

Warren seguía sonriendo.

La caja de música seguía reproduciendo «Puff, el dragón mágico».

Charlotte se miró la mano, la abrió y las tijeras cayeron al suelo.

—Lo que le pase a Marin —dijo.

—El tiempo y la fiebre —dijo Warren finalmente. Su voz sonaba cansada—. Se consumen.

—No sé de qué hablas.

—No hablo, nena. Cito. «Y la tumba muestra al niño lo efímero». ¿A quién cito?

—A Shakespeare. A Milton. No sé a quién citas. Para ese trasto de una vez.

—A Auden. A W. H. Auden. He de reconocer que no eres más culta de lo que eras. —Warren cerró la caja y recogió del suelo el abrigo de Charlotte—. «Pero en mis brazos, hasta que amanezca, deja que yazca la criatura viva». ¿Dónde almorzáis?

—No puedo ir a almorzar. —Se quedó inmóvil como una niña y dejó que Warren le pusiera el abrigo sobre los hombros—. No puedo ir llorando a comer.

—¿Dónde era el almuerzo?

—En Tadich.

—Pues claro que sí —dijo Warren—. Vamos a comer un poco de pescado.

Warren entretuvo a Leonard durante el almuerzo contándole cosas de

un heredero de la industria automovilística que ambos conocían y que dedicaba su fortuna a financiar la independencia de Micronesia; se excusó cinco veces para ir a telefonear; anuló las ostras que Leonard había pedido para Charlotte porque las ostras del Pacífico no se podían comparar con las del Golfo; pidió ostras para él, se tomó tres martinis y una cerveza alemana, le dio de comer a Charlotte con su propio tenedor porque estaba demasiado delgada para no comer, se fue del restaurante antes de que Leonard pidiera el café y no apareció ni aquella tarde ni por la noche. A la mañana siguiente, Charlotte le dijo a Leonard que no podía estar en la misma casa que Warren. Leonard trasladó a Warren a un motel del distrito de Marina y pagó por adelantado la habitación para una semana. Charlotte se quedó en la planta de arriba hasta que se fueron. Yo entiendo el efecto que Warren Bogart podía tener sobre Charlotte Douglas porque lo conocí tiempo después, en Nueva Orleans. Tenía la mirada de un hombre capaz de hacer perder la cabeza a una mujer como Charlotte.

No tengo ni idea de lo que quiero decir con lo de «una mujer como Charlotte».

Supongo que solo quiero decir una mujer tan convencida del peligro que entraña mirar hacia atrás.

Podía haber dicho una mujer tan inestable, pero ya les conté que Charlotte practicó una traqueotomía, que Charlotte arrojó el delantal de enfermera a los pies del coronel. Cada vez estoy menos convencida de que la palabra «inestable» tenga algún significado útil, salvo cuando se aplica a la descripción de un compuesto químico.

11

La segunda semana después de la difusión de la cinta de Marin, Leonard viajó a Montreal para entrevistarse con los dirigentes de un movimiento de liberación griego. Un hombre que se definió a sí mismo como un cienciólogo desilusionado llamó a Charlotte para informarle de que Marin estaba bajo la influencia de un estado de Clear en Shasta Lake. Una masajista de Elisabeth Arden llamó a Charlotte para decirle que había recibido información precisa de Edgar Cayce, vía Mass Mind, de que Marin estaba con los hunzas en el Himalaya. En una sepultura poco profunda de Bonneville Salt Flats se había encontrado el cuerpo parcialmente descompuesto de una joven, pero las prótesis dentales de la joven no coincidían en nada con las de Marin.

Charlotte contemplaba la lluvia que azotaba la calle California.

Leonard voló de Montreal a Chicago para pronunciar un discurso en la conmemoración de los Días de la Ira.

—Si quieres ver dentaduras espantosas, pásate por aquí —le dijo Warren a Charlotte la primera noche que telefoneó. No llamaba desde el motel de Marina, sino desde el Polo Lounge del hotel Beverly Hills, adonde había volado con Bashti Levant y una de sus bandas británicas.

—Algas en el pool genético. Beben mai tais. ¿Lo pillas?

—No entiendo qué haces ahí.

—No me estoy tirando a sus mujeres, si es eso lo que piensas. Ni siquiera a la tuya, Basil. «Basil», «Ian», «Andrew», judíos británicos. ¿Se te ha pasado ese humor asesino?

Charlotte no respondió.

—A todas las mujeres les practicaron una lobotomía a los catorce años, pero son los dientes lo que me detiene. ¿Visitarás a Porter en su lecho de muerte o no?

—¿De qué se muere exactamente Porter?

—Porter se muere de esa larga enfermedad que es su vida. ¿Acaso no recuerdas a Alexander Pope? Es igual de lo que se muera Porter. Hazlo por mí.

—Ni siquiera me creo que Porter se esté muriendo. Si Porter se estuviera muriendo, tú no andarías vagabundeando por el hotel Beverly Hills, con gente que dices que no soportas.

—No vagabundeo, Charlotte, estoy vagando. La palabra es vagar. Siempre has tenido mal oído. ¿Vienes o no vienes a Nueva Orleans?

—No voy.

—¿Y por qué no vienes?

—Porque si voy a Nueva Orleans contigo —dijo Charlotte—, terminaré asesinándote. Cogeré un cuchillo y te asesinaré mientras duermes.

—De todas formas, no duermo.

Charlotte no dijo nada.

—No me importa lo que hagas. Que vayas o no vayas, que vengas o no vengas. Que me asesines o no me asesines. Lo único que te digo es que tienes que hacerlo por tu propia tranquilidad de conciencia.

—Ya he oído toda esa mierda —susurró Charlotte y colgó.

—Me habría jugado el cuello a que tienes lo que se dice todo un carácter —dijo Warren la segunda vez que llamó desde el hotel Beverly Hills—. Por suerte para mí, no lo hice.

Charlotte no dijo nada.

—No es que importe. No es que mi cuello valga nada.

Charlotte continuó muda.

—Charlotte, te acordarás de esto. He intentado decirte lo que tenías que hacer. No podrás dormir al recordarlo durante el resto de tu triste y desgraciada vida.

Charlotte no dijo nada.

A Charlotte le pareció que había algo familiar en aquella llamada, pero durante unos segundos no cayó en qué era. Había algo más que le impediría dormir al recordarlo durante el resto de su triste y desgraciada vida.

Dejarle.

Eso era.

Trató de olvidar aquella otra llamada telefónica. Aquella otra llamada debió de producirse después de dejarle, porque ella nunca le dijo claramente que le dejaba. Le había dicho que iba al funeral de su madre, y era verdad, pero no toda la verdad. Su madre acababa de morir y ella iba a contar con cierta suma de dinero para poder cuidar de sí misma y de Marin; no quería darle el dinero a Warren, así que cogió a Marin y desapareció de Idlewild para nunca más volver.

—¿Me oyes, Charlotte?

Se pasó llorando todo el viaje a San Francisco; Marin se quedó dormida en su regazo, y ella recordaba el aterrizaje y el cabello rubio de Marin pegajoso y húmedo de sueño y lágrimas.

—Charlotte, en esos maravillosos colegios de Oklahoma a los que fuiste, ¿te hablaron alguna vez de los pecados de omisión?

Durante el resto de aquella semana, cuando el teléfono sonaba entre la una y las cuatro de la madrugada, Charlotte colgaba al oír la voz de Warren. Pocos días después llegó un ejemplar de *Time* con una fotografía en la que aparecía Charlotte saliendo de la casa de la calle California y tapándose la cara con las manos; Charlotte escribió una carta al director en la que señalaba que calificarla como una «vividora recluida» era una contradicción en sus términos. Leonard volvió de Chicago y le pidió a Charlotte que no enviara la carta.

—Acabo de recordar que nunca le dije a Warren que le dejaba —dijo Charlotte a Leonard.

—Me figuro que lo habrá deducido en estos quince años —contestó Leonard a Charlotte.

—Quiero decir que le di un beso de despedida en Idlewild y le dije que volvería al cabo de una semana sabiendo que no volvería.

—Lo sé.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque así es como me dejarás a mí.

—Catorce años —dijo Charlotte—. No quince. Catorce.

Warren regresó de Los Ángeles y Leonard le invitó a cenar; pero Warren no llegó hasta las once y media acompañado de una viuda de

Forth Worth que pesaba ciento veintiún kilos y que había conocido en el hipódromo Golden Gate Fields; del jockey derrotado que había montado aquel día a la potranca de tres años de la viuda y de una muchacha tímida de piernas largas que Warren presentó a Leonard como la matemática más brillante de la UCLA. Warren había conocido a la matemática más brillante de la UCLA en la piscina del hotel Beverly Hills y había conducido hacia el norte el Porsche de la chica, por el camino de Big Sur. La joven bebía enormes cantidades de zumo de manzana y le contó a Leonard que era posible localizar a Marin mediante la delicada programación de una computadora de estado sólido Honeywell 782. Charlotte se había ido a la cama con el libro sobre los rosetones de la catedral de Chartres y no bajó. Charlotte había llevado una vez a Marin a ver las vidrieras de Chartres, y Marin había llorado porque eran demasiado hermosas.

Por lo menos eso es lo que una vez contó Charlotte.

En otra ocasión, me contó que era ella la que había llorado.

Y en una tercera oportunidad, me contó que un equipo de la televisión británica había estado filmando dentro de la catedral y que los focos de la televisión no les habían permitido a Marin y a ella ver las vidrieras.

Ahora soy incapaz de pensar en las vidrieras de Chartres sin ver a través de cada ventana las luces de los Jardines de Tívoli.

12

«Nunca tuve miedo a la oscuridad».

«La verdad es que nunca he estado deprimida. La verdad es que no creo en eso de estar deprimida».

«Por cierto, Marin y yo somos inseparables».

Aceptemos estas declaraciones como el deseo de Charlotte de que hubiera sido así.

Charlotte también me dijo una vez que ella y Warren Bogart eran «inseparables».

Charlotte también me dijo una vez que ella y Leonard Douglas eran «inseparables».

Incluso en una ocasión, Charlotte también me dijo que ella y su hermano Dickie eran «inseparables», y alegó como prueba el que unas navidades él le había regalado algo que a nadie más se le habría ocurrido: doce hectáreas de terreno en el sur de Nevada.

Por supuesto, no había sucedido exactamente así.

Por supuesto, no habían faltado los días habituales, semanas e incluso meses, en los que una grisura densa había separado a Charlotte de todos los que conocía; incluso el brillo que su propia hija irradiaba en la casa le resultaba irritante, insoportable, un oprobio a evitar a la hora del desayuno y en las escaleras. En esos periodos, Charlotte soportaba los habituales indicios de una división celular descontrolada, polvo y viento seco, disestesia sexual, indolencia, flatulencia, endodoncia. Durante esos periodos, Charlotte ensayaba alegres diálogos que podía ser necesario entablar con Marin. Durante varios días seguidos, sus respuestas a las preguntas de Marin sorprendían a la niña por lo raras y perturbadoras, alegres, pero no lo bastante pertinentes.

—¿Crees que en cuarto llevaré aparato en los dientes? —le preguntaba Marin.

—Seguro que te encantará estar en cuarto —le respondía Charlotte.

En esos periodos Charlotte sufría el terror habitual cuando tenía que ir a la escuela de Marin y oír como aquellos niños destinados al fracaso celebraban todas las cosas brillantes y hermosas, a todas las criaturas grandes y pequeñas.

Cerraba los oídos.

Miraba aturdida a Marin desde su habitual distancia.

Aguantaba a base de seguir las rutinas habituales, de llenar los días enteros con los actos habituales.

El problema era que Charlotte no sabía que todo aquello fuera «habitual».

Charlotte no tenía ni idea de que alguien más hubiera padecido alguna vez lo que ella llamaba «aislamiento».

Y como no tenía ni idea, lo combatía, lo negaba, intentaba olvidarlo, y, en aquellas primeras semanas después de que Marin desapareciera y borrase todos los números, se pasó muchos días sin levantarse de la cama. Creo que nunca he conocido a nadie que llevara una vida tan poco reflexiva.

13

Al día siguiente de haber ido con Pete Wright a abrir la caja de seguridad, Charlotte no se levantó de la cama.

—Char, me parece que tu hija no se da cuenta del aprieto legal en que te ha puesto.

Pete Wright examinaba los certificados de unas acciones. Charlotte había conocido a Pete Wright mucho antes que a Leonard; compartía habitación con Dickie en Stanford, y llevó el caso cuando ella se divorció de Warren. Como socio junior de Leonard, todos los años les hacía una visita por Navidad y le llevaba a Marin un oportuno regalo; pero allí, en la cámara acorazada del Wells-Fargo Bank de la calle Powell, insistía en referirse a Marin como «tu hija». Charlotte no quería oír nada del aprieto legal en el que estaba metida y tampoco quería que Pete Wright la llamase Char. Solo Dickie la llamaba Char. Había otra cosa de Pete Wright que la molestaba, pero tampoco quería pensar en ello.

—Estás en un pequeño aprieto, Char.

—Eso es exactamente lo que me dijiste cuando dejé a Warren y trasladaste a Leonard aquel enorme problema legal y él dijo que no estaba en tal aprieto.

Charlotte cogió de la caja de seguridad un alfiler de oro de su abuela.

Charlotte se imaginó el alfiler de oro enganchado a la espoleta de una bomba.

Pete Wright había estado una vez en Nueva York cuando ella estaba casada con Warren.

—Y no lo estaba.

—¿Qué es lo que no estabas?

—No estaba en ningún pequeño aprieto.

—Siento un gran respeto por Leonard como abogado, Charlotte, pero, como bien sabes, Leonard delega en mí todo lo relativo a

cuestiones económicas. —Pete Wright respiró hondo—. Mira, estos certificados que tenemos aquí suponen unos dividendos de equis dólares al trimestre…

—Ochocientos siete. 807 dólares al trimestre. Lo comprobé cuando me llamaste.

—Lo que te estoy diciendo, Charlotte, es que esos certificados en particular están a nombre tuyo y de tu hija. Su firma…

—Puedo falsificarla, ¿no?

—No, legalmente, no.

—Muy bien, pues no haré efectivos los cheques. Son solo 807 dólares, no es nada.

El alfiler de oro tenía el cierre roto. Al sostener el broche entre sus dedos, Charlotte experimentó una repentina sensación física de estar comiendo pollo *à la king* y galletas requemadas en casa de su abuela, en Hollister.

Pete Wright.

Pete Wright había estado una vez en Nueva York y la había llevado a cenar al Palm.

—Lo que a ti te parece que no es «nada», Charlotte…

—Supongo que estás a punto de decirme que esos 807 dólares trimestrales son el sueldo medio anual de un vendimiador. ¿Es eso lo que estabas a punto de decirme?

—Estoy a punto de pasar por alto tu hostilidad.

—Leonard te deja a ti los asuntos económicos; deja tú los vendimiadores a Leonard. ¿Te parece bien?

—Éramos amigos, Charlotte, y quiero pensar que…

Podía saborear los suaves trocitos de pimiento del pollo *à la king*.

Podía oler las galletas que se quemaban en el horno.

También podía oler la citronela, la loción de calamina y la edulcorada emulsión lechosa en los frascos de las recetas que contenían aureomicina. Podía paladear el picante queso de cabra que su padre solía comprar al hombre que se encargaba del ganado en el rancho. Su padre había muerto. Sentía en la mano las marchitas camelias aplastadas que su madre le trenzaba en el pelo para sus fiestas de cumpleaños. Su madre había muerto. Charlotte había

borrado las galletas requemadas y la citronela cuando Warren llamó a su puerta en Berkeley, y desde entonces parecía haber estado siempre ocupada, pero allí en la cámara acorazada del Wells-Fargo Bank de la calle Powell no estaba tan ocupada.

También había borrado otras cosas.

Había estado demasiado ocupada.

Charlotte apretó el alfiler con el cierre roto e intentó no pensar en cómo podía engancharse al detonador de una bomba.

Charlotte se había emborrachado en el Palm con Pete Wright.

—A juzgar por tu silencio deduzco que temes que Warren podría oponerse.

—Oponerse ¿a qué? —dijo Charlotte.

—Oponerse a que se declare a vuestra hija legalmente muerta.

Charlotte miró a Pete Wright.

—Es una formalidad. No significa nada, salvo que te permitiría cobrar los cheques de estos dividendos en particular o vender las acciones o lo que sea.

Charlotte cogió los certificados.

—Y también para clarificar la cuestión del rancho, el cual, te recuerdo, está sujeto a un fideicomiso del que ella es beneficiaria. Un fideicomiso elástico, desde luego, pero…

Charlotte rompió en dos los certificados.

Pete Wright miró la pared detrás de Charlotte e hizo un ruido de succión con los dientes.

—No sé si te das cuenta de que Warren está muy alterado. Viene a la casa, bebe demasiado, se mete con Clarice por sus clases de hatha yoga, se comporta como…

Su madre había muerto.

Warren no había vuelto a casa la noche que ella se emborrachó en el Palm con Pete Wright.

—No es necesario que me digas cómo se comporta Warren.

—Me imagino que entre Warren y tú habrán surgido malentendidos cuyas razones y sinrazones no son de mi incumbencia, pero…

Su padre había muerto.

Warren la había llamado a las cuatro de la mañana la noche que

ella se emborrachó con Pete Wright en el Palm, y ella le había dicho que no fuera a casa.

—… debo decir que no creo que resuelvas nada haciendo como si no existieran ciertas complicaciones que…

Las personas morían. La gente andaba suelta por el mundo y lo dejaba, y ella había estado demasiado ocupada para darse cuenta.

La mañana siguiente a que Charlotte se emborrachara en el Palm, ella y Warren habían llevado a comer a Marin al Carlyle. Marin tenía frío.

—Intento hablarte como lo haría un tutor un poco rígido —dijo Pete Wright.

Warren le puso su abrigo a Marin.

—Creo que follé contigo un día de Pascua —dijo Charlotte.

En los días siguientes, a Charlotte solo le apetecía la comida que había tomado en Hollister, pero había perdido las recetas que su madre le había escrito y no sabía el teléfono de ninguna pareja que pudiera venir a la casa de la calle California a preparar el pollo *à la king* y las galletas requemadas. Cuando me imagino a Charlotte Douglas, a sus treinta y nueve años, en la cámara acorazada de un banco de San Francisco y en el acto de entender qué significa la muerte, pienso que hay ciertas ventajas en haber tenido una madre que murió cuando yo tenía ocho años y un padre que murió cuando yo tenía diez, antes de que estuviera demasiado ocupada.

14

Al día siguiente de haber conocido a la mujer llamada Enid Schrader, Charlotte no se levantó de la cama.

—Mark me habló muy bien de usted —le había dicho la mujer por teléfono. Había algo en la voz de Enid Schrader que Charlotte no había querido reconocer: una alegría forzada, una animación mortecina, un aislamiento no muy distinto del de Charlotte—. De usted y de su maravillosa casa.

Habían dicho que Mark Schrader estuvo con Marin en el L-1011. En las fotos que Charlotte había visto de él, Mark Schrader tenía en la cara una cicatriz muy pronunciada a consecuencia de una operación de labio leporino. A Charlotte no le parecía verosímil que de haber conocido a un chico con una cicatriz así, le habría olvidado; ni tampoco le resultaba verosímil que alguien que hubiera estado con Marin en el L-1011 habría hablado maravillas de la casa de la calle California; pero tal vez la madre del chico intentaba decirle algo. Tal vez habría un código en aquella peculiar y afectada dicción. Tal vez Enid Schrader supiera dónde estaba Marin.

—Creo que deberíamos conocernos —dijo Charlotte cautelosamente —. ¿Le apetece que comamos hoy juntas? ¿En el Saint Francis Grill?

—Con mucho gusto, pero ¿por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué el Saint Francis Grill?

—Pensé que… —Charlotte no sabía lo que había pensado. Había descartado la casa porque estaba vigilada. Se le había ocurrido el Saint Francis Grill porque era un lugar desde el que se podían observar todos los rincones del comedor—. ¿Preferiría ir a algún otro sitio?

—En absoluto. No estoy al tanto de los restaurantes que frecuenta la gente elegante. No se preocupe por cómo nos reconoceremos. He visto fotografías suyas.

—Yo también he visto fotos suyas.

—Antes —dijo la mujer—. Quiero decir de antes. Fotos de usted y de su maravillosa casa.

Charlotte se encontró con la mujer a la una y media; a las dos y media el código seguía siendo impenetrable. La mujer no tenía el mínimo interés en hablar de su hijo ni de Marin. A la mujer solo parecía interesarle hablar de una amiga suya decoradora que tenía una tarjeta para comprar al por mayor.

—Ruthie le encantará. —La mujer bebía daiquiris y no había querido almorzar—. Se la presentaré muy pronto, sin falta. Se lo prometo. Mientras tanto, le pediré prestada su tarjeta y recorreremos las tiendas de venta al por mayor. ¿Qué le parece el martes?

—¿Qué me parece el martes para qué? —preguntó Charlotte con un hilo de voz.

—El lunes es un día fatal para mí, pero si el martes es mal día para usted, podemos quedar el miércoles. Temprano. Comeremos donde nos pille.

—Escuche. —Charlotte recorrió la habitación con la mirada antes de hablar—. Si hay algo que ver, creo que deberíamos… quiero decir, ¿podríamos verlo ahora?

—Pero es que no tengo la tarjeta de Ruthie; bueno, a no ser que *usted* tenga tarjeta… —La mujer levantó la vista—. ¿Qué pasa?

—Me parece que no sé de lo que está usted hablando.

—Estoy hablando de llevarla de compras. —Los ojos de la mujer enrojecieron y se llenaron de lágrimas—. A menos que esté usted demasiado ocupada. Por supuesto que lo está. Demasiado ocupada.

Charlotte tocó la mano de la mujer.

La última mujer que Charlotte había conocido que había hablado de «ir de compras» era su madre.

La última vez que a Charlotte le habían propuesto «ir de compras» había sido su madre.

—Su exmarido no está tan ocupado. Le oí en la radio. Estaba totalmente borracho, pero habló conmigo. Lo llamé para charlar y no estaba demasiado ocupado para charlar, aunque en la radio estaba borracho. No recuerdo cómo se llama.

—Warren. —Charlotte no quería saber nada de ese Warren que

hablaba por la radio. Una vez Leonard había dicho que Warren podía llegar a una ciudad en la que no conociera a nadie y en veinticuatro horas estaría cenando en el club de campo, le habrían ofrecido una cátedra temporal de política del Sur en la facultad más cercana y habría hablado en la radio. Charlotte no quería pensar en el Warren que hablaba por la radio y no quería pensar en por qué lloraba Enid Schrader y no quería pensar en su madre cuando iba de compras. Su madre había ido de compras a Ransohoff el día que murió—. Se llama Warren Bogart.

—Es igual. El padre de la putilla.

La mujer dejó escapar un último sollozo catártico.

Charlotte alargó la mano para coger la cuenta.

—¡Invito yo! —exclamó la mujer con una voz de nuevo animada—. La próxima vez le toca a usted.

A lo largo de todo el día siguiente, Charlotte no pudo quitarse de la cabeza la primera imagen que había visto en el periódico del hijo de Enid Schrader.

—Se desembarazarán del labio leporino —dijo Leonard cuando ella le enseñó la foto—. El labio leporino es la carnaza que arrojarán a la cuneta. No pueden permitirse el lujo de llevárselo. Marin no es idiota.

—Yo no confiaría en eso —había dicho Warren.

Otra imagen que Charlotte no podía quitarse de la cabeza era la de su madre sola en Ransohoff.

Yo supe que mi madre había muerto cuando vi que sacaban fuera su cama para incinerarla. Mi padre no me lo pudo decir. Supe que mi padre había muerto cuando el portero del Brown Palace no me dejó subir a su habitación. Mandó llamar a una camarera para que me lo dijera. Me trajo un *éclair* y una taza de cacao. Yo la esperé en un elegante asiento tapizado de rojo. A diferencia de Charlotte, aprendí pronto a mantener a la muerte en mi campo visual, a mantenerla vigilada, en terreno abierto, lejos de la espesura donde pudiera ocultarse y pasar desapercibida. La mañana que Edgar murió, llamé a Victor, firmé los papeles, me fui andando hasta Progreso, como de costumbre, y comí en el rompeolas.

15

—Un viaje asqueroso a Filadelfia, un asqueroso vuelo de regreso; veo en el circuito cerrado de televisión cómo se revienta un neumático de mi avión, voy a la oficina, me encuentro a Suzy deshecha en lágrimas porque Warren ha acampado en su apartamento de una sola habitación, vengo a casa y me encuentro que mi mujer lleva dos días sin vestirse. En cuanto acabe esta llamada, Charlotte, te voy a poner rumbo a la consulta de Polly Orben, esto no es sano. —Leonard levantó la mano que tapaba el micrófono y habló—. Prueba la otra línea, Suzy; mira a ver si esta vez puedes mantener el dedo lejos de la tecla de desconexión.

—¿Por qué no pones a Suzy rumbo a la consulta de Polly Orben? —dijo Charlotte sin volver la cabeza. Observaba al hombre del FBI en la ventana del piso de enfrente—. ¿Por qué no pones a Warren rumbo al despacho de Polly Orben?

—Dile que vamos a negociar el delito mayor y alegar dos delitos menores —dijo Leonard al teléfono.

—Warren y Polly Orben se entenderían de maravilla —dijo Charlotte.

—Y dile que en el juicio no quiero oír toda esta mierda ruidosa. —Leonard colgó el teléfono—. Hablando de Warren, dice que no quieres verle. Dice que le malinterpretas.

—Una mierda le malinterpreto.

—Muy bien dicho —dijo Leonard al cabo de un rato—. De todas formas, le dije que se pasara por aquí.

—Dile que estoy en Hollister. Dile que estoy en Hollister y dejas caer que no hay teléfono en el rancho.

—Hay ocho teléfonos en el rancho y tres líneas distintas.

—Él no lo sabe.

—¡Por el amor de Dios, Charlotte! Vete a Hollister si no quieres verle. Vete ahora. Vete inmediatamente.

—No puedo irme a Hollister.

—¿Por qué no puedes, salvo porque eso implicaría tener que vestirte?

No podía ir a Hollister porque temía que Warren pudiera encontrarla allí, sola en el rancho. No podía ir a Hollister porque si Warren la encontraba allí, sola en el rancho, sucedería algo malo. Eso era tan obvio para Charlotte que no se atrevía a formularlo.

—No puedo ir a Hollister porque tú tienes invitados a comer mañana aquí en casa.

—Dime quién viene mañana a comer.

—Pues mañana, vienen a comer… —Charlotte no podía pensar.

—Pues mañana vendrán a comer… los líderes de… dos facciones disidentes… de la Coalición Haight-Divisadero. Tendrás un montón de cosas que contarles, ¿no?

Charlotte cogió un cepillo y empezó a pasárselo bruscamente por el pelo.

—Tal vez podíamos traer de Hollister a Linda y Dickie, y preguntarles qué opinan ellos sobre el tema del hospital de día frente al teatro guerrillero.

—De todas formas, no sé por qué pusiste todos esos teléfonos en el rancho.

—Pues no sé, Charlotte. ¿Tal vez por la comunicación?

—A nadie de mi familia le pareció nunca necesario mantener en el rancho tres llamadas al mismo tiempo.

—Tampoco a nadie de tu familia le pareció nunca necesario pagar impuestos por el rancho. Dime otra vez por qué no puedes ir a Hollister.

El pelo que Charlotte sacaba del cepillo era seco, áspero y descolorido.

Cuando Marin era pequeña jugaba con el pelo de Charlotte y decía que era oro.

—¡Me siento tan vieja! —exclamó Charlotte.

—Dime por qué no puedes ir a Hollister.

—No dejo de recordar cosas.

—A casi todos nos pasa eso. Dime por qué no quieres ver a Warren.

—Tú no sabes lo que él quiere.

—Por supuesto que lo sé. Quiere que vuelvas. ¿Te crees que me gano la vida siendo idiota?

—Entonces ¿por qué me lo preguntas?

Leonard levantó un mechón de los cabellos de Charlotte y lo dejó escurrirse entre sus dedos.

—Porque quería comprobar si tú lo sabías. No pareces tan vieja.

16

¿Quién puede explicar por qué anhelo la luz de Boca Grande? ¿Quién puede explicar por qué mi cuerpo desarrolla cáncer?

¿Quién puede explicar por qué Charlotte abandonó a Leonard Douglas?

Tal vez pensara que era más fácil.

Tal vez se sintiera desarraigada, tal vez cansada. Tal vez había recordado que la gente moría. Tal vez pensara que si volvía a entrar en el hotel Carlyle con Warren Bogart el día de Pascua por la mañana, Marin estaría también allí con su vestido de linón floreado.

—Es demasiado tarde —le dijo a su ginecólogo la mañana en que le confirmó que estaba embarazada del hijo de Leonard—. No ha sucedido a tiempo.

Alguien te corta.

Donde no se ve.

No tengo forma de saber nada de los cortes que no se ven.

Lo único que sé es que durante la quinta semana después de la emisión de la cinta de Marin, Charlotte se levantaba temprano por las mañanas, se vestía rápidamente y se metía de lleno en el arreglo de la casa de la calle California. Hacía inventarios. Reponía las sábanas desgastadas, las copas de vino rajadas, los platos desportillados. Pagó a un electricista casi el doble de un jornal para que, un sábado, renovase los cables de dos puntos de luz que hacían contacto sobre el cuadro de Jackson Pollock en el comedor. Le obsesionaban los recados, y ella lo atribuía a su embarazo.

Leonard, no.

Charlotte vivía tan inmersa en su vida que no identificaba sus preocupaciones como las de una mujer a punto de abandonar una casa de alquiler.

Leonard, sí.

17

Las fotos de la última velada que Charlotte pasó con Leonard Douglas aparecieron un año después en *Vogue*; Charlotte me las enseñó.

Allí estaba Leonard con un actor en la fiesta de Beverly Hills, de pie, pero con la cabeza inclinada, escuchando al actor, pero mirando hacia otro lado.

También estaba Charlotte, sentada con una actriz en la fiesta de Beverly Hills; Charlotte riendo, con los ojos abiertos y vidriosos, y finalmente tan impenetrables como los de Marin.

No había tenido la mínima intención de acompañar a Leonard a la fiesta de Beverly Hills.

Ni siquiera había pensado en acompañar a Leonard al aeropuerto.

Pero al quinto día de la quinta semana después de la emisión de la cinta de Marin, ella había abierto la puerta de su casa en la calle California y se había encontrado allí con Warren.

—Supongo que me darás un trago.

—La verdad es que estoy a punto de llevar a Leonard al aeropuerto. —Siguió la mirada de Warren hasta la limusina aparcada junto a la acera. Hasta aquel momento ella no había tenido intención de ir al aeropuerto—. Quiero decir que no es exactamente que le lleve al aeropuerto, sino que me voy con él al aeropuerto.

—Me imagino que habrá sitio para mí.

—La verdad es que no creo que quieras ir en coche al aeropuerto; podemos tardar horas en llegar. —No había hablado con Warren desde la noche que él llamó desde el hotel Beverly Hills a cuenta de Bashti Levant—. A esta hora del día, con este tráfico.

—Tengo tiempo.

—Horas, literalmente.

—Charlotte, estás nadando contracorriente.

En el coche, Charlotte se había sentado en el asiento plegable con los ojos fijos en la coleta del conductor.

—Mientras estabas arriba, Warren me ha estado hablando de ese trotskista de noventa y dos años con el que toma copas en Nueva York —dijo Leonard—. Naturalmente, ese trotskista vive en el hotel Albert.

—Charlotte conoce a Benny —dijo Warren—. Te acuerdas de Benny, ¿no, Charlotte?

Charlotte no se acordaba de Benny. Charlotte no había pensado siquiera que tuviese que acordarse de Benny, quienquiera que fuese el tal Benny. Benny era tan solo el modo que tenía Warren de recordarle que él tuvo derecho prioritario.

—Ese trotskista bebe pisco sours —dijo Leonard.

—Sazeracs —dijo Warren—. No pisco sours. Sazeracs. Benny siempre pregunta por ti, Charlotte. Deberías ir a verle. No va a vivir eternamente.

Charlotte seguía mirando la coleta del conductor.

—Ni tampoco Porter —dijo Warren—. Por si te has olvidado.

—Ni tampoco Charlotte —dijo Leonard—. Tenlo en cuenta. Algo que nunca he podido comprender es cómo has logrado conocer a más trotskistas que el propio Trotski.

—Tú conoces más árabes. Eso lo equilibra. ¿Qué le voy a decir a Porter, Charlotte?

—Todos de noventa y dos años —dijo Leonard.

—Charlotte, te pregunto qué le voy a decir a Porter.

—Todos sentados junto al hotel Albert bebiendo pisco sours —dijo Leonard.

—Sazeracs. ¿Qué quieres que le diga a Porter en su lecho de muerte, Charlotte?

—Personalmente quiero que le hables a Porter de ese trotskista de noventa y dos años —dijo Leonard—. Estás apostando demasiado fuerte, Warren, sin tener en cuenta que a ella le queda todavía un as. Te apuesto algo a que ella va a ver su as y te dirá que se viene conmigo.

—Desde luego que sí. —Charlotte miró a Leonard por primera vez —. Desde luego que me voy contigo. Siempre lo tuve claro.

—No —dijo Leonard—. No «siempre» tuviste claro lo de venirte conmigo. ¿Lo ves, Warren? No tenías buenas cartas. No calculaste bien el juego.

—Pero si yo siempre quise irme contigo —dijo Charlotte.

—Evidentemente que siempre quisiste irte con él —dijo Warren—. No has conocido suficientes árabes.

—Él va a Los Ángeles y a Miami —dijo Charlotte.

—O suficientes judíos —dijo Warren.

Charlotte había subido al avión sin equipaje, y como la presencia de Leonard era ineludible en la fiesta en la que se tomaron las fotografías —un acto benéfico a 250 dólares la entrada, en una carpa montada en las traseras de la casa de alguien de Beverly Hills—, Charlotte llevaba, cuando la fotografiaron, un vestido que le había prestado la esposa del ejecutivo discográfico que había organizado la velada, un vestido confeccionado totalmente con cintas de colores.

—No deberías haberle dicho a Warren que podía quedarse con el coche —le dijo Charlotte a Leonard mientras se ponía el vestido—. Se lo quedará toda la noche. ¡Qué pinta más absurda tengo!

—Te falta la pandereta —dijo Leonard—. Se lo quedará toda la semana.

Charlotte se sentó. Estaba muy cansada. Le parecía que nunca había estado tan cansada. No encontraba la manera de atar todas aquellas cintas al vestido.

—A veces desearía… —dijo Leonard al cabo de un rato. Empezó a atar las cintas que Charlotte había dejado—. No sé.

—¿Qué desearías?

—A veces desearía que te lo pudieras tirar y acabar de una vez.

—Pero yo no quiero tirármelo.

—Maldita sea, Charlotte, ya sé que no quieres.

Habían levantado un escenario sobre la piscina de la casa de Beverly Hills y varios animadores subastaban sus servicios, cantaban, bailaban y realizaban llamadas telefónicas a amigos y familiares de los mejores postores. Leonard consiguió quinientos dólares bailando el

limbo bajo una vara que sostenía la mujer del ejecutivo discográfico —una mujer joven, de pelo rubio claro como el de Marin y una marca de la casta de los brahmanes pintada en la frente— y una actriz sentada en la mesa de Charlotte, que había estado en Hanoi y que contaba que allí los niños eran más saludables y hermosos.

—Es porque no los crían sus madres —dijo la actriz—. No se les transmite ese repugnante individualismo burgués.

Charlotte se concentró en su copa de vino e intentó pensar en algo neutro para responder a la actriz. Deseaba levantarse, pero su silla estaba bloqueada por tres hombres que parecían discutir la financiación de una película o de una guerra.

—Nada de toda esa mierda de la familia nuclear, papá, mamá, bebé —dijo la actriz—. Es estupendo.

Charlotte se concentró en los detalles de la financiación, el papel que desempeñaban los canadienses y los controles que ejercía el Crédit Suisse.

—Sé por qué llora usted —dijo la actriz al cabo de un rato.

Marruecos prestaría su ejército. España, no. Dos coma ocho por encima del presupuesto.

—Lo siento, pero ese es exactamente el individualismo repugnante que nunca vi en Hanoi.

La bombilla del flash se encendió.

Charlotte sonrió.

La bombilla del flash cayó sobre la mesa.

—¿Sabías que una vez pasé una noche con Pete Wright? —le preguntó Charlotte a Leonard mientras él la apartaba de la mesa—. ¿Sabías que lo hice y lo olvidé?

—No lo olvidaste en absoluto —dijo Leonard—. Me lo dijiste la noche que te conocí.

—Estoy tan cansada. Estoy tan cansada de recordar cosas, Leonard. Dime que es porque estoy embarazada.

—Ojalá pudiera —respondió Leonard.

Leonard llevó a Charlotte de vuelta al Beverly Wilshire, pero como ella no dejaba de llorar y Leonard tenía que estar en Miami al día siguiente para ayudar en la venta de cuatro cazas Mirage franceses

entre dos países caribeños independientes, llamó al ejecutivo discográfico y le pidió prestado un jet Lear de la compañía para que Charlotte volviera a casa. Esa noche se recaudaron 216.000 dólares para un cliente de Leonard, aunque Charlotte no supo de quién se trataba hasta que vio las fotos en *Vogue*. Dejó el vestido confeccionado con cintas de colores en el suelo de la suite del Beverly Wilshire. Ahora miro esas fotos y solo veo la sonrisa de Charlotte.

18

—Soy Charlotte —le dijo a la mujer de su hermano, desde un teléfono público de la autopista a la salida de Hollister—. Quería saber si tú y Dickie vais a estar en casa.

—Richard y yo jugamos al tenis todos los sábados. —Se produjo una pausa—. Si quieres usar la piscina, pásate, aunque, naturalmente, el climatizador está apagado.

—Pensé que podía ver a los niños.

—Están en el gimnasio.

Hubo un silencio.

—¿Por qué iba a conducir hasta Hollister para bañarme en tu piscina, Linda? Es decir, que llego en un avión desde Los Ángeles, me paso la noche sentada en el aeropuerto, alquilo un coche y estoy aquí en la autopista y no deja de llover.

Linda no dijo nada.

—Escucha, Linda —dijo finalmente Charlotte—. Invítame a cenar, por favor.

Antes y durante la cena, el hermano de Charlotte bebió sin parar y no mencionó a Marin, a Leonard ni a Warren. Linda se sentó a la mesa pero no quiso comer. Dijo que había tomado macarrones y queso con los niños, que al parecer habían ido a casa y habían vuelto al gimnasio antes de que Charlotte llegara.

—Son chicos maravillosamente normales —dijo Linda después de cenar—. ¿Verdad que sí, Richard? No importa lo que Warren diga.

—¿Y qué tiene que ver Warren con esto? —preguntó Charlotte.

—¡Cómo quieres que sepa si son chicos maravillosamente normales o no! —Dickie abrió otra botella de bourbon—. Tal vez Warren tenga razón, tal vez sean aburridos. ¡Cómo quieres que lo sepa si se pasan la vida en ese maldito gimnasio!

—La mayoría de la gente estaría encantada con eso. Me parece que tu hermana necesita un cenicero.

—¿Qué tiene que ver Warren con esto? —repitió Charlotte.

—O comiendo esa maldita pasta precocinada Kraft contigo a las cuatro de la tarde.

—Richard y yo no fumamos —dijo Linda.

—Y tampoco follamos —dijo Dickie.

Charlotte apagó el cigarrillo en un cuenco vacío.

—Warren nos hizo una visita —dijo Linda—. Duró once horas y un litro y medio de ginebra.

—A Charlotte no le interesa eso, Linda.

—Ginebra Tanqueray.

—Linda. Nos gustó verlo, Char.

—Vino con un amigo muy interesante. Se acababa de encontrar con él. No se habían visto desde el hotel Roosevelt en Nueva Orleans. Donde…

—Te lo advierto, Linda.

—Donde ese amigo de Warren llevaba el bar, que es lo que sigue haciendo, pero ahora el del Pacific Union Club.

—Te lo advertí, Linda. Si el marido de Charlotte quiere traer a un negro a esta casa, esta casa está abierta para recibirle con banda de música. Con todo a su disposición.

—Charlotte ya no está casada con Warren, Richard, no tienes que aparentar que te gusta.

—¡Maldita sea, Linda! Es mejor que el judío, ¿no?

Linda empezó a ahuecar los cojines.

Dickie evitaba los ojos de Charlotte.

—En realidad, Leonard no es judío —dijo Charlotte—. La verdad es que a Warren le divierte decir que Leonard es judío. Es una broma entre ellos, ¿entiendes?

—Si quieres saber lo que pienso, creo que Warren tiene un sentido del humor un poco retorcido —dijo Linda.

—Char, no quise decir eso de Leonard. Eh, Char, yo creo que Leonard es…

—Aunque a nadie le importe lo que yo pienso —dijo Linda.

—… un abogado estupendo —dijo Dickie.

—Escucha —dijo finalmente Charlotte. Linda seguía ahuecando cojines con renovada energía—, Dickie. He recordado algunas cosas desde que Marin se fue.

—Char, recordar no es bueno para ti. Recordar es una mierda. Olvídala.

—No estoy hablando de Marin, hablo de…

—Olvídate de la maldita Marin. Olvídate del maldito Warren. Has hecho las cosas lo mejor que has sabido. Olvídate también del otro.

—Él no quiere hablar de Marin, Charlotte. —Linda apagó una lámpara—. Quiere seguir creyendo que tu vida es pluscuamperfecta.

—Si apagas otra jodida luz pluscuamperfecta, Linda, saldré de aquí con Charlotte y no me esperes levantada.

—Afortunada Charlotte.

—No hablo de Marin —dijo Charlotte—. Hablo de cuando vivíamos en el rancho.

—No vendas el rancho, Char.

—No lo vendo, hablo de… ¿recuerdas cómo Nana quemaba siempre las galletas?

—El rancho es el único hogar que tienes, Char.

—Oh, bien —dijo Linda—. Vuelta a Tara. Los Havemeyer han salido a las carreras. Si buscáis las llaves del coche, están en la mesita, junto al cerco que deja el vaso de Massa de Richard.

—Dickie, ¿te acuerdas de las galletas? ¿Que a mitad de la cena las olíamos quemándose?

—Lo único que recuerdo que quemara vuestra famosa abuela eran las mañanitas que yo le llevaba a la residencia de ancianos. —Linda entregó a Charlotte las llaves de su coche—. Fumaba en la cama. Las tenía todas agujereadas.

—No es posible que te hayas olvidado de las galletas, Dickie.

—No es bueno recordar, Char.

—Por supuesto, tu hermana no estaba aquí durante aquel suplicio.

—Dickie —dijo Charlotte—, nos reíamos mucho con aquello.

—Tú y yo, Char. —Dickie tocó indeciso el pelo de Charlotte y se apartó—. Olvídate de la maldita Marin. Prepárale un plato de pasta

precocinada Kraft y mándala al diablo.

Charlotte pasó la noche en un motel de la carretera 101.

Intentó pensar en las galletas, pero se desvanecían. Intentó pensar en el alfiler de oro con el cierre roto, pero seguía viéndolo en la bomba.

Su abuela había muerto y Marin había desaparecido.

Nunca fue de compras con su madre, nunca había visto a su padre tomar Demerol, el rancho tenía ocho teléfonos y tres líneas, y Marin había desaparecido.

Pete Wright fue quien le dijo que su padre había necesitado el Demerol antes de morir.

La noche que ella se emborrachó en el Palm.

Trató de pensar en Pete Wright en su cama aquella noche, pero no pudo. Trató de pensar en Leonard, en la cama de la casa de la calle California, pero solo podía recordar aquella cama el día que había empuñado las tijeras contra Warren. Veía a Warren sentado en aquella cama y también veía a Warren de pie delante de su cama en Nueva York, la mañana de Pascua, después de que ella se emborrachara en el Palm.

—Mira a la puta la mañana de Pascua.

Ella había gritado.

Marin había gritado.

Ella había cogido a Marin y cuando Warren volvió a golpearla, su mano rozó la sien de Marin.

Ella había cogido el cuchillo de la cocina.

Ella había vomitado.

Warren y ella habían llevado a Marin al Carlyle, y Charlotte no había tenido suficiente dinero para pagar la cuenta. La hermosa *principessa*, le había canturreado el jefe de camareros a Marin. La hermosa *principessa*, la hermosa familia. Rey de los Locos, Reina del Desatino. El jefe de camareros no sabía eso. El jefe de camareros se encargaría de que se enviase la factura por correo. Charlotte, tendida en la cama del motel, pensaba en la hermosa *principessa*, en la

hermosa familia y en todas las facturas enviadas por correo que no se habían pagado jamás. Pensó en todas las facturas impagadas y en todos los días y las noches en las que había prometido a Warren que nunca lo abandonaría.

Había otra factura impagada.

—No sabes beber —le había dicho Warren aquella mañana de Pascua al sujetarla por los hombros mientras vomitaba—. No sabes beber y nunca has sabido.

Luego, le lavó la cara y la llevó al Carlyle, y ella no tenía suficiente dinero para pagar la cuenta. Mira a la puta la mañana de Pascua. Un día de Pascua Marin llevaba un sombrero de paja y un vestido de linón floreado. Warren le ofreció su abrigo.

19

Cuando Warren llamó aquel día a la puerta de la casa de la calle California, Charlotte no contestó.

Cuando Warren telefoneó, Charlotte colgó.

Cuando Warren se plantó en la acera de la calle California a las dos de la mañana tirando piedras a las ventanas, Charlotte cerró las contraventanas.

Cuando Warren dejó en el buzón de la casa de la calle California una nota que decía: ESTE ES TU PEOR COMPORTAMIENTO HASTA LA FECHA, Charlotte la rompió por la mitad y evitó acercarse a las habitaciones que daban a la calle.

Cuando los dos hombres del FBI fueron a decirle a Charlotte que habían detenido al chico del labio leporino por motivos no relacionados con el caso y que se había ahorcado en su celda de la prisión de Nogales, Arizona, Charlotte salió de la habitación sin decir nada. Aquello sucedió al segundo día de la sexta semana después de la emisión de la cinta de Marin.

El tercer día por la mañana de la sexta semana después de la emisión de la cinta de Marin, Dickie llamó desde Hollister para decirle que Warren estaba en el rancho.

—Se comporta como un chiflado. Totalmente irracional. Le dijo a Linda que había hablado con Leonard en Miami y que Leonard le había dicho que podía quedarse.

Charlotte no respondió.

—Gritó a Linda…

Charlotte no respondió.

—… obscenidades.

Charlotte colgó el auricular y se tumbó en la cama de Marin.

—¿Está usted enterada de que Mark Schrader se suicidó en México? —le preguntó el periodista al teléfono.

—En Arizona —dijo Charlotte, tumbada todavía en la cama de Marin. La voz del hombre le resonaba en el oído, por lo que mantuvo el auricular alejado unos centímetros.

—Sobre Mark y Marin…

—En Arizona, no en México. Se suicidó en Nogales, Arizona.

—Por supuesto. Ha sido un error mío. ¿Diría usted que Marin tenía una aventura sentimental con Mark?

—¿Aventura sentimental? —repitió Charlotte.

—Sí, una aventura sentimental.

«El labio leporino es la carnaza que arrojarán a la cuneta. No pueden permitirse el lujo de llevárselo. Marin no es idiota».

«Yo no confiaría en eso».

—Usted está pensando en el Nogales de Sonora —dijo Charlotte.

—Por supuesto —dijo el periodista—. Está muy bien. Respecto a Mark y…

—No tiene que felicitarme por saber la diferencia entre Arizona y México.

—Respecto a Marin y…

«Este es un tu peor comportamiento hasta la fecha».

—¡Que se joda Marin! —dijo Charlotte.

—Porque estuvo casado contigo —dijo Leonard cuando ella le llamó a Miami—. Por eso le dije que podía quedarse en tu jodido rancho. Porque te despediste de él con un beso en Idlewild y le dijiste que volverías en una semana. Porque era el padre de Marin y porque resulta que no me creo que sea Porter el que se está muriendo.

—Es el padre de Marin. Lo es.

—No has oído lo que he dicho. Te he dicho que resulta que no me creo que hable de nadie sino de sí mismo.

Se produjo un silencio.

—He oído lo que has dicho —dijo finalmente Charlotte—. Dime…

—¿Qué quieres que te diga?

—Dime…

—¿Que te diga que si no estás ahí cuando yo vuelva, me pegaré un tiro?

Charlotte no respondió.

—No lo haré. Ese es su juego, no el mío. Yo te quiero. No te necesito.

—Si crees que es él quien se muere, no es así —dijo Charlotte un momento más tarde—. Si intentas decirme que crees que es él quien se muere, te equivocas.

Leonard no respondió.

—Te equivocas en algo más —dijo Charlotte—. Dijiste que yo te abandonaría de la misma forma que a él. No es así. Te abandono y te lo digo.

Anocheció temprano, lloviznaba y los coches circulaban. Cuando ella llegó al desvío del rancho Hollister, solo le separaban diez meses del aeropuerto de Boca Grande. El aeropuerto del presidente general Luis Strasser-Mendana. Mi cuñado. Muerto.

TRES

1

Si uno se fijaba en los visados de su pasaporte, se veía que en los cuatro últimos meses había pasado de un aeropuerto a otro. Todos aquellos aeropuertos en los que habían sellado el pasaporte de Charlotte Douglas se parecían mucho. Unas veces, en el cartel situado en la torre ponía *Bienvenidos* y otras, en el letrero de la torre ponía *Bienvenue*; unos lugares eran húmedos y cálidos; otros, secos y cálidos, pero en todos aquellos aeropuertos los muros de hormigón color pastel tenían manchas de óxido y los pantanos junto a la pista estarían sembrados de fuselajes de los Fairchild F-227 desguazados y en todos había que hervir el agua antes de beberla.

Yo sabía por qué Charlotte iba al aeropuerto, aunque Victor no lo supiera.

Yo sabía lo que pasaba con los aeropuertos.

La gente que va a los aeropuertos empieza por inventarse algún asunto que llevar a cabo allí: un billete que cambiar, una pregunta sobre las tarifas de mercancías, un periódico inencontrable en ningún otro lugar. Luego, se convencen a sí mismos de que el aeropuerto es más fresco que el hotel o de que la ensalada de pollo es mejor. Después, un buen día ven un avión, su avión, uno de tantos aviones, pero especial de alguna manera, un espejismo sobre la pista.

Pagan la cuenta del almuerzo.

Compran el billete y miran el reloj encima de la barra.

Como si fueran viajeros habituales.

Como si siguieran horarios habituales.

Suponía que un día Charlotte Douglas estaría sentada en el aeropuerto de Boca Grande, vería su avión y subiría, como evidentemente había subido a su avión de Nueva Orleans a Mérida, de Mérida a Antigua, de Antigua a Guadalupe y de Guadalupe a Boca Grande; suponía que continuaría aquella ciega carrera hacia el sur, pero no fue así.

2

Examinemos los visados. Hagamos el trayecto al revés.

Antes de Boca Grande, había estado en Guadalupe.

Aquel año, unos cuantos turistas habían sido asesinados en Guadalupe y, hasta el accidente de Air France, Charlotte había sido la única huésped del hotel, que se había inaugurado poco antes de aquel contratiempo, era muy grande y con terrazas abiertas en las que salpicaba la lluvia. A Charlotte se le enmohecía la ropa. La mantequilla que dejaba intacta por la mañana en los pequeños cuencos de barro, estaba rancia al mediodía y, a la hora de la cena, estaba cubierta por una fina capa de ceniza volcánica que seguía cayendo desde la erupción de hacía dos años. Uno de los asesinatos había ocurrido en el comedor de la terraza del hotel, y en el suelo de cemento persistía una terca mancha de sangre que un ayudante de camarero fregaba con desgana todas las tardes.

Después de que el vuelo París-Lima chocase contra el volcán, hubo otra mujer que se alojó en el hotel, la esposa del investigador de Air France, pero ella y Charlotte no se dirigieron la palabra. La mujer, pequeña y bronceada, se pasaba el día jugando al backgammon con los socorristas; hacía trampas y ganaba. Charlotte alquiló un Peugeot para subir al volcán, pero en la primera curva se topó con un gran plástico negro alquitranado en el que había fragmentos metálicos y un oso de peluche. De vuelta al hotel, Charlotte pensó que Marin podía haber viajado en aquel avión con nombre falso.

Marin también podría haber viajado en el vuelo de Delta que se estrelló en Dulles.

Marin podría haber viajado en el vuelo de Alitalia que estalló en el Atlántico Norte.

Marin andaba por el mundo y podía dejarlo en cualquier momento, y Charlotte no tenía forma de enterarse.

Antes de Guadalupe, Charlotte había estado en Antigua.

Los vientos azotaban Antigua y rara vez había salido del hotel. No tenía claro dónde estaba el hotel, salvo que se encontraba lejos del aeropuerto; recordaba trayectos en taxi entre los cañaverales y un pequeño hotel de una planta junto al agua. El viento y el extraño reflejo del opaco mar nublado le quemaban la piel y, transcurrida la primera semana, no volvió a salir del hotel. Por las noches, Charlotte y los otros huéspedes de temporada baja, dos lesbianas de Toronto y, durante unos días, una pareja de adventistas del séptimo día de Newport Beach, California, cenaban caracolas guisadas en una mesa pequeña junto a la piscina. Tal vez porque no estaban casados o tal vez porque los adventistas del séptimo día no aprueban la bebida, el hombre y la mujer de Newport Beach aparecían cada noche cuando los platos ya estaban en la mesa y desaparecían directamente después del pastel de lima de los Cayos. Durante el resto de la velada, Charlotte se sentaba junto a la piscina a hojear los libros ilustrados que el director le instaba a que leyera, libros en ediciones baratas con páginas enmohecidas y títulos como *El funeral del rey Jorge VI* o *La boda de la princesa Margarita*. Las lesbianas se emborrachaban con ponches de ron y bailaban con los discos de Mabel Mercer que se habían traído de Toronto. Aunque habían emprendido una nueva vida en Toronto y ahora pensaban emprender otra nueva vida en Antigua, ambas eran estadounidenses y habían asistido a la escuela de miss Porter en Farmington, Connecticut.

—Pero no íbamos juntas —puntualizó la más joven—. No estuvimos allí al mismo tiempo.

—Estuvimos las dos en Farmington —dijo la mayor.

—En momentos distintos. —La más joven tomó la mano de Charlotte y la examinó—. Tiene usted una hermosa línea de la vida.

La mayor se echó a llorar.

Mabel Mercer cantaba «My Shining Hour».

Charlotte cerró *La boda de la princesa Margarita* y se quedó mirando el mar. Tenía la sensación de que podía nadar desde allí hasta cualquier otro sitio, pero no sabía lo que podía encontrarse ni en qué dirección estaba mirando. De todas las formas, no nadaría de noche porque no podía ver el fondo. Recordaba haber nadado de noche con

Marin junto a los arrecifes de Waikiki y haber chillado cuando Marin le rozaba con la pierna.

Antes de Antigua, Charlotte había estado en Mérida.

Mérida era el lugar al que había llevado a la hija que se le había muerto por complicaciones, su niña, la hija de Leonard, la niña de la que estaba embarazada cuando se fue de California con Warren, la niña nacida prematuramente en la clínica Ochsner de Nueva Orleans, hidrocefálica y sin función hepática viable. Los médicos habían dicho que la niña moriría en el hospital, pero no fue así. Le costó mucho morir, incluso en Mérida. Había llevado a la niña a Mérida porque pensaba que allí moriría más rápido, pero no fue así. Al principio de aquellas dos semanas esperaba que la niña muriera, le humedecía los labios con agua del grifo y le contaba los lugares que verían juntas.

Por supuesto, verían el Gran Baniano de Calcula.

Verían las losas de piedra del invernadero de Bangalore.

Verían los monos de los bosques primarios de Singapur, verían la avenida Royal Palm de Peradeniya, que alcanzaría su máximo esplendor en el año 2050.

No verían los cactus de San Marino. A Marin no le habían afectado los cactus de San Marino, pero a Charlotte sí. San Marino le había producido pesadillas a Charlotte. Cactus. Hongos. Gruesos pinchos secos. San Marino también produciría pesadillas al bebé.

—A San Marino, no —prometió Charlotte al bebé—. Francamente, no te gustaría.

Al cabo de unos días, Charlotte había agotado los recuerdos que guardaba de los jardines botánicos del mundo y empezó a proyectar uno para Mérida. «Nombraba» todo cuanto la rodeaba. Preguntaba el nombre científico de todas las plantas que había cerca del hotel de Mérida y las clasificaba por género y subgénero, anotaba las variaciones de color en la floración estacional y entabló una discusión asombrosa con el director para convencerle de que dedicara la zona de aparcamiento al cultivo de la flora nativa. Hacia la mitad de la segunda semana, ya había pasado de la flora a la fauna, y catalogaba los pájaros, los lagartos y los insectos que se reproducían en las cañerías del hotel y que salían de cada desagüe a pesar de las

pulverizaciones diarias con Ortho-Muerte.

Aquel año hubo epidemia de tifus en Yucatán, pero la niña no murió.

Hacia finales de la segunda semana, Charlotte catalogaba las bacterias, los parásitos, los focos de fiebre y de infección intestinal: la poinciana y la poinsetia dieron paso a la salmonela, otra flor tropical. Cuando llegó finalmente la diarrea, Charlotte se pasó toda la noche con el cuerpecito deshidratado en brazos. Hacia la medianoche, Charlotte flaqueó, intentó alquilar un avión para volver con el bebé a Nueva Orleans o incluso a Miami, pero nadie cogía el teléfono del aeropuerto y cuando Charlotte, con la criatura en brazos, llegó allí en taxi, solo encontró al controlador jugando a las cartas con una pareja de mecánicos de la Yucatair que le dijeron que aquella noche no salían vuelos chárter de Mérida.

3

Leonard no habría querido que Charlotte viera al bebé, pero ella lo vio.

Leonard habría querido que ella dejara morir al bebé en la clínica Ochsner, pero ella no quiso.

Tuvieron unas palabras sobre el asunto.

Leonard y Warren tuvieron unas palabras sobre el asunto en la clínica Ochsner, y hubo también peonías. Recordaba con claridad las peonías, pero solo recordaba vagamente las palabras y sobre todo recordaba que no había querido que el bebé muriera sin ella.

El bebé no murió en el aeropuerto de Mérida, sino una hora después, en el aparcamiento de la planta embotelladora de Coca-Cola que había en la carretera en el camino de vuelta a la ciudad. El bebé empezó a tener convulsiones y a vomitar en el taxi, por lo que Charlotte pidió al taxista que parase en el aparcamiento. Charlotte caminó con el bebé en brazos por el asfalto. Le cantó al bebé al borde del asfalto, donde crecían los juncos entre unos cuantos remolques aparcados. Cuando el bebé murió, el taxi ya se había ido, pero como solo había dos o tres kilómetros hasta el Centro Médico de Yucatán, Charlotte se fue caminando con el bebé en brazos, tranquila de que por fin los vómitos hubieran concluido. El médico no hablaba inglés, pero extendió el certificado en esa lengua: «muerte por complicaciones».

—¿Qué clase de complicaciones? —preguntó Charlotte.

—Complicaciones mortales —respondió el médico—. ¿Su nombre de cristiana?

En la partida de nacimiento de Luisiana ponía: «Douglas, niña». En la tarjeta mexicana de turista ponía: «Douglas, infanta». Leonard se refería a ella como «cosita» y para Charlotte era el «bebé».

—Charlotte —dijo Charlotte—, se llama Charlotte.

—Carlota —dijo el médico e hizo la señal de la cruz antes de firmar

el certificado.

Carlota Douglas fue enterrada en un pequeño ataúd que el cuñado del médico no cerró hasta que Charlotte hubo inspeccionado su trabajo. Estaba muy orgulloso del trabajo que había hecho con el bebé. Estaba agradecido de tener el empleo y quería que a Charlotte le gustase. Había envuelto al bebé en un chal de nailon color lavanda y le había puesto un lacito en el pelo y unos diminutos zapatitos rojos en los pies. Charlotte miró al bebé una vez y después apartó la vista. Pagó al médico y a su cuñado con billetes de diez dólares estadounidenses. Antes de salir de Mérida, llamó a Leonard a San Francisco y le dijo que el bebé había muerto.

—Si quieres, voy a buscarte —le había dicho Leonard.

—Haz lo que quieras —le había dicho Charlotte.

—Dímelo tú.

—Le han puesto zapatitos. Zapatitos rojos.

—Ya ha pasado todo. Olvídalo. No tenías que haberla visto. No tenías que haberla visto.

—Warren no tiene la culpa de que yo viniese aquí, si es eso lo que piensas.

—No —dijo Leonard—, no es eso lo que pienso.

—Creo que será mejor que te llame más tarde —había dicho Charlotte, pero ella no volvió a llamarle.

No volvió a llamar a Leonard más tarde ni tampoco llamó a Warren.

Por la tarde, antes de que el avión saliera para Antigua, fue al cementerio para buscar la tumba del bebé, pero no consiguió encontrarla. No era un cementerio grande, pero había muchas tumbas recientes pequeñas y sin marcar. Dejó la buganvilla que había arrancado de la tapia del hotel en una de ellas.

CUATRO

1

Aquí las fiebres son recidivas.

Las bacterias proliferan.

Las termitas devoran el palacio presidencial, el óxido corroe mi Oldsmobile.

Dos veces al año, el sol cae completamente vertical y nada proyecta sombra.

La picadura de una mosca deposita un huevo que, en su etapa de pupa, provoca la supuración de la carne humana.

La picadura de otra deposita la larva de un gusano que, al cabo de tres años, eclosiona y recorre el globo ocular del ojo humano.

Aquí todo cambia sin que lo parezca. No se percibe el movimiento en el curso de las estrellas ni, con el cambio de estación, hay variaciones en la duración de los días ni en la temperatura del aire, la tierra y el agua, solo; la quietud amniótica en la que todo se transforma constantemente. Como en cualquier otro lugar, ciertas fases de estas transformaciones reciben un nombre (por ejemplo, «Oldsmobile» u «óxido»), pero el campo emocional de tales nombres tiende a debilitarse cuando uno abandona las zonas templadas. En el ecuador, los nombres son extraordinariamente arbitrarios. Un banano no está ni más ni menos «vivo» que su putrefacción.

Así es.

Intenté explicárselo a Charlotte, pero una vez más, Charlotte no entendió mi punto de vista.

Charlotte era incapaz de adoptar el punto de vista ecuatorial. De cualquier cosa que hubiera sucedido.

Charlotte ni siquiera recordaba mucho de lo que había sucedido en los seis meses transcurridos desde que se fue de California con Warren y su traslado a Mérida con el bebé. Recordaba con absoluta claridad

ciertos días y ciertas noches, pero no recordaba su secuencia. Alguien había desordenado sus recuerdos. Algunas cartas se habían perdido. Ella y Warren habían estado en el Sur. Hasta ahí llegaba. Recordaba que, en enero y febrero, habían pasado unos días en Nueva Orleans y que luego había estado otra vez, cuando hacía calor y llovía y el embarazo empezaba a notarse. Recordaba haber llegado al aeropuerto de Nueva Orleans. Lo del aeropuerto debió de ser en enero, porque la segunda vez que llegaron a Nueva Orleans no habían ido en avión, sino por carretera, desde Greenville; hacía calor, llovía, el embarazo se le notaba y la chica iba con ellos. Una vez habían comido crema de cangrejo en Greenville. Habían preparado aquella crema de cangrejo en Greenville. Ella había comprado los cangrejos y Warren le había enseñado a preparar la crema.

—La estás destrozando —le había dicho ella—. Le has puesto demasiada sal.

—No tienes ni idea.

—Pruébala, es salmuera.

—Pruébala tú —le había dicho Warren y le había puesto la cuchara de madera ante la cara. El líquido se le había ido por la nariz y se había atragantado. Warren le golpeó entre los omóplatos hasta que se le pasó—. Nunca me ha importado nadie tanto como tú, pero tú nunca has sabido nada de cocina.

A todo el mundo le gustó la crema de cangrejo, pero se habían quedado demasiado tiempo en Greenville, se habían quedado demasiado tiempo en todos los sitios. Los huéspedes y la pesca a los tres días apestan. En el Sur, mientras estaba con Warren, Charlotte había oído cantidad de veces aquella frase. Después de tres semanas oyéndosela en Greenville a Howard Hollerith, ella y Warren se habían trasladado de la casa de Howard Hollerith a un motel de la ciudad, cerca del dique; pero Warren había seguido viéndose con la mujer de Howard Hollerith. Y con la hija de Howard Hollerith también. Con la mujer y con la hija.

—Quiero que lo hagan las dos juntas —le dijo Warren a Charlotte. La chica se fue con ellos a Nueva Orleans.

Pero lo de Greenville fue en mayo o junio. Sabía que Greenville fue

en mayo o junio porque Birmingham fue en julio.

Lo del club de campo Mountain Brook de Birmingham fue decididamente en julio.

Lo del aeropuerto de Nueva Orleans había sido en enero.

Warren estaba borracho y le había retorcido el brazo por detrás de la espalda en el mostrador de Hertz.

—No tengo por qué estar aquí —le había dicho ella—. Me voy a casa.

—Vete a casa —le había dicho Warren—. Te mandaré a casa. Le pediré dinero a Porter para el billete, me endeudaré y te mandaré a casa. ¿Cómo crees que vas a volver a casa sin que yo me endeude?

—De la misma forma que vine —dijo Charlotte, y Warren la golpeó.

—No pasa nada —repetía Charlotte a la empleada de Hertz—. No. No llame, por favor. —La empleada de Hertz llamaba ya a la policía del aeropuerto y Warren había comprado una postal y se la estaba enviando a Leonard. La postal reproducía la bandera confederada, Dixie, un burro comiendo y un texto: «Entrega tu corazón a Dixie o lárgate»—. No pasa nada —dijo Charlotte a la policía del aeropuerto —. No es nada. Es un asunto personal, no pasa nada.

Delta le había perdido las maletas, pero parecía que no le importaba.

—Se deja el mapa —le dijo la empleada de Hertz.

—Baja esa voz de mierda blanca —le dijo Warren.

Fueron en el coche de Hertz desde el aeropuerto hasta la nueva casa de Porter en Metairie y pronto quedó claro que Leonard volvía a tener razón. No era Porter quien se moría, sino Warren. Porter se lo dijo a Charlotte. Porter se lo contó mientras Warren telefoneaba desde el piso de arriba a una chica que había conocido en Savannah para invitarla a dejarse caer por allí. Porter esperaba que Charlotte comprendiera por qué ella y Warren no podían quedarse con él. Porter esperaba que no considerase una falta de hospitalidad que les hubiera reservado una habitación en el Pontchartrain. Por cierto, la reserva estaba a nombre de Charlotte porque la última vez que Warren se había alojado en el Pontchartrain hubo algún pequeño incidente desagradable que Porter se abstuvo de especificar.

—Charlotte, has de reconocer que, como invitado, Warren no es ninguna maravilla. Si Warren ha de dejarnos, solo quiero recordar sus muchas virtudes.

—¿Qué quieres decir con eso de «dejarnos»?

—Ya era hora de que volviera a casa y dejara de vagabundear por Nueva York. «Morir no es sino volver a casa», ¿no tengo razón? ¿Lo has oído alguna vez?

—¿De qué hablas? ¿Qué es eso de morir?

—Solía aparecer en las lápidas. «Morir no es sino volver a casa». «Los ángeles lo llamaron», esa también era muy popular. Al menos por aquí lo era. No sé si lo sería en otros sitios.

—Porter, has dicho «si Warren tiene que dejarnos». ¿Qué has querido decir?

—No te preocupes, Charlotte. Voy a convencer a Warren de que deje que Ping Walter le eche un vistazo. ¿Te acuerdas de Ping, el chico de Lady Duvall? ¿No vivió en el Este una temporada? Creo que volvió a casa en la época que Lady se casó con su chulo.

—No conozco a ningún Ping Walter ni a ninguna Lady Duvall, y no sé qué tienen que ver con Warren.

—No levantes la voz, Charlotte, ¿o es que tu marido te deja hablar como una pescatera? Ping es un especialista. Yo diría que todo un especialista. Con una magnífica formación. Tulane, Hopkins, Harvard. No fue su padre quien le pagó los estudios, sino el viejo juez Duvall.

—Un especialista ¿de qué?

—De mala leche —dijo Warren desde la escalera, y Porter y él se echaron a reír.

—Si la memoria no me falla, de mala leche entre el Warren aquí presente y el chulo de Lady.

—Cuidado con lo que dices —dijo Warren.

—Porter me ha dicho que estás enfermo.

Charlotte estaba de pie junto a la ventana de la habitación del hotel Pontchartrain contemplando las primeras luces en las ventanas de las casas de enfrente. No tenía maleta ni aspirinas ni cepillo de dientes. La

falda que se había puesto la mañana anterior en Hollister estaba arrugada del largo viaje en coche desde el aeropuerto de San Francisco, del largo vuelo hasta Nueva Orleans y de la larga noche en Metairie en la que Warren y Porter no dejaron de beber. Dentro de unas horas podría salir a comprar lo que necesitara. Trató de concentrarse en lo que necesitaba, y no pensó qué hacía en una habitación del hotel Pontchartrain de la avenida Saint Charles de Nueva Orleans. En la casa vacía de la calle California de San Francisco serían las tres de la madrugada. La luz nocturna infantil, en el cuarto de baño de Marin, estaría encendida, tal como ella la había dejado. Los apliques sobre el cuadro de Pollock, en el comedor, estarían encendidos tal como ella los había dejado. Para entonces, Leonard ya habría volado de Miami a La Habana haciendo escala en Ciudad de México. Leonard estaba en La Habana y Marin había desaparecido. Warren se moría o no se moría y Marin había desaparecido.

—Porter dijo que eras tú el que estabas enfermo y que él no lo estaba. Para nada.

—Porter es idiota, no lo seas tú también. —Warren estaba tumbado en la cama y se desabrochó la camisa—. Lo entendiste mal. Como de costumbre. Cierra esas cortinas y ven aquí.

«Podríamos habernos pasado la vida haciendo esto», dijo Warren.

Deberíamos habernos pasado la vida haciendo esto. Deberíamos pasarnos la vida haciéndolo.

El tiempo verbal marcaba una diferencia y ella no acababa de ordenar lo que Warren había dicho. No lo recordaba bien. Recordaba el aeropuerto de Nueva Orleans y recordaba el club de campo Mountain Brook de Birmingham, pero no se acordaba mucho de lo que había ocurrido entre medio. Entre uno y otro debieron de haber pasado unos cinco meses, alrededor de veinte semanas, unos ciento cuarenta días, una sencilla operación aritmética decía cuántos días habían pasado desde el aeropuerto de Nueva Orleans y el club de campo Mountain Brook de Birmingham, pero alguien los había revuelto. Recordaba que en todos los lugares en los que había estado con Warren, él quería tener las cortinas echadas durante el día. Recordaba habitaciones en penumbra con la luz que se filtraba por

donde las cortinas no cerraban bien y lo único que no recordaba era dónde estaban aquellas habitaciones ni por qué Warren y ella habían estado allí.

—Querías traerme a casa contigo —recordaba haber dicho en una de aquellas habitaciones—. ¿No es verdad? Querías traerme de vuelta a casa.

—No —había dicho Warren—. Lo único que quería era volver a follarte.

A veces, aquellos meses en el Sur parecían tan fragmentados que ella sospechaba que, en la clínica Ochsner, mientras estaba bajo los efectos de la anestesia durante el parto, le habían aplicado electroshock. Sus sospechas eran infundadas.

2

Ya dije antes que Warren tenía el aspecto de un hombre que podía volver loca a una mujer como Charlotte.

Su rostro se había endurecido por el desprecio.

Su mente se había endurecido por la autocompasión.

La verdad es que con frecuencia tenía «razón» para despreciar a los demás y también tenía «razón» para compadecerse a sí mismo, pero permítanme que una moribunda haga un par de consideraciones.

Me he dado cuenta de que no basta con tener razón.

Me he dado cuenta de que hay que ser mejor.

Su arma preferida era la provocación; en un mundo indulgente como el de Leonard Douglas, en el que resultaba difícil que alguien se sintiera provocado, Warren Bogart empalidecía, permanecía confundido e incapaz de actuar. Podía actuar marginalmente en el terreno de la academia y mantenía vagas relaciones académicas: una semana en Yale, tres días en Harvard, privilegios de invitado en ciertos clubes universitarios en los que nunca pagaba las cuentas del bar. Podía actuar marginalmente en el Upper East Side de Nueva York. Podía actuar estupendamente en el Sur. Como muchos sureños y algunos católicos, y a diferencia de Charlotte, había sido educado no para creer en el «trabajo duro» y la «confianza en uno mismo», sino en el poder infinito del encanto personal, la solicitud de favores o la intervención de una u otra Virgen misericordiosa. Tenía una clara aunque rudimentaria convicción de que el acceso a los misterios de la buena suerte funcionaba de la misma manera que el acceso al Boston Club, una institución de Nueva Orleans a la que él no pertenecía, pero para la que siempre contaba con una tarjeta de invitado.

No pertenecía a nada.

Era alguien de fuera que vivía gracias a su habilidad para manipular lo de dentro.

Su baza final con Charlotte fue la de reconocer todo esto que acabo

de contar sobre él y haber entonado el *mea culpa*.

Yo, como forastera, reconocía también aquella baza.

Forastera. *De afuera*.

Ambos éramos *de afuera*, Warren Bogart y yo. Cuando lo conocí, también los dos nos moríamos de cáncer, Warren Bogart y yo, lo que tal vez nos hiciera incluso más *de afuera* de lo habitual, pero ese era un detalle que Charlotte jamás llegó a comprender del todo.

Charlotte tenía problemas con la palabra.

No con la palabra «cáncer», sino con la palabra «morir».

Solo estuve con él en una ocasión, una noche en Nueva Orleans, cuatro o cinco meses después de que Charlotte llegara a Boca Grande, una noche, en el Garden District, en casa de uno de los hermanos gordos, con traje blanco, que comercializan nuestra copra. Aquella mañana, yo había volado a Nueva Orleans para la sesión de radioterapia con bomba de cobalto y para renegociar con Morgan Fayard los contratos de copra; cenaría con Morgan, su mujer y su hermana, y volvería a Boca Grande al día siguiente por la mañana. No me habían invitado a cenar para que conociese a Warren Bogart, ni siquiera habían invitado a Warren Bogard, pero cuando llegué, allí estaba él, en el salón de Morgan y Lucy Fayard. Era evidente que su presencia suponía una contrariedad para los planes que Lucy Fayard tenía para la noche. Warren parecía dedicado a fastidiar a Lucy y a su cuñada Adele, y a humillar a la chica que le acompañaba, pero aparentemente el objetivo central de su visita era conocerme. Aludían a la chica que le acompañaba con el nombre de «Chrissie», «señorita Bailey» o «la amiguita de Tupelo de nuestro inesperado invitado», según quien se refiriera a ella; era una muchacha delgada y pálida, que hablaba con monólogos esporádicos y vagamente agitados, cuando le instaban a hacerlo. En realidad, no era muy distinta de Charlotte Douglas, veinte años arriba o abajo, y sin tener en cuenta la diferencia de los condicionamientos culturales entre Tupelo, Mississippi, y Hollister, California. No obstante, aún tuve que observar varios minutos más a aquella pareja en el salón de Lucy Fayard antes

de darme cuenta de que el «Warren» que había aparecido a tomar unas copas sin que nadie le invitase, que se quedaría a cenar sin que se lo pidiesen y que estudiaba cada una de mis reacciones, era el Warren que figuraba en lo que yo consideraba las alucinaciones de Charlotte Douglas.

—Qué atento por tu parte el pasarte por aquí, Warren. —La voz de Lucy Fayard sonaba clara y cristalina—. Morgan y yo estamos deseosos de que muy pronto vengas a pasar toda una velada con nosotros. Tú y tu amiga. Por supuesto, está usted invitada, señorita Bailey.

La chica de Tupelo sonrió lánguidamente y se anudó el pañuelo como si le hubieran indicado que se despidiera.

—Aquí tiene su sombrero, una lástima que tenga tanta prisa. —Warren Bogart alargó el vaso para que se lo llenaran—. Quítate ese pañuelo, Chrissie, no hagas caso a la anfitriona. La señora Fayard está adquiriendo los modales de West Texas.

—¡Chist! No saques eso a relucir —dijo Lucy Fayard.

—No empieces ahora con eso —dijo Adele Fayard.

—Lucy no se relaciona con la escoria de West Texas —dijo Morgan Fayard—. No permito que Adele ensucie esta casa trayéndolo aquí. Grace no sabe de qué estamos hablando y sería una grosería continuar haciéndolo. Lo prohíbo tajantemente.

En realidad, sabía muy bien de qué hablaban, porque la última vez que estuve con los Fayard dedicaron toda la noche a discutir acaloradamente sobre aquella misma «escoria de West Texas». Por aquel entonces, Adele Fayard salía con un tipo de Midland que a su hermano no le gustaba. Ahora resultaba que también Lucy Fayard trataba con él y que Morgan aún no lo sabía. Muy pronto Lucy o Adele aludirían a alguna de las indiscreciones de Morgan. Las veladas con los Fayard eran siempre muy caribeñas, con fervores enfrentados que estallaban e insinuaciones de perfidia sexual y, en ese contexto, no era muy difícil saber de qué hablaban ni, finalmente, resultaba demasiado interesante.

—Esa escoria de West Texas no entra en esta casa —dijo Morgan Fayard, sin tener en cuenta su prohibición de hablar del tema.

—Entonces, me he equivocado —dijo Warren Bogart—; pensé que lo había conocido aquí.

—Yo diría que sí, que te has equivocado —dijo Lucy Fayard.

—Te empeñas en hacerlo todo difícil, Warren —dijo con una sonrisa Adele Fayard—. Tan difícil como sea posible.

—¿Qué es lo que me empeño en hacer difícil, Adele?

—Sabes perfectamente bien lo que es difícil, Warren.

—¿Es difícil para ti y tu desconsiderada cuñada continuar dispensándome vuestra famosa hospitalidad en mis últimos días de vida? ¿Es eso, Adele? ¿O vuelvo a equivocarme?

—¿De qué últimos días de vida hablas? —dijo Morgan Fayard—. Aquí no se está muriendo nadie.

—Todos vosotros os estáis muriendo. Te mueres tú; tu mujer y su hermana se mueren; tus hijitos se mueren también. Chrissie, aquí presente, se muere; incluso la señorita Tabor también se muere.

Warren Bogart me miró mientras encendía un puro. No me habían presentado a él como Grace Tabor.

—Pero ninguno de vosotros se muere tan rápido como yo —dijo sonriente Warren Bogart—, lo cual creo que me permite ciertos privilegios.

—Francamente, no se comportaba mucho mejor cuando no se estaba muriendo —dijo Adele Fayard.

—Francamente, el que se esté muriendo no le ennoblece lo más mínimo —dijo Lucy Fayard.

La chica de Tupelo soltó una risita nerviosa.

—«¡El ocaso, la estrella vespertina y una clara llamada!» —exclamó de pronto Morgan Fayard—. «¡Que no se oiga en la barra quejido por mí, cuando me lance al mar!». Lo aprendí en Charlottesville.

—No muy bien, por cierto —dijo Warren Bogart.

—Que no se oiga en la barra quejido, Warren. Una lección para todos nosotros.

—Es «queja de», Morgan. No «quejido por». No es un velatorio en una de esas tabernas que frecuentas.

—Me figuro que a George Gordon Lord Byron no le importará lo más mínimo.

—Te equivocas de nuevo, Morgan. A quien no le importará lo más mínimo es a Alfred Lord Tennyson. Recítalo Chrissie. Ponte de pie y recítalo. Recita ese y «Thanatopsis», los dos.

La chica le miró con expresión suplicante.

—¡Ponte de pie! —le dijo Warren Bogart.

—He de decir que… —dijo Lucy Fayard.

—¡Cállate, Lucy! ¡He dicho que te pongas de pie, Chrissie!

La chica de Tupelo se levantó y clavó abatida la mirada en el suelo.

—En voz alta o te obligaré a recitar «Evangeline» también.

—«El ocaso, la estrella vespertina… y una clara llamada… Que no se oiga…».

El tono de voz de la chica era bajo y lastimero. Warren Bogart cogió su vaso y se acercó a mí.

—Es usted la señorita Tabor, ¿verdad?

—«Crepúsculo y campanilla vespertina… y después, la oscuridad…».

La chica hablaba con los ojos cerrados. Los tres Fayard seguían petrificados en sus asientos.

—Lo fui —dije finalmente.

—Creo que participó usted en alguna investigación con mi buen amigo el señor McKay. En Perú.

—En Brasil. —Al final de cada verso la chica abría los ojos y miraba la espalda de Warren Bogart como si solo él pudiera salvarla—. Si se refiere usted a Claude McKay, fue en Brasil.

—En algún lugar de por ahí abajo. Puede que tenga usted razón.

—Claro que la tengo. Yo estaba allí. ¿Qué le está haciendo a esa niña?

—¿A Chrissie? Chrissie es brillante, debería hablar con ella, le interesa mucho la antropología, hizo unos cursos en Newcomb. Hace los deberes antes de hablar. Al señor McKay le habría encantado. Él tenía una casa en Maryland, como probablemente usted ya sabe, donde yo solía ir a tomar copas con él antes de que falleciese. —Lanzó una mirada a la chica que se había quedado callada—. ¡Chrissie, ponte tiesa! Ahora, «Thanatopsis».

—«A él, que en el amor de la naturaleza encuentra… Comunión con

sus formas visibles…».

La voz de la chica era casi inaudible.

—Al señor McKay le habría encantado —repitió Warren Bogart—. Descanse en paz. Claude McKay, un aristócrata estadounidense. Uno de los últimos. Todo un caballero. De buena cuna. Con buena educación.

La noche era calurosa. Yo estaba cansada. Cuando estoy cansada, recuerdo lo que me enseñaron en Colorado. Cuando recuerdo lo que me enseñaron en Colorado, hay palabras que me dan dentera. «Aristócrata» es una de ellas. «Caballero» es otra. Me recuerdan ese estilo que tanto me desagrada en Gerardo. Una vez, de niño, Gerardo llamó «tendero» al padre de un compañero de clase y yo le di un bofetón.

—El último de una casta —dijo Warren Bogart, mirándome a la cara —. Solía hablar de usted. Decía: «Debería usted conocer a mi buena amiga, la señorita Tabor».

La última vez que recuerdo haber visto a Claude McKay, le acusé de haber publicado mi trabajo con su nombre. Me preguntaba cuándo sacaría Warren Bogart a relucir a Charlotte.

—Jamás pensé que me tropezaría con usted aquí, en casa de Lucy — dijo.

Nunca he tenido paciencia con los juegos.

—Pues yo habría apostado que sí —contesté.

La chica de Tupelo había terminado de recitar los poemas. El silencio reinaba en la habitación. Warren Bogart toqueteaba su puro sin dejar de mirarme con cautela.

—Warren —dijo la chica—, he terminado. Se acabó.

—Recita «Snowbound» —dijo Warren Bogart—. No hay aquí nadie que no pueda mejorar escuchando «Snowbound».

—No permitiré esto —dijo Lucy Fayard.

—Yo en tu lugar dejaría ese tono para los de West Texas —dijo Warren Bogart.

—¿Qué dice de West Texas? —preguntó Morgan Fayard.

—Bobadas, hermano —dijo Adele Fayard al tiempo que se levantaba—. No dice más que bobadas.

—Adele, he hecho una pregunta a alguien de esta habitación y creo que me merezco la cortesía de una respuesta —dijo Morgan Fayard al tiempo que empujaba a su hermana con la mano y la obligaba a volver a sentarse.

—¿Cuál es la pregunta, hermanito?

—Esa maldita escoria de West Texas.

La chica de Tupelo empezó a llorar.

Se anunció la cena.

Nadie se movió.

—Esto es un jodido circo. Un desfile de *freaks*. —Warren Bogart se volvió hacia mí—. ¿Esto no le recuerda a usted un circo ambulante de tercera? ¿Alguno de esos circos Sells-Floto de gira por ese país que ustedes gobiernan tan bien?

—No —respondí—, me recuerda al club de campo Mountain Brook de Birmingham, Alabama.

Warren Bogart me miró y luego miró hacia otro lado.

—Está usted yendo demasiado lejos —dijo finalmente, y eso fue lo único que dijo.

Sirvieron trucha y mousse de limón en el comedor. Sirvieron café y galletas de praliné, y peras al brandy en el comedor. Hacía calor en el comedor y según parecía no podíamos abandonarlo. Lucy y Adele Fayard describían con todo lujo de detalles su último proyecto para la Junior League. Lucy y Adele Fayard describían los platos de la cena a medida que los tomábamos. Lucy y Adele Fayard describieron una cobra amaestrada a la que habían visto beber Wild Turkey con agua en una fiesta la noche anterior.

—Le dije a Morgan —dijo Lucy Fayard—: Mira, Morgan, creo que esa cobra se está tomando unas «copas».

—Le dije a Morgan —dijo Adele Fayard—: fíjate lo que te digo, Morgan, esa cobra va a ser la sensación de la temporada en Nueva Orleans.

Morgan Fayard estaba enfurruñado. Warren Bogart se quedó en el salón con la chica de Tupelo. Los oíamos al piano. Al parecer, Warren Bogart obligaba a la chica a tocar una y otra vez la canción que tocaban siempre en Nueva Orleans el martes de carnaval. Ella la tocaba fatal.

—«Que los peces tengan patas y las vacas pongan…». Eso es un semitono, Chrissie, te saltaste el bemol. Vuelve a empezar.

—Pero ¿cómo se atreve él a cantar esa canción? —dijo Morgan Fayard.

Lucy Fayard levantó la voz.

—Estás olvidando tus deberes, Morgan. La copa de Grace está vacía. Grace, ¿habéis plantado alguna vez alcachofas allí abajo para servir con la carne de caza?

—No olvido mis deberes —murmuró Morgan Fayard—. Mira quién fue a hablar.

—«Que los peces tengan patas y las vacas pongan huevos… si alguna vez dejo de amarte… Que todos los perros muevan la…». No, no, Chrissie, no —Es irónico —dijo Morgan Fayard— que tú hables de «deberes».

—Te enviaré unas cuantas alcachofas —dijo Lucy Fayard—, para acompañar los platos de caza. Morgan, la copa de Grace.

—La verdad —dije— es que tengo que marcharme.

—Mira lo que has hecho, Morgan. Obligarnos a todos a sufrir en esta mesa atestada en vez de tomar café en el salón como seres humanos civilizados. No me extraña que Grace quiera marcharse.

—No voy a ir allí para que me insulten —dijo Morgan Fayard.

—«Que los peces tengan patas y las vacas pongan huevos… si alguna vez dejo de amarte… Que todos los perros muevan la cola delante de…».

—No tiene derecho a cantar esa canción —dijo Morgan Fayard.

—Él también tiene derecho —dijo Lucy Fayard—. Él es de aquí.

—No es de aquí para nada. Es de… —Morgan Fayard escupió las palabras—: Plaquemines Parish. De ahí es de donde procede. Donde dejó un…

—No me imaginaba que el martes de carnaval fuera propiedad

privada tuya —dijo Lucy Fayard—, solo porque tu madre fuera reina de la comparsa de Comus y de la que, por cierto, Adele no logró ser reina.

—… Donde sin duda él dejó un prometedor futuro como director adjunto de una gasolinera, esa es la clase de escoria que tú…

Me puse de pie.

Había algo en Warren Bogart que hacía que los Fayard se superasen a sí mismos.

—¿Vuelves a lo de West Texas? —preguntó Lucy Fayard—. ¿O sigues con Warren?

—De todas formas, es una canción de mal gusto —dijo Adele Fayard —. Llega el martes de carnaval y saldré de la ciudad con los judíos. Siéntate, Grace, por favor.

—No toleraré esto —dijo Morgan Fayard dando un puñetazo en la mesa—; no toleraré que mis hijos pequeños se vean expuestos a semejante escoria.

—O mucho me equivoco o tus hijos pequeños están en un internado en Virginia —dijo Adele Fayard—, ¿no hace eso que tu tolerancia sea un poco menos formal?

—He oído rumores sobre ti en el barrio, hermanita —oí que decía Morgan Fayard cuando yo salía del comedor.

—Tengo entendido que sueles dejar tu tarjeta de visita en cierta dirección del barrio, hermanito —oí que decía Adele Fayard cuando yo cruzaba el salón.

—«Que los peces tengan patas y las vacas pongan huevos… si alguna vez dejo de amarte… Que la luna se vuelva de queso verde cremoso… si alguna vez dejo de amarte… Que…».

Warren Bogart levantó los ojos del piano.

—Una canción preciosa, ¿verdad?

No respondí.

—Dígale a Charlotte que se equivocaba —dijo Warren.

3

Aquí, entre las tres o cuatro familias solventes de Boca Grande tenemos tratamientos tradicionales concretos para trastornos tradicionales concretos. Aquí las náuseas se controlan con unas cuantas gotas de una solución de adrenalina al uno por mil en un poco de agua, tomada con sorbitos de champán helado. Aquí la neurastenia se controla con medio grano de fenobarbital tres veces al día y el traslado durante una temporada a una estación de montaña. A falta de una estación de montaña, Miami o Caracas bastarán. Nunca he conocido un tratamiento concreto para el estado en el que Charlotte Douglas llegó a Boca Grande, pero después de aquel encuentro con su primer marido empecé a ver cierta lógica interior en su incapacidad para recordar gran parte de aquellos últimos meses que había pasado con él.

Lo que sí recordaba era cuándo y cómo le había dejado.

«No quiero dejarte nunca», recordaba haberle dicho en Biloxi.

«¡Cómo iba a dejarte!», recordaba haberle dicho en Meridian.

Le dejó a las once y diez de la noche del 18 de julio en el bar del club de campo Mountain Brook de Birmingham.

«Estoy mareada y me duele la cabeza», había dicho la chica.

«Creo que debería verla un médico», había dicho Charlotte.

«No necesita un médico —había dicho Warren—. Está borracha y lo que necesita es un bocadillo».

Al cabo de pocos minutos, en el preciso instante que Warren golpeó al camarero y a Minor Clark, Charlotte se levantó de la mesa, se dirigió hacia el lavabo de señoras y siguió andando. No se arriesgó a esperar para pedir un taxi. Siguió andando. En el bar llevaba puesto un suéter, pero la noche era cálida y dejó el suéter sobre un hoyo de arena del campo de golf y siguió caminando. Una vez fuera del campo de golf, se fue parando en todos los cruces calculando el tamaño de las casas y lo que probablemente costaría mantenerlas; luego caminó

hacia donde las casas parecían más pequeñas y los jardines menos cuidados. Tenía la idea fija de que no estaría a salvo hasta que no llegase a una zona de la ciudad en la que la gente estuviera sentada en sus porches y en los guardabarros de los coches aparcados, y lo bastante aburrida como para salir en su defensa en el caso de que Warren la persiguiera. Cuando empezó a llover, los pies le resbalaban en las sandalias, así que se las quitó y caminó descalza. Sabía exactamente a qué hora había salido del club de campo Mountain Brook porque Minor Clark había dicho que la chica no necesitaba un bocadillo, sino un médico, y Warren había pedido un bocadillo y el camarero le había dicho que eran las once y diez y la cocina estaba cerrada. Por tanto, se había ido del club de campo Mountain Brook a las once y diez, y era casi la una cuando llegó a una zona de la ciudad tan deteriorada que se sintió segura para detenerse en un lugar iluminado y llamar un taxi.

La chica se llamaba Julia Erskine.

La chica no gimoteaba como decía Warren, sino que lloraba porque le dolía la cabeza. Charlotte creía que a Julia Erskine le dolía la cabeza.

La chica había dicho que le dolía la cabeza porque aquella mañana, mientras montaba con Warren, se había caído del caballo.

Charlotte no se creía que, aquella mañana, mientras cabalgaba con Warren, Julia Erskine se hubiera caído del caballo.

Cuando llegó el taxi, Charlotte se dirigió al aeropuerto de Birmingham. El primer avión que despegó iba a Nueva Orleans y Charlotte subió a él. Era la única pasajera.

—Usted y yo podremos contemplar la salida del sol —le dijo la azafata.

Charlotte no se sintió segura hasta que el avión despegó; entonces pidió una copa y se sentó con la cabeza apoyada en la ventanilla fría y no contempló la salida del sol, sino que se bebió el bourbon de un trago antes de que el hielo lo diluyera. No había comido desde el almuerzo del día anterior, en casa de Minor y Susan Clark, almuerzo al que Warren y Julia no se habían presentado, y, a medida que el bourbon le llegaba al estómago, se sintió gratamente sorprendida

consigo misma.

Estaba agradablemente sorprendida de ser todavía capaz de hacer tantas cosas.

La caminata.

Llamar a un taxi.

Utilizar su tarjeta American Express, subir a un avión, pedir una copa.

Mientras seguía agradablemente sorprendida, rompió aguas y empapó el asiento de líquido amniótico.

—Le hiciste daño a aquella chica —le dijo Charlotte a Warren cuando él le llevó las peonías a la clínica Ochsner. Leonard estaba en la habitación. Charlotte no sabía cómo había aparecido Leonard en la habitación, pero sí sabía que no debía decir nada de la chica delante de Leonard; sin embargo, parecía que ya no importaba lo que ella dijera delante de nadie—. Le pegaste en la cabeza, ¿verdad?

—Está drogada —dijo Leonard—. Mantente neutral.

—No hables de cosas que no sabes —dijo Warren a Charlotte—. ¿Qué vais a hacer con la criatura?

—En eso precisamente pensaba yo —dijo Leonard.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó Charlotte.

—No importa cómo te encontré. Yo siempre te encuentro. ¿Qué vas a hacer con la criatura?

—La criatura es… golpeaste a esa chica en la cabeza.

—Estás empastillada —dijo Warren—. No sabes lo que dices.

—No dejes que eso te detenga —dijo Leonard—. Plantéale otra decisión vital.

—Él no quiere que veas a la criatura, ¿verdad? —dijo Warren.

—No —dijo Leonard—, no quiero. No hay nada más que hablar. Ahora limitaremos nuestros comentarios a temas en los que Charlotte no tenga interés directo: sexo, política o religión. ¿De acuerdo?

—Tú no sabes nada de Charlotte —dijo Warren. Charlotte notaba el olor a loción de afeitado Bay Rum. A loción de afeitado y a humo de puro. A Warren—. Nunca lo has sabido.

Charlotte trató de concentrarse en los apretados capullos color rosa de las peonías.

—Él quiere que huyas de aquí —dijo Warren.

Los apretados capullos rosas parecían hincharse cuando ella los miraba. La cabeza del bebé también se hincharía si la criatura viviese, pero el bebé no viviría. Eso es lo que le habían dicho a Charlotte los médicos. También Leonard. Si Leonard le había hablado del bebé, quería decir que él había estado antes en la habitación y ella lo había olvidado.

—Quiere que huyas de aquí como has huido de todo lo demás en la vida.

—Golpeaste a esa chica en la cabeza. Eres incapaz de cuidar de nadie.

—Ahora estoy cuidándote a ti y te digo que no huyas.

—Nunca lo he hecho —dijo Charlotte.

—«¿Cómo iba a dejarte?» —dijo Warren—. Del mismo modo que dejaste a todos. ¿Cómo podría dejarte? Deja que te diga unas maneras.

Cerró los ojos frente a las obscenas peonías.

—No importa si yo te cuido a ti —dijo Warren—. Tú puedes cuidarme a mí.

—¡Déjala en paz! —dijo Leonard.

—Ella no quiere que la deje en paz —respondió Warren.

Las peonías se hinchaban tras los párpados de Charlotte.

—No importa que alguien cuide de ti o que tú cuides de alguien —dijo Warren—. Al final, da igual. Absolutamente igual.

—Tuviste tu oportunidad —dijo Leonard.

Ella mantuvo los ojos cerrados y escuchó sus voces altas y desagradables; cuando el tono de las voces volvió a ser normal, las peonías ya habían estallado tras sus párpados, el calor de los medicamentos ascendía por su espalda y ya sabía lo que iba a hacer. No pensaba hacer lo que ellos querían que hiciese. Ni siquiera estaba segura de lo que ellos deseaban que hiciese, pero no iba a hacerlo.

—Dile que te dije que todo da igual —oyó que Warren le decía a

Leonard.

Se iría de allí sola con su bebé.

—Quieres que ella te vea morir —oyó que Leonard le decía a Warren.

No dejaría que su bebé muriera sin ella.

—No importa lo que yo quiera —oyó que decía Warren a Leonard—. Dile solamente que te dije que todo da igual. Díselo de mi parte.

4

Cuando pienso en la pauta que siguieron sus días y sus noches durante aquellos cinco meses, no consigo ver lo que sucedió aquella noche en el club de campo Mountain Broke que se saliera de aquella pauta.

Aun me pregunto por qué Charlotte se fue aquella noche y no cualquier otra.

Charlotte nunca me lo pudo aclarar.

—Es que tenía que marcharme —repetía Charlotte, como si hasta las once y diez de la noche de aquel 18 de julio hubiera habido algo que la forzara a quedarse—. Warren había estado con aquella chica, la había golpeado y actuaba como un loco. Cuando yo me marché, los Clark la llevaron al hospital; sufría una ligera conmoción cerebral.

¿No hubo noches similares a lo largo de aquellos cinco meses?

Charlotte me dijo que no podía recordarlo.

Hay que tener en cuenta que estoy hablando de una mujer que en mi opinión estaba en shock.

En todos los sitios que visitaron a lo largo de aquellos cinco meses acabaron hospedándose en moteles. Charlotte sí que recordaba los moteles. Habían estado unos días con Howard Hollerith en Greenville, otros con Billy Daikin en Clarksdale y otros más con otra gente en otros lugares, pero después de ciertas veladas siempre se trasladaban a un motel. Generalmente Warren no solía estar presente durante la primera parte de aquellas veladas. Generalmente Warren estaba río arriba, río abajo o en la otra punta del condado con la esposa, la hermana o la sobrina recién divorciada de su anfitrión. Nunca con la hija. Warren nunca iba río arriba, río abajo o a la otra punta del condado con la hija de un anfitrión.

Charlotte aprendió muy pronto a reconocer la llegada de una de aquellas veladas.

Uno o dos días antes de aquellas veladas, Warren comentaba que le era imposible dormir.

«Estoy inquieto, excitado, angustiado», solía decir.

«No me lleves la contraria —decía—. No te metas conmigo».

Uno o dos días antes de aquellas veladas su anfitrión solía anunciar que no podía ofrecer pequeñas, aunque básicas, muestras de su hospitalidad habitual.

«No me sorprendería que Warren hubiese acabado con todos esos bíter Peychaud, sin los que no puede pasarse; es una lástima, pero me es imposible reponer existencias aquí».

«¡Maldito fontanero! Dice que no puede venir hasta el martes, así que tal vez estaríais mejor en un sitio en que funcionasen las cañerías».

Se desataría algún torbellino familiar. No solo se estropeaban los baños, sino también los teléfonos de las habitaciones de invitados. Llegaban unos hombres a vaciar la piscina. Se aconsejaba viajar antes de que llegaran las lluvias, el calor o empezasen las obras previstas en la interestatal. Recordaban que habían prometido visitar a Charlie Ferris en Oxford o a la señorita Anne Clary en el Golfo.

Las puertas se cerraban.

El tono de voz se levantaba.

La velada solía empezar mal y acabar fatal.

«Espero que Warren tenga el detalle de dejarle algo a la vieja Jennie por todo el trabajo extra que ha tenido. ¿Será usted tan amable de recordárselo, Charlotte? O ¿acaso no es costumbre hacerlo en su lugar de origen?».

Y: «Qué interesante ver cómo los californianos permiten que sus mujeres anden por ahí zascandileando a sus anchas; en California, la gente debe de tener ideas muy avanzadas».

Y luego: «Es posible que el que su amigo Warren se vaya por ahí y la deje aquí sola no le moleste a usted, pero a mí sí me molesta; si un hombre insulta a una señora en mi casa, me insulta a mí. Es posible que usted no lo comprenda, señora Douglas, estoy seguro de que todo es más libre y fácil donde ustedes residen».

Y finalmente: «Usted dice que se va a la cama “y que le den”, señora Douglas; se llama usted así, ¿no? ¿Qué tengo que deducir? ¿He de deducir que tengo en mi casa una mujer trastornada? ¿O acaso me

engañan los oídos?».

Después de que Charlotte se retiraba a su habitación, solía haber silencio durante unas horas y, al rato, otra vez se alzaban las voces, la de Warren entre ellas. Charlotte hundía la cabeza en la almohada y se ponía otra sobre el vientre para que el bebé no oyera nada, y, al día siguiente, ella y Warren se trasladaban a un motel.

—No me gusta esa gente —solía decirle ella a Warren después de una de aquellas veladas—. No me gustan y no quiero sentir ninguna obligación hacia ellos.

—No tienes por qué sentirte obligada hacia nadie. Estás demasiado acostumbrada a árabes y judíos y no sabes cómo se comporta la gente normal.

—No puedo evitar constatar que los árabes y los judíos son mucho más considerados con sus invitados.

—Con este invitado no lo serían, nena. —Cuando las visitas llegaban a aquel punto de desbarajuste, Warren se mostraba indefectiblemente alegre—. Enséñame un árabe que me soporte y yo te enseñaré un árabe que no se entera de nada.

En todos aquellos moteles, Warren quería que las cortinas estuvieran echadas durante el día.

En todos aquellos moteles, Charlotte solía sentarse un rato en la habitación a oscuras y mirarle mientras dormía.

A Charlotte le parecía, aunque no estaba segura, que al final de aquellos cinco meses habían pasado más tiempo en moteles del que habían pasado al principio. Warren siempre pagaba las habitaciones con billetes arrugados que sacaba de distintos bolsillos y ella pagaba las comidas cuando comían. Charlotte comía con regularidad, generalmente sola. Se obligaba a comer como se obligaba a tomar el calcio y a visitar a un obstetra en todas las ciudades en las que se quedaban más de un par de días. No tenía por qué visitar al obstetra con tanta frecuencia, pero ella quería tener un número de teléfono al que poder llamar en mitad de la noche. Un obstetra no cuestionaría los motivos que ella tenía para querer visitarle. Un obstetra era el especialista con el que era lógico visitarse.

—Estás enfermo —le había dicho ella la primera vez que vio a

Warren gris y sudoroso. Él se había desviado bruscamente de la autopista y había detenido el coche en el arcén—. Estás enfermo y necesitas un médico.

—Nada de médicos. —Le costaba respirar, jadeaba y no parecía tener fuerzas para apagar el motor—. No estoy enfermo. He atropellado a una serpiente mocasín, eso es todo.

Permanecieron sentados en el coche hasta que la respiración de Warren se regularizó. Él no volvió a hablar, pero le cogió la mano. Cuando finalmente metió la marcha y el coche arrancó, ella volvió la cabeza para mirar la autopista en la que, por supuesto, no había ninguna serpiente mocasín. A partir de aquel día ella empezó a buscar un obstetra en cada ciudad, a plantear anticipadamente las preguntas y a tener el número de teléfono a mano. Cualquier noche en cualquier ciudad, necesitaría llamar a un médico y pedirle algo, y quería que el médico atendiese su llamada. No dejaba que su cabeza formulase la palabra «cáncer» y tampoco dejaba que formulase la palabra «muerte», pero siempre tenía en mente la palabra Demerol. No había estado presente cuando su padre murió, pero Pete Wright le había contado lo del Demerol la noche en la que ambos habían cenado en el Palm.

5

A veces ella salía del motel durante el día. Dejaba que Warren durmiera, cogía el coche, bajaba por la calle principal de la ciudad en la que estuviera y buscaba un lugar donde pasar el rato. Recordaba que se había sentado todas las tardes, durante más de una semana, en la biblioteca de Demopolis, Alabama. En la biblioteca de Demopolis, había leído los periódicos atrasados. En los periódicos, había seguido el desarrollo de un juicio por asesinato que se había celebrado unos meses antes en Greene County. Se fueron de Demopolis antes de que Charlotte llegara a la sentencia y cuando preguntó a la recepcionista del motel si se acordaba de cómo había acabado el juicio, ella le respondió que la curiosidad mató al gato. Recordaba que en una ciudad maderera después de Mobile le había hecho la manicura una chica que se parecía a Marin, pero tenía quince años, estaba casada con un leñador y se ocupaba del salón de belleza que su madre tenía instalado en una roulotte. Recordaba haber tomado batidos de chocolate en la barra de la estación de autobuses Trailways, en Pass Christian, y haber leído un reportaje de la Associated Press sobre la incesante búsqueda de Marin Bogart; recordaba haber dejado el periódico en la barra y haberse quedado mirando el oscuro resplandor del golfo. Recordaba haber tomado batidos de chocolate en la barra de la estación de autobuses Trailways en muchas ciudades. Recordaba haberse quedado mirando el golfo en muchas ciudades. Recordaba el reportaje de la Associated Press en el que Leonard declaraba que Charlotte estaba «de viaje con unos amigos».

Aquellos días en los que se iba del motel, solía regresar al atardecer y encontrarse con que Warren se había ido, la cama estaba deshecha, las toallas húmedas en el suelo de la habitación, las cortinas aún echadas, y el aire cargado *y* dulce olía a loción de afeitado de ron de laurel. Warren nunca tapaba el bote de loción de afeitado. Eso lo recordaba. Ella ponía el tapón al bote, llamaba a la camarera y se

quedaba fuera, en el paseo, mientras le hacían la habitación. El aire estaba helado y húmedo; luego, en primavera, cálido y húmedo. Hacia las ocho o las nueve de la tarde, Warren solía llamar al motel para decirle dónde quedaban.

«Parece que Warren está hoy de buen humor», decía alguien dondequiera que se encontrase con él.

«Esta noche Warren está inspirado».

«Warren es incorregible».

«No conozco a nadie tan incorregible como Warren».

La textura de la vida en aquellas habitaciones en las que Charlotte se encontraba con Warren era tan reconcentrada que, aparentemente, hasta allí no había llegado la noticia de que ella hubiera estado casada con él durante varios años y de que ambos fueran los padres de una chica cuya foto aparecía en todas las oficinas de correos y gasolineras del condado.

Ella era la «amiga de California» de Warren.

Ella estaba de «visita con Warren».

Warren estaba «enseñando el Sur a la señora Douglas».

—¿Por qué mientes? —le preguntó Charlotte al término de una de aquellas veladas—. ¿Por qué finges que soy solamente una conocida tuya embarazada a la que estás enseñando Biloxi?

—No miento. Estás solo de visita. Te marcharás.

—Eso no es lo que me obligas a decir en la cama.

—No hables de lo que te obligo a decir en la cama. No hables de ello; si lo haces, se estropea. No entiendes nada.

«Podríamos habernos pasado la vida haciendo esto», había dicho Warren.

«Deberíamos pasarnos la vida haciéndolo», había dicho Warren.

«Deberíamos habernos pasado la vida haciendo esto, deberíamos hacerlo durante toda nuestra vida».

—Yo no quiero dejarte nunca —dijo Charlotte.

—No —dijo Warren—, pero lo harás.

Al cabo de unos días, dejó de helar por las noches y la zanahoria silvestre empezó a brotar en las cunetas y todas las noches terminaban mal.

Al cabo de unos días, desapareció la niebla de los pantanos al amanecer y lo único que Charlotte deseaba era una noche que no terminara mal.

Al cabo de unos días, apareció la chica de Howard Hollerith.

—¿Qué crees que habrá hecho Marin hoy? —preguntó Charlotte una noche en el coche cuando creía que la chica de Howard Hollerith dormía en el asiento trasero.

—Jugar al tenis —dijo Warren—. Hoy, Marin habrá jugado al tenis.

—¿Qué Marin? —dijo la chica de Howard Hollerith.

—Mira con quién me vas a dejar —le dijo Warren a Charlotte.

Una mañana de mayo o junio, en la cafetería de una Holiday Inn a las afueras de Nueva Orleans, Charlotte leyó otro reportaje en el que Leonard volvía a decir que Charlotte estaba «de viaje con unos amigos». En esta ocasión Charlotte leyó el artículo varias veces y memorizó la frase. Pensó que tal vez hubiera malinterpretado la situación. Posiblemente Leonard, Warren y la Associated Press tenían razón. Ella simplemente estaba de viaje con unos amigos, y Warren y la chica de Howard Hollerith, que dormían en la cama detrás de la segunda puerta pasada la máquina de hielo, eran simplemente los amigos con los que ella viajaba. Tranquilizada con aquel montaje, Charlotte se tomó otra taza de café y se lanzó al crucigrama del *Picayune*.

6

Lo último que Charlotte Douglas recordaba antes del club de campo Mountain Brook de Birmingham era haber estado sentada leyendo en el interior de la cerca que rodeaba la piscina del hotel Howard Johnson en Meridian. El Howard Johnson estaba justo a la altura de una curva de la interestatal, entre Nueva York y Nueva Orleans y, durante toda la tarde, los enormes camiones articulados que venían del norte parecían precipitarse contra la cerca para luego girar hacia el sur. La vibración le producía dolor de muelas. El extremo menos profundo de la piscina estaba abarrotado de chicas, prematuramente rellenas, que celebraban una despedida de soltera. Hablaban como si solo hiciera uno o dos años que hubieran dejado el instituto pero fueran ya jóvenes matronas, con cuidado de no salpicarse una a otra el pelo cardado y con laca. Después de un rato, llegó el futuro marido con un compañero de la oficina. El novio y su amigo, jóvenes regordetes vestidos con camisa blanca de manga corta, dejaron dos packs de seis latas de cerveza en una mesa de metal húmeda, abrieron todas las latas y empezaron a beberse la cerveza. Parecía que en aquella ciudad todo el mundo engordaba pronto. Bien fuera por deferencia o por indiferencia hacia sus propias mujeres, los hombres hacían caso omiso de los grititos que provenían de la piscina y, en cambio, se dedicaron a mirar a Charlotte mientras se tomaban la cerveza.

—Alguien ha metido un bollo en ese flaco hornito y no me importaría haber sido yo —dijo uno de ellos.

—No sabía que este Howard Johnson tuviera calificación X —dijo el otro.

Levantó una lata como si se la ofreciera a Charlotte, y el otro se rio. Charlotte se sentía vieja, torpe y vagamente humillada; era una mujer de casi cuarenta años, con un cuerpo disfrazado de jovencita, una caricatura de lo que ellos creían que era. Cuando volvió a su

habitación, Warren había apagado el aire acondicionado, tenía las ventanas cerradas y todas las mantas y colchas de las dos camas apiladas sobre él. En Meridian, Warren tenía ya escalofríos y sudores todos los días mientras dormía. En Meridian, ya no dormía por las noches. En Meridian, la chica de Howard Hollerith ya no estaba con ellos. Charlotte se imaginaba que en algún sitio habría habido una pelea, pero no la recordaba.

—No se me levanta —le dijo Warren cuando ella trató de despertarle—. Nena, nena, no se me levanta.

—No me importa —dijo ella—. No es eso lo que quiero.

—No me dejes. No me dejes otra vez.

—Cómo iba a dejarte. No te despiertes.

«Cómo iba a dejarte».

«Del mismo modo que dejaste a todo el mundo».

—Te gustaba mucho —dijo Warren—. Nunca he conocido a nadie que le gustase tanto como a ti. Conozco a una chica en Birmingham a la que le gusta casi tanto como a ti. Iremos a hacerlo con ella. Quiero verte con Julia.

—Antes no me gustaba eso.

—¿Lo habíamos hecho antes?

—Con la chica de Howard. No me gustó.

—Te gustó mucho.

«Podríamos habernos pasado la vida haciendo esto».

«Deberíamos pasarnos la vida haciéndolo», había dicho Warren.

«Deberíamos habernos pasado la vida haciendo esto, deberíamos hacerlo durante toda nuestra vida».

«Si hablas de ello, se estropea».

Era una mujer de casi cuarenta años a la que le molestaban los empastes cuando la autopista vibraba. Era una mujer de casi cuarenta años a la espera de la noche en que tuviera que llamar para conseguir el Demerol. Cuando Warren se despertó a la puesta del sol, la llevó a ver una película en un autocine y se bebieron una botella de bourbon en el coche, pasaron bajo los grandes arcos de luz rosada y condujeron el coche alquilado a toda velocidad de regreso a Birmingham. Cuando las peonías se hincharon y estallaron detrás de sus párpados en la

clínica Ochsner, resplandecieron como los grandes arcos de luz rosada a lo largo de todo el camino hasta Birmingham. Ella podía cuidar a alguien o alguien podía cuidarla a ella, y al final todo era lo mismo.

Mérida.

Antigua.

Guadalupe.

¿Cómo te iba a dejar?

Del mismo modo que dejaste a todo el mundo.

Quiere que huyas de aquí como has huido de todo lo demás en tu vida.

«Dile que te dije que todo daba igual».

El aeropuerto del presidente general Luis Strasser-Mendana, fallecido.

«Díselo de mi parte».

CINCO

1

El petróleo a punto de brotar en los pozos produce un sonido que un oído atento puede percibir.

Como los terremotos.

Los volcanes a punto de entrar en erupción transmiten durante días y semanas antes de su explosión una señal llamada «temblor armónico».

Del mismo modo, yo percibo con varios meses de antelación cuando está a punto de producirse una «transición» en Boca Grande. La presencia esporádica de un tanque en la avenida Centrale. Centinelas con fusiles en el tejado del palacio presidencial. Por razones que nunca he comprendido, las tarifas postales empiezan a fluctuar misteriosamente. Se desata una creciente manía por la construcción, por conseguir una tajada mientras dure el gobierno: se multiplican las sociedades anónimas falsas, se produce una metástasis de las nóminas fantasma. Nadie tiene oficina, pero todos tienen un apartado de correos. Se pone en marcha un juego y el «ganador» será el jugador que lleve su ficha al Ministerio de Defensa; el juego tiene ciertos movimientos rituales: quienquiera que desee conseguir el ministerio ese año, primero deberá involucrar en el juego a los *guerrilleros*. Da la impresión de que los *guerrilleros* creen que juegan solos, pero en realidad son una distracción, un elemento disruptivo colocado en el tablero solo para ser «sometido» por un «líder más fuerte». Las armas y el dinero empiezan a llegar a los *guerrilleros* por los canales habituales. Empiezan a aparecer fotocopias de comunicados y detienen a veinte personas para interrogarlas. Se informa de que unas cuantas se han suicidado en la cárcel y otras cuantas se han exiliado, pero meses más tarde, misteriosamente, detienen a las mismas veinte personas para volver a interrogarlas.

La proximidad de los *guerrilleros* provoca una creciente frivolidad que define el tono social de la ciudad: se programan muchos bailes y

se inician multitud de relaciones adúlteras.

Muchos ciudadanos adoptan excéntricos horarios para ajustarse a los términos de su póliza de seguros contra secuestros.

El *presidente*, quienquiera que juegue a ser el *presidente* en ese momento, cae enfermo y se le urge a pasar un periodo de convalecencia en Bariloche, Argentina.

Gerardo llega y se queda para la batalla.

Estos acontecimientos en Boca Grande se presentan invariablemente en el exterior como signos de una revuelta popular, pero no lo son. NUEVA CESIÓN DE LA DEMOCRACIA EN BOCA GRANDE, recuerdo que decía uno de los titulares del *New York Times*. Creo que Victor era el cesionario de la democracia en cuestión.

Desde el principio le dije a Charlotte que oía el temblor armónico, pero Charlotte no me prestó atención.

Al parecer, Charlotte había agotado todas sus reservas de atención.

2

Ahora pienso que al principio ella se quedó en Boca Grande porque no le exigía atención. Recuerdo que, al inicio de mi matrimonio con Edgar, cometí el mismo error con Boca Grande y con el propio Edgar, pero luego rectifiqué mis impresiones y las ajusté a la realidad. Charlotte hizo lo contrario. La ciudad debió de parecerle familiar y distante al mismo tiempo, potencialmente «atractiva», pero en modo alguno inmanejable, un lugar no muy distinto al pueblo con casas como cajas de cerillas que ella y Dickie habían construido a lo largo de un canal de riego en el rancho Hollister; un lugar que podía reajustar a su gusto de un modo que no había podido hacer con otros aspectos de su reciente itinerario. Aquí, en Boca Grande, había un hotel caja de cerillas en el que uno se alojaba y otro hotel caja de cerillas en el que uno no se alojaba. Estaba el «mejor» restaurante y el restaurante «número dos», había barrios en los que las niñeras empujaban cochecitos de niño los domingos por la tarde y barrios en los que no había niñeras que empujaran cochecitos de niño los domingos por la tarde.

No había una vida social apabullante, solo existía el Jockey Club, un lugar en el que una *norteamericana* vestida con un buen traje de lino podía esperar pasar inadvertida.

No tenía una historia apabullante, solo contaba con el Museo de la República, un lugar en el que una *norteamericana* con un bolso de seiscientos dólares podía esperar pasar una hora tranquila examinando espinetas rotas, victorias aladas de bronce y otros artefactos de la familia Strasser-Mendana.

Estaban aquellos niños, «encantadores» para Charlotte, que vendían Marlboro de contrabando a la salida del hotel Caribe; y también el acordeonista que a Charlotte le parecía «divertido» y que tocaba «You’re the Cream in My Coffee» en el vestíbulo del Caribe los sábados por la noche; y también los que a Charlotte debían de parecerle

soldaditos de juguete con sus ametralladoras de juguete en el tejado de la caja de cerillas del palacio presidencial. La noche que Victor conoció a Charlotte en la fiesta de Navidad en la embajada estadounidense y la llevó por primera vez a su apartamento de la Residencia Vista del Palacio, Charlotte abrió las cortinas, miró el palacio que estaba debajo y decidió que su tejado sería «ideal» para los fuegos artificiales que inaugurarían oficialmente el espejismo que ella denominaba ya el «Gran Festival Cinematográfico Anual de Boca Grande». Para cuando Charlotte salió del apartamento de Victor aquella noche, su festival ya no era solo «anual», sino también *internacional*.

Había unas cuantas cosas que Charlotte no consideraba juguetes.

Consideraba «real» la embajada estadounidense, y dejaba allí sus tarjetas de visita metidas en sobrecitos forrados que llevaban grabado en relieve «Tiffany et Cie» y nunca prestaba atención a los obreros que todas las mañanas limpiaban las obscenidades de los blancos muros de piedra caliza.

Consideraba «real» la proximidad a Caracas, y todos los días miraba el mapa para asegurarse de ello y nunca supo que los cuatro carriles de la *carretera del Libertador* a Venezuela, señalada muy claramente en los mapas, solo existía en los mapas y tal vez en el recuerdo de quienquiera que hubiera desviado los fondos de la Alianza destinados a la *carretera* para usarlos en la construcción de la Residencia Vista del Palacio.

Creo que fue Victor, pero pudo haber sido Antonio.

Desde luego, no fue Luis.

Luis era el Libertador en cuya memoria se construiría la *carretera*.

Ahora pienso que incluso pudo haber sido Edgar, pero quedan ciertos aspectos en los que yo, como Charlotte, prefiero mi propia versión.

En realidad, Charlotte consideraba «real» y crucial para ella todo lo referente a la situación geográfica de Boca Grande: de una forma imprecisa, Charlotte creía que se había situado en el cuello de útero del mundo, el lugar por el que una hija arrebatada por la historia acabaría pasando… Charlotte no creía literalmente que Marin fuera a

aparecer en Boca Grande, pero no lo dudó de veras hasta aquel día de septiembre en que Leonard le dijo dónde estaba realmente Marin. Hasta aquel día en que supo con certeza que Marin no era víctima de las circunstancias, Charlotte creía, sin haberse detenido a pensarlo, que una noche estaría sentada en el Jockey Club y el camarero le diría que una chica rubia que se le parecía había pasado por la cocina para solicitar un empleo de camarera. Hasta aquel día en que supo con certeza que Marin no la buscaba, Charlotte creía instintivamente que una mañana estaría en el aeropuerto comprando el *Miami Herald* y oiría una voz como la suya en la pista de aterrizaje.

Charlotte y Marin compartirían una habitación, pedirían chocolate caliente al servicio de habitaciones, se sentarían en la cama y se pondrían al día.

Charlotte y Marin comprarían un vestido para Marin, encargarían que le hicieran a Marin la manicura y restablecerían el sistema nervioso de Marin a base de consomé y siestas.

Y cuando Marin se recuperase, Charlotte y Marin conducirían hasta Caracas por los cuatro carriles de la *carretera del Libertador*, Charlotte y Marin volarían a Bogotá y Charlotte le enseñaría los Andes a su única hija.

Su única hija.

Su hija mayor.

La única hija a la que había puesto un vestido de linón floreado el día de Pascua.

Una cosa más de Boca Grande que Charlotte consideraba «real» era el aeropuerto.

Por supuesto, el aeropuerto.

Tal vez porque creía en el aeropuerto, en la embajada estadounidense y en la *carretera del Libertador* de cuatro carriles que llevaba hasta Venezuela, no experimentó en un principio el peso del aislamiento que afecta a la mayoría de los visitantes que llegan a Boca Grande. Tal vez porque en aquellos primeros días Charlotte no tenía cartas que enviar ni que recibir, no se dio cuenta de que el servicio de correos era cada vez más esporádico, que los buzones de toda la ciudad rebosaban de cartas y que se estaba desarrollando un mercado

filatélico. Tal vez porque durante un tiempo Charlotte no tuvo que hacer ni recibir llamadas, no se dio cuenta de que las líneas telefónicas dejaban de funcionar cada vez más tiempo, de que las llamadas a Miami se hacían a través de Quito y de que la embajada estadounidense recurría a sus transmisores de radioaficionado para los contactos rutinarios con su consulado en Millonario.

Se dio cuenta de que las luces del Capilla del Mar se parecían a las de los Jardines de Tívoli.

No se dio cuenta de que las hendiduras en la barandilla del porche del Capilla del Mar parecían producidas por disparos de ametralladora.

—En realidad, no me interesa en absoluto —me dijo Charlotte—. En serio.

En marzo le dije a Charlotte que posiblemente llegara un día en que su presencia en ciertas situaciones podría considerarse un asunto «político».

—En realidad, yo no soy «política» para nada —me dijo Charlotte—. Quiero decir que mi cabeza no funciona de esa manera.

En abril, le dije a Charlotte que llegaría un día en que tendría que marcharse de Boca Grande.

Mientras tanto, Charlotte esperaría a Marin en esta capital en miniatura donde no es necesario que nada sea real. Durante su espera, Charlotte sería una observadora interesada de todo lo que viera. Charlotte sería una turista; una viajera de buena voluntad y buenas credenciales, y sin recuerdos de cómo crecía una buganvilla en la pared de un hotel de Mérida o de cómo la gente podía hincharse en una habitación de hospital en Nueva Orleans. Si Gerardo no hubiera venido a casa, Charlotte podría haber mantenido esta ficción, aunque cada vez tengo más dudas.

Tal vez en esta historia, Gerardo no sea el protagonista que yo creía que era.

Tal vez solo Charlotte Douglas y sus maridos lo fueran.

Tal vez solo Charlotte Douglas sea la protagonista, puesto que fue Charlotte la que decidió quedarse.

3

—Huele usted a estadounidense —fue lo primero que Gerardo le dijo a Charlotte Douglas.

—Me pregunto si será porque lo es —dijo Elena.

—Me pregunto si yo también huelo igual —dijo Ardis Bradley.

Ahora no recuerdo por qué invité a Charlotte a tomar una copa aquella tarde. Era el segundo día que Gerardo estaba en casa y me había dicho que quería ver solo a la familia, a Tuck y Ardis Bradley y a Carmen Arrellano, que había frecuentado a Antonio desde la última visita de Gerardo y que aquella tarde en concreto estaba enfurruñada, tumbada en una hamaca, ignorando a su prima, que estaba pasando las gambas. Hasta entonces, la única persona a la que Carmen Arrellano había saludado era Antonio y tampoco es que hubiera hablado con él. Se había limitado a incorporarse ligeramente cada vez que él pasaba delante de la hamaca en la que ella estaba tumbada.

Pero Charlotte.

Yo aún no era amiga de Charlotte.

Había llegado a Boca Grande en noviembre. En diciembre, Victor y yo la habíamos conocido en la embajada, y Gerardo llegó a casa a finales de enero o primeros de febrero. Yo todavía no había visto las fotos en *Vogue* de la última noche que había pasado con su segundo marido. Todavía no había conocido a su primer marido en Nueva Orleans. Yo acababa de empezar mi tratamiento con bomba de cobalto y a menudo me encontraba cansada, impaciente y, en general, más concentrada en alguna bacteria gramnegativa de las que estaba estudiando que en aquella mujer a la que no comprendía.

Supongo que invité a Charlotte para desconcertar a Victor.

Victor se jacta de que cualquier mujer que él toca queda inservible para las relaciones sociales normales.

En realidad, no tengo ni idea de por qué invité a Charlotte.

Solo recuerdo que Charlotte llegó tarde, cuando el sol se ponía, y

también recuerdo cómo la miraba Gerardo mientras ella atravesaba el césped con la última luz de la tarde a su espalda. Recuerdo su vestido, un vestido de batista fina con flores silvestres pálidas que le llegaba a los tobillos. Recuerdo sus sandalias de tacón. Recuerdo haber pensado que tenía un aspecto absurdamente frívolo y al mismo tiempo suavemente «trágico», una palabra que no me gusta mucho y que no suelo emplear.

—Mira qué vestido de *bebé* —dijo Elena mirando a Gerardo—, y no se puede decir que ella sea un bebé.

—Realmente original —dijo Ardis Bradley—. Si es lo que te va.

Pero Gerardo solo miraba a Charlotte Douglas.

Recuerdo que la hierba estaba húmeda y Charlotte caminaba muy lentamente y que cuando se tropezó con la cabeza de un aspersor, se detuvo para quitarse las sandalias de tacón, y avanzó descalza hacia nosotros.

—Muy a lo *déjeuner sur l'herbe* —dijo Elena.

—California —dijo Ardis Bradley.

Recuerdo que Charlotte me dio un beso distraído y se dejó caer en una mecedora sin decir palabra.

Huele usted a estadounidense.

Me pregunto si será porque lo es.

Me pregunto si yo también huelo igual.

Y aun así Charlotte no dijo nada.

—No conoce a mi hijo —recuerdo haber dicho en medio de aquel silencio—. Gerardo, la señora Douglas. La señora Douglas se hospeda en el Caribe.

Pero Gerardo no dijo nada, se limitó a tocar el pelo de Charlotte, un roce tan vacilante que casi no la rozó.

Casi no fue un roce.

Pero lo fue.

—Extraordinario —dijo Elena.

—Me pregunto cómo huelen exactamente las estadounidenses —dijo Ardis Bradley.

Charlotte se puso de pie y sin dejar de mirar a Gerardo se echó el pelo que este había tocado hacia atrás. Después, sin saber muy bien

qué hacer con las manos, jugueteó con la batista de la falda. Parecía insegura, enferma, dominada por alguna fiebre que no comprendía y, cuando alargué la mano para calmarla, Charlotte dio un respingo y retrocedió.

—No me gusta el Caribe —fue la segunda cosa que dijo Gerardo a Charlotte Douglas.

Lo dijo en voz baja, pero en un tono tan conversacional y tan normal que en los minutos que siguieron, observé cómo Ardis Bradley lanzaba opiniones a favor y en contra del Caribe.

Elena, no.

El único instinto que Elena había desarrollado era el de percibir la corriente sexual.

—Quiero que alquile un apartamento —fue lo tercero que Gerardo dijo a Charlotte Douglas.

4

La corriente sexual.

La recurrencia a la imaginería bucólica para explicar esa corriente siempre me ha parecido curiosa y decadente.

La sublimación en la vara florida de San José.

El romance de la rosa.

Igualmente engañosos.

Como de costumbre, prefiero un punto de vista mecánico.

Lo que Charlotte y Gerardo hicieron aquella tarde fue invertir por completo el campo de neutrones del césped de mi jardín y agotaron, perturbaron y alteraron no solo el ánimo sino posiblemente la estructura celular (me interesa esa posibilidad) de todos los que estaban allí. Charlotte no le dirigió la palabra a Gerardo, únicamente se volvió y complicó a Tuck Bradley en uno de aquellos monólogos reflexivos suyos que tendía a iniciar en un momento de distracción. Con frecuencia, me daba la sensación de que aquellos monólogos tenían para Charlotte la misma función protectora que tiene la tinta para un calamar. Ese monólogo trataba de si Tuck Bradley había asistido alguna vez a un juicio en el que Leonard hubiera llevado a cabo «uno de sus deslumbrantes interrogatorios» (Tuck Bradley no había asistido a ninguno); de lo que Tuck Bradley pensaba de la lotería nacional (Tuck Bradley veía tanto «ventajas como inconvenientes»); de lo que Tuck Bradley pensaba sobre el asesinato en Estados Unidos (Tuck Bradley lo encontraba «deplorable») y de qué hoteles «poco convencionales» podía recomendarle Tuck Bradley en París.

Tuck Bradley le recomendó el George V.

—¿Y en Londres? —preguntó Charlotte con un tono repentinamente fatigado, sin volverse para encontrar la mirada de Gerardo.

—Yo diría… que el Savoy —dijo Tuck Bradley mientras apretaba el tabaco de su pipa.

Charlotte cogió una copa de una bandeja, y yo esperé a ver lo que hacía con ella. Charlotte nunca se «tomaba» realmente una copa. A veces la vaciaba como lo haría un niño; jugueteaba con el hielo y, a menudo, simplemente la dejaba. Esta vez, la depositó con cuidado, sin probarla, en un banco revestido de azulejos.

—O el Claridge —dijo Tuck Bradley.

Se produjo un silencio.

—Quiero apuntar todo esto —dijo Charlotte vagamente, dio media vuelta y se alejó de Tuck Bradley.

Gerardo la contempló mientras ella corría por el césped. Victor la contempló mientras ella corría por el césped.

Antonio, agachado en el césped junto a la hamaca de Carmen Arrellano, contemplaba a Gerardo y a Victor.

—Esto es cautivador, pero ya puedes llevarme a casa —dijo Carmen Arrellano a Antonio.

—Zorra *norteamericana* —dijo Antonio sin moverse.

—Y supongo que otra posibilidad en París sería… —Tuck Bradley continuaba apretando el tabaco de su pipa—. El Plaza Athénée.

—Sin duda querrá apuntarse también ese dato —dijo Elena—. Es posible que puedas alcanzarla y decírselo. El Plaza Athénée. ¿Vamos a ir a cenar? ¿Alguien viene a *le* Jockey?

—¿Dijo Charlotte Douglas que iba a París? —preguntó Ardis Bradley.

—«*Le* Jockey» —dijo Carmen Arrellano a Antonio—. Escucha a Elena. Tu interesante cuñada se cree que está en París. Yo no quiero cenar.

—Quiero decir que si se va a París no se encontrará con su marido —dijo Ardis Bradley.

Miré a Ardis Bradley.

No podía haberse tomado más de dos copas, pero tenía mal beber.

Nadie más parecía haber oído lo que ella había dicho.

—«Yo» sí quiero cenar —dijo Elena—. Y también quiero ir a París.

—Pues vete a París. —Antonio se incorporó. Alguna reacción química de su cerebro parecía haberle provocado otro de sus ataques de ira. A mí me interesaba el metabolismo celular de Antonio—. Vete

a París o vete a Ginebra. Cómprate un loro o cómprate dos y regálale uno a tu amiga, la zorra *norteamericana*.

—La zorra *norteamericana* no es amiga de tu cuñada —murmuró Carmen Arrellano desde las profundidades de su hamaca—. La zorra *norteamericana* es amiga de Victor.

—Carmen, Gerardo te llevará ahora a casa —dijo Victor con voz clara y cansada. Tenía los ojos cerrados—. ¿Verdad que sí, Gerardo?

—No —dijo Antonio—. No la llevará.

—Antonio llevará a Carmen a casa —dijo Gerardo. Aún seguía mirando el césped—. Antonio llevará a Carmen a casa o Antonio llevará a Carmen a Arizona. Con Isabel y el doctor Schiff. Como Carmen prefiera. ¿Qué hace aquí esa mujer?

—¿Quién? —preguntó Victor.

—La señora Douglas.

—Para ser más precisos, ¿por qué estás tú aquí? —Victor no abrió los ojos—. ¿Por qué no estás deslizándote en trineo por algún sitio?

—Pensé que mi país me necesitaba —dijo Gerardo, sin volverse—. La *patria*, Victor. Para bien o para mal. ¿Dónde está exactamente el señor Douglas?

El único sonido era el de la furgoneta de DDT que todos los días al atardecer pasaba delante de la casa para fumigar.

—En Caracas —dijo Ardis Bradley.

Esta vez, todos parecieron haber oído lo que Ardis Bradley había dicho.

—O al menos allí estaba cuando llamó a Tuck.

Victor abrió los ojos y la miró fijamente.

—¿No era en Caracas, Tuck?

—No tengo ni idea. —Tuck Bradley se puso de pie—. Ya es hora de irse, Ardis.

—Siempre he odiado esa frase. «Ya es hora de irse, Ardis». Me dijiste que estaba en Caracas.

—Vamos a cenar, Ardis.

Ardis Bradley se puso de pie tambaleante.

Yo contemplaba cómo la nube de DDT se posaba sobre las larguiruchas rosas al fondo del jardín.

Pensé que mi intento de cultivar rosas y césped en el ecuador era una quimera digna de Charlotte Douglas.

Uno de cuyos maridos parecía estar en Caracas.

Ninguna quimera.

—¿Vendrá aquí? —preguntó Victor de repente.

—Espero que no —dijo Tuck Bradley con una sonrisa; tomó del brazo a Ardis Bradley y después de que se marcharon nadie habló durante un buen rato.

Creo que a nadie le preocupaba cenar aquella noche, salvo Charlotte, a la que vieron en el Jockey Club como de costumbre y que, según los informes, no solo comió el *plato frío* y la langosta, sino también dos porciones de flan.

En aquel momento, me sorprendió.

En aquel momento yo no tenía ni idea de lo ajena que era Charlotte Douglas al revuelo que podía causar en el campo de neutrones de una habitación o de un jardín.

5

En realidad, Leonard Douglas no llegó a Boca Grande aquella primavera.

Leonard Douglas no llegó a Boca Grande hasta primeros de septiembre, en una época en la que el aeropuerto permanecía cerrado parte del día, mientras las compañías aéreas negociaban con los *guerrilleros*, y en la que se cacheaba sistemáticamente a los huéspedes del hotel Caribe antes de entrar al comedor.

No tengo ni idea de si alguna vez tuvo intención de venir en primavera ni tampoco qué le había dicho a Tuck Bradley cuando le telefoneó.

Ni qué le preguntó.

Ni Ardis ni Tuck Bradley volvieron a mencionar nunca aquella llamada desde Caracas.

Si Leonard llamó desde Caracas para preguntar por Charlotte, nunca llegó a dar el paso siguiente y llamó a la propia Charlotte. Victor tenía intervenidos sus teléfonos, el del hotel Caribe y el del apartamento en la avenida del Mar que alquiló a la semana siguiente de conocer a Gerardo, y, al menos hasta la semana en que los *guerrilleros* destrozaron el sistema central de control de llamadas, no había ninguna llamada registrada de Leonard Douglas a Charlotte Douglas.

Por otro lado, tampoco había ninguna grabación de la llamada de Leonard Douglas a Tuck Bradley, lo cual deprimió a Victor y le hizo sospechar del equipo de vigilancia de la embajada.

Creo que sometió a todo el equipo a lo que él llamaba «vigilancia interna», pero resultó ser solo otro caso de fallo mecánico.

Aquello ocurría con la mayoría de cosas del ministerio.

Recuerdo que pensé que a Victor no le importaría demasiado entregar el ministerio a cualquiera que intentara hacerse con él aquel año.

—¿Sabes que Gerardo aún sigue viendo a la *norteamericana*? —preguntó Victor una mañana de marzo.

Sabía que estaba molesto porque había venido a verme a mi laboratorio. A Victor no le gusta verme en mi laboratorio. Le suda la frente y se le contraen las pupilas. He visto cómo funciona el sistema de tabús en muchas culturas para saber con precisión cómo se siente Victor respecto a mí en el laboratorio: Victor desconfía del método científico y mi familiaridad con dicho método me otorga cierta superioridad sobre él.

Así pues, en mi laboratorio soy particularmente tabú.

Para Victor.

Durante años utilice ese tabú en beneficio propio, pero ya no estoy tan segura de que Victor no tuviera razón.

—Creo que están «saliendo», Victor. —No levanté la cabeza de lo que estaba haciendo—. Yo también la veo. ¿Qué ocurre?

—No estoy hablando de que tú la veas.

—La llevé a Millonario. Mató un pollo. Con sus propias manos.

—No estoy hablando de que tú la veas o de que los pollos la vean. Estoy hablando de que Gerardo la ve. Le han visto entrando y saliendo a todas las horas. No me gusta.

—¿Por qué no haces que lo deporten? —dije.

Victor cambió de táctica.

—Estás muy sofisticada últimamente.

No dije nada.

—Muy tolerante.

No dije nada.

—Supongo que con tu vasta sofisticación y tolerancia no te importará que tu hijo también pase el rato con el maricón. El maricón de las Antillas. Sea cual sea su nombre de batalla con el que no estoy familiarizado.

Cambié un fragmento de tejido de una solución a otra.

Victor se refería a Bebe Chicago.

A Victor le resultaba tan familiar como a mí el nombre de Bebe Chicago, probablemente incluso más, porque todas las mañanas a las

nueve en punto, Victor recibía un informe detallado sobre Bebe Chicago.

Con el café.

—A veces me pregunto si tu hijo tiene esas inclinaciones.

—Pues si es así, no hay necesidad de preocuparse por la *norteamericana*.

Victor tamborileó con los dedos en un frasco y se quedó mirándome durante un rato sin decir nada.

—El antillano financia a los *guerrilleros* —dijo repentinamente—. Da la casualidad de que me he enterado.

—Ya sé que «da la casualidad de que te has enterado», Victor. Me lo dijiste hace un año. Cuando Gerardo y Elena eran una carga enorme para ti.

—¿No te importa que ese antillano esté financiando a los *guerrilleros*?

—Tampoco a ti te importa mucho. Si te importara, lo arrestarías.

—No lo arresto porque no quiero violentar a tu hijo.

No dije nada.

Victor me habría arrestado a mí si pensara que la jugada podía salirle bien.

—Entonces, muy bien —dijo Victor—. Dime tú por qué no lo arresto.

—No lo arrestas porque quieres saber quién le financia a él. Por eso no lo arrestas.

Victor siguió sentado, en silencio, tamborileando los dedos en el frasco.

Era la habitual ecuación sin resolver del temblor armónico de Boca Grande.

Si Bebe Chicago dirigía a los *guerrilleros*, entonces X debía estar dirigiendo a Bebe Chicago.

¿Quién era X?

Esta vez.

Ahí estaba. Los *guerrilleros* organizarían sus «expropiaciones» y lanzarían sus comunicados sobre la «revolución popular», y todos sabrían quién financiaba a los *guerrilleros*, aunque por unos instantes

nadie sabría quién se beneficiaba de que los *guerrilleros* fuesen financiados. Al final, dispararían a todos los *guerrilleros* y saldrían a la luz los verdaderos actores.

Mirabile dictu.

Personas que conocíamos.

Recuerdo que Luis utilizó a los *guerrilleros* contra Anastasio Mendana-López y también recuerdo que Victor utilizó a los *guerrilleros* contra Luis.

Solo lo pienso.

Nunca tuve la certeza. No empíricamente.

Desde luego, en ese caso, resultaría que era Antonio quien utilizaba a los *guerrilleros* contra Victor, pero nadie lo entendió así en marzo.

Salvo Gerardo.

Gerardo lo entendió así en marzo.

Tal vez Carmen Arrellano lo entendió así también en marzo.

Charlotte nunca llegó a entenderlo.

Tampoco yo tuve esa certeza. No empíricamente.

—Supongo que tú sí que sabes quién maneja al antillano —dijo Victor al cabo de un rato. Aún seguía tamborileando los dedos en el frasco: una ráfaga de golpecitos, un repiqueteo constante—. Supongo que en tu infinita sabiduría sabes quién maneja al antillano y un día te dignarás decírmelo.

—Pero, Victor, ¡cómo voy a saber quién maneja al antillano! No soy la ministra de Defensa. ¿Quieres echar un vistazo a ese frasco que golpeas? Es virus del cáncer. —No era virus del cáncer, pero quería reforzar el tabú—. Vivo.

Victor se puso en pie bruscamente.

—Asqueroso —dijo finalmente—. Repugnante. Nauseabundo. Solo de pensarlo me dan ganas de vomitar.

—¿Te refieres al virus del cáncer o a los *guerrilleros*?

—Me refiero —susurró con voz rota— a la clase de mujer que mataría a un pollo con sus propias manos.

Aquella mañana pensé que Charlotte Douglas estaba adquiriendo

algunas características del tabú.

Lo que podría haberle resultado beneficioso.

Si Victor hubiera estado al mando del Estadio Nacional en lugar de estar en Bariloche esperando con el *presidente* el desarrollo de los acontecimientos.

6

Cuando Marin Bogart me preguntó sin mucho interés qué había «hecho» su madre en Boca Grande, se me ocurrieron muy pocas cosas que decir.

Muy pocas cosas que Marin Bogart hubiera podido entender.

Una niña perdida en una sucia habitación de Buffalo.

Una niña que no mostraba ningún interés por el pasado.

Ni por el futuro.

Ni por el presente.

Hasta donde yo era capaz de ver.

—Trabajaba en una clínica —dije.

—Caridad —dijo Marin Bogart.

La acusación se interpuso entre nosotras durante unos momentos.

—En realidad, cólera —dije.

Marin Bogart se encogió de hombros.

El cólera era una enfermedad de la que Marin Bogart había estado protegida, como de la difteria, la tosferina, el tétanos, la tuberculosis, la poliomielitis y las caries prematuras.

Cólera era una de esas palabras que Marin Bogart no entendía.

—Y después trabajó en una clínica de control de natalidad.

—Clásico —dijo Marin Bogart—. Absolutamente clásico.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso de «clásico»?

—El control de natalidad es el ejemplo más flagrante de cómo la clase dirigente practica el genocidio.

—Tal vez no sea el más flagrante.

Una hija perdida en una sucia habitación en Buffalo con platos en el fregadero y una M-3 sobre la cama.

Una hija que nunca fue muy hábil con las palabras, pero que había aprendido finalmente a encadenarlas de forma que casi pareciesen frases.

Una hija que eligió creer que su madre había muerto en el bando

equivocado de una «revolución popular».

—No hubo bando acertado —le dije—. No hubo una razón para la lucha. Solo hubo…

—Eso es típicamente…

—Solo hubo personalidades enfrentadas.

—Eso es… un punto de vista típicamente burgués del proceso revolucionario.

Tenía los ojos de Charlotte.

Tal vez en esta narración no haya protagonista.

Tal vez solo sea algo que pasó.

Si es así, ¿por qué sigue estando en mi cabeza cuando ya no hay nada más?

7

Qué había «hecho» Charlotte en Boca Grande.

No sé muy bien si lo que Marin Bogart me preguntaba aquel día era lo que su madre había «hecho» con su vida en Boca Grande o lo que su madre había «hecho» para que la mataran en Boca Grande.

En ambos casos la respuesta es oscura.

Para mí, el tema de Charlotte Douglas nunca se ha «resuelto» del todo.

Nunca se ha «resuelto».

Sé cómo crear modelos de vida, ADN, ARN, dobles hélices, simples y cuádruples, pero cuando intento crear un modelo del «individuo» Charlotte Douglas, solo veo un brillo trémulo.

Como el brillo trémulo de la capa de aceite en los bulevares de Progreso después de la lluvia.

Intentaré ofrecer una aproximación menos holística del modelo.

En abril de aquel año tuvimos una epidemia de cólera.

La epidemia de cólera en la que Charlotte se ofreció voluntaria para vacunar a la gente y lo hizo durante treinta y cuatro horas sin dormir.

Yo también puse vacunas con Charlotte, pero solo durante unas pocas horas de la primera mañana porque me sacaba de quicio que casi nadie en Boca Grande estuviese dispuesto a cruzar la calle para que le vacunasen. Todos eran *fatalistas* respecto al cólera. El cólera era una oportunidad para que Dios demostrara Su amor.

—Dejemos que lo demuestre —le dije a Charlotte al final de la primera mañana.

—Obviamente, tenemos que hacerlo atractivo —dijo Charlotte.

Lo hizo.

Se dispuso a hacerlo de forma que a los vacunados les pareciese que la vacuna no era una protección para el futuro sino la oportunidad de

obtener un pequeño beneficio aquí y ahora. Salió de la clínica y estuvo fuera una hora; compró bombones envueltos en papel de plata rosa en la cocina del hotel Caribe e hizo un trato con un azafato en paro de la Braniff que tenía acceso a los camiones de suministro del aeropuerto para que le consiguiera botellitas de whisky en miniatura. Hasta que el coronel Rafael Higuera requisó las vacunas que quedaban, Charlotte repartió estos regalos con cada dosis de 1,5 centímetros cúbicos de la vacuna Lederle de las cepas Ogawa e Inaba.

—¿Por qué no se tumbó en el suelo y se les abrió de piernas? —le dijo Antonio a Gerardo en mi salón. Era la noche del día que habían requisado la vacuna y Antonio ya había expresado su convicción de que Higuera había realizado un servicio público al evitar que Charlotte siguiera contaminando al populacho con su vacuna estadounidense. Nunca he llegado a entender por qué a Antonio le irritaba tanto cualquier cosa que Charlotte hiciera. Supongo que se debía a que era *norteamericana*, mujer y un elemento impredecible. Supongo que era como una versión mía en la que él podía descargar su rabia—. Pregúntale a la gran dama por qué Charlotte no se limitó a hacer eso. Higuera no fue lo bastante lejos.

—¿Hasta dónde debería haber llegado? —dijo Gerardo, dirigiéndome una tenue sonrisa.

—Una vez me tiró a los pies su delantal de enfermera —dijo Antonio—. Solo una vez.

—¿Qué habrías hecho? —preguntó Gerardo.

—Darle un tiro —respondió Antonio.

—Darle un tiro —repitió Gerardo.

—Entre los ojos.

—Parece exagerado —dijo Gerardo.

—¿Cómo puedes tomártelo a broma? —le dije a Gerardo.

—¿Cómo puedes tú no tomártelo? —me dijo Gerardo.

Durante la semana que siguió al requisamiento de la vacuna, Charlotte no me dirigió la palabra; habló con Gerardo superficial y distraídamente y se supo que hizo dos llamadas a Leonard Douglas que no se completaron. Al final de la semana, me ofreció su versión edulcorada del requisamiento de las vacunas, la versión en la que el

ejército ofrecía sus recursos al programa de vacunación, la versión en la que ella simplemente había malinterpretado a Higuera, la versión en la que él nunca le había propuesto venderle la vacuna, sino que simplemente le había expresado su preocupación por si ella se había vacunado o no; una vez que hubo llegado a esta versión, Charlotte no volvió a mencionar el cólera nunca más, aunque la gente continuó muriendo de la enfermedad durante varias semanas más.

Después de la epidemia de cólera, pareció recurrir con menos frecuencia que en mayo y junio a inconcretas afecciones gastrointestinales, y desplegó aquella frenética y ostensible energía que hacía que muchos sospecharan, particularmente Elena, que era adicta a las anfetaminas. Incluso después de haber trasladado la mayoría de sus cosas al apartamento de la avenida del Mar, incluso después de haber encalado todas las paredes con sus propias manos, llenado de flores las habitaciones vacías y haber empezado a celebrar allí lo que ella llamaba sus «veladas», Charlotte mantuvo su habitación en el Caribe donde desayunaba y pasaba la mayor parte del día.

Empezó a «escribir» durante aquellos días que pasó sola en el Caribe.

Retomó su idea del «festival de cine» y escribió interminables listas de nombres: actores, directores, agentes, antiguos agentes que habían sido luego ejecutivos de estudios cinematográficos, antiguos ejecutivos de estudios que luego fueron productores independientes y lo que una vez oí que denominaba «otros promotores y agitadores». Había conocido a mucha de esa gente con Leonard y estaba convencida de que a ellos les encantaría colaborar aportando su nombre y sus películas en cuanto ella se lo pidiera.

Cosa que pensaba hacer tan pronto como completara las listas.

Se le ocurrió la idea de su «boutique» y planificó las existencias que proyectaba tener: bordados diseñados por ella y ropa de cama de Porthault, cuyo mercado potencial en Boca Grande se habría limitado a Elena, Bianca, Isabel y yo. Había conseguido que Gerardo la ayudase a buscar un local de alquiler con escaparate y estaba convencida de

que la boutique reflejaría la personalidad del vecindario una vez que ella arreglase el local para la inauguración, lo cual pensaba hacer tan pronto como Bebe Chicago sacara a sus dominicanos del local.

—Imagínese cymbidiums —me dijo la tarde que me enseñó el local —. Mazos de esas orquídeas en cestas de cáñamo. La ilusión de los trópicos. Ese es el efecto que me esfuerzo por conseguir.

En realidad, el intentar conseguir la ilusión de los trópicos en una ciudad que languidecía en el ecuador me parecía un esfuerzo bastante extraño, pero el local estaba en tales condiciones que lo único que pude hacer fue asentir con la cabeza. El local estaba mugriento y atestado de cosas, y la única ventana que había estaba cegada. En la calle, el sol de la tarde resplandecía, pero en el interior la única luz procedía de dos bombillas desnudas. En la habitación, además de Charlotte y de mí, había varios sacos de dormir, un hornillo, un retrete abierto, del que no habían tirado de la cadena, una sillita barata en la que Bebe Chicago hablaba por teléfono y una mesa en la que un hombre, al que Charlotte había presentado como el «señor Sánchez», parecía estar traduciendo al español un manual de armamento del ejército de Estados Unidos.

Charlotte parecía ajena a todo.

—Iluminado, rutilante, abierto. En las paredes un blanco hueso y en el techo, tal vez un tono cáscara de huevo más pálido. Y celosías. Montones de celosías. El señor Sánchez me está haciendo celosías —Charlotte sonrió cariñosamente al hombre sentado a la mesa, pero él no le devolvió la sonrisa—. ¿Verdad?

El «señor Sánchez» miró fijamente a Charlotte como si fuera una polilla que no hubiera visto jamás y luego se volvió hacia Bebe Chicago.

—¿Nos interesa el AR-16? —preguntó en español.

—Solo el AR-15. —Bebe Chicago colgó el teléfono y me sonrió—. Naturalmente, la mamá de Gerardo habla español, *mon chéri*.

—Imagínese un invernadero de madera atravesado por una caja de perfume Givenchy —dijo Charlotte.

—¿Puedo ofrecerle a la mamá de Gerardo un *café-filtre*? —preguntó Bebe Chicago. Se levantó con un gesto ceremonioso y colocó la sillita delante de mí—. ¿Puedo ofrecerle a la mamá de Gerardo este magnífico ejemplo de artesanía postindustrial?

Permanecí de pie.

—Posiblemente gardenias —dijo Charlotte—. No, mejor orquídeas.

Bebe Chicago sonrió y se sentó él mismo en la sillita.

—¿Puedo entonces decirle a la mamá de Gerardo cuánto admiro sus zapatos? —dijo él—. ¿Puedo decirle eso por lo menos?

—Puede decirle qué hace esa metralleta Bren detrás del retrete —dije yo.

—Esa no es una Bren —dijo Bebe Chicago al cabo de un segundo, con la voz aún melosa—. Es un Kalashnikov. Ruso. Procedente de Siria. Los chinos también fabrican uno, pero es inferior al ruso. El ruso es el mejor. Un arma realmente magnífica.

—No hablen de armas —dijo Charlotte en voz baja y tono brusco.

A partir de aquel día, pareció perder el interés por su boutique.

Durante esta etapa, Charlotte se dedicó también a sus «investigaciones».

Realizó trabajos «oficinescos».

En otras palabras, se sentaba sola en su habitación del Caribe e intentaba leer libros y escribir cartas. Intentó leer un libro sobre el analfabetismo en América Latina, pero en lugar de terminarlo, escribió una carta a *Prensa Latina*, en la que ofrecía sus servicios como autora de una «clase de alfabetización» diaria. Trató de leer *El minimum vital*, de Alberto Masferrer, pero seguía teniendo dificultades para leer en español, y llevaba más de cien páginas leídas cuando se enteró por Gerardo de que *El minimum vital* trataba de los impuestos progresivos. Ardis Bradley le prestó un volumen que era evidentemente una «guía» de Boca Grande patrocinada por la CIA. En la introducción a esa guía descubrió una invitación a enviar sugerencias para «cambiar hechos, interpretaciones o cualquier otro tipo de modificación» sobre Boca Grande a un apartado de correos de Washington.

A aquel apartado de correos de Washington Charlotte envió sus sugerencias para cambiar hechos, interpretaciones o cualquier otro tipo de modificación sobre Boca Grande.

Ella nunca recibió respuesta, pero primero Kasindorf, luego Riley y, finalmente, Tuck Bradley recibieron aviso de que ella estaba en el país.

Por si no se habían enterado.

Charlotte tampoco recibió respuesta de la mayoría de los funcionarios, agencias, escritores y editores a los que envió sugerencias para cambiar hechos, interpretaciones o cualquier otro tipo de modificación sobre un amplio abanico de temas.

Creo que principalmente fueron «otro tipo de» modificación.

El único momento malo de aquellos días en los que Charlotte pasó en el Caribe solía producirse alrededor de las cuatro.

Alrededor de las cuatro el brillo de la aceptabilidad parecía abandonar sus proyectos.

Alrededor de las cuatro solía sentarse en la habitación del Caribe recordando algo.

A veces me llamaba a las cuatro y me contaba lo que recordaba.

Por ejemplo.

Aquellos focos de luz cruzados sobre el Pollock del comedor en la casa de la calle California.

Aquellos focos de luz cruzados eran demasiado potentes o demasiado visibles, no lograba decidirse.

Aquellos focos siempre habían sido demasiado potentes, demasiado visibles.

Tal vez debería haberlos empotrado en el techo.

¿Qué me parecía a mí?

En un determinado momento de cada una de aquellas llamadas parecía que su voz perdía la serenidad, pero cuando colgaba, daba la impresión de estar casi en paz. Bajaba la escalera, se sentaba junto a la piscina y observaba a los pavos reales protegerse del calor bajo los jacarandás y cómo los empleados arrastraban los bloques de hielo por el suelo hasta la cocina del Caribe. Se imaginaba las distintas bacterias agazapadas en cada bloque de hielo. Contaba bacterias en lugar de

ovejas. Al cabo de un rato, la invadía una gran lasitud y le apetecía dormir; a veces, a última hora de la tarde, se dormía junto a la piscina del Caribe, pero por la noche, en el apartamento de la avenida del Mar no podía pegar ojo.

8

Podríamos habernos pasado la vida haciendo esto.

Deberíamos pasarnos la vida haciéndolo.

Cuéntele que dije que todo da igual.

Dígaselo por mí.

Dígale a Charlotte que estaba equivocada.

Yo nunca le dije a Charlotte lo que Warren Bogart dijo.

Creo que ella se lo oía decir todas las noches.

Algunas noches, cuando Gerardo dormía, se levantaba, recogía los vasos medio vacíos con los que los extraños que acudían a sus «veladas» salpicaban las habitaciones vacías del apartamento de la avenida del Mar y se iba caminando sola hasta un cine, al sur de la ciudad, que pasaba melodramáticas películas mexicanas durante toda la noche, historias de traición, de niños secuestrados y vejaciones sexuales. Otras noches, no salía del apartamento, sino que se quedaba en el salón junto a la ventana y escuchaba la radio. Por aquella época, a Radio Boca Grande solo le permitían emitir un número restringido de horas, pero normalmente conseguía sintonizar Radio Jamaica y a veces, incluso Radio Honduras Británica y La Voz del Caribe de la Misión de América Central de San José de Costa Rica. Una noche creyó haber cogido Nueva Orleans o Miami, música de baile de algún hotel en Nueva Orleans o Miami, pero resultó que solo era un tocadiscos del hotel Caribe. Reconoció al acordeonista.

Algunas noches, cuando ni siquiera lograba sintonizar Radio Jamaica, telefoneaba a San Francisco.

No llamaba al número de la casa de la calle California en San Francisco.

No llamaba al número de nadie que conociera en San Francisco.

Llamaba a un número de San Francisco que ofrecía una y otra vez, en una voz tan monótona que parecía de ultratumba, el informe grabado del «estado de las carreteras» suministrado por el Servicio de

Información de Autopistas de California.

La interestatal 80, a la altura de Donner Pass estaba abierta al tráfico.

La US 50 a la altura de Echo Summit estaba cerrada.

La estatal 88 a la altura de Carson Pass estaba abierta.

La estatal 89 a la altura de Lassen Loop estaba cerrada, la estatal 108 a la altura de Sonora estaba cerrada, la estatal 120 a la altura de Tioga Pass estaba cerrada.

Estas llamadas se realizaban a través de Quito y Miami, y costaba mucho establecer la conexión.

Hacia finales de mayo, estaban abiertas todas las carreteras de las que el Servicio de Información de Autopistas de California informaba regularmente.

Según Victor.

Que escuchaba puntualmente todas aquellas llamadas y creía que estaban cifradas.

—Con toda franqueza, no creo que el Servicio de Información de Autopistas de California esté conectado con los *guerrilleros* —le dije a Victor.

—Entonces, dame una sola razón para esas llamadas.

—Se siente sola, Victor. —En realidad «sola» no habría sido un adjetivo que yo hubiera usado para caracterizar a Charlotte Douglas, pero la conversación con Victor requería hablar a grandes rasgos—. Es «una solitaria», como creo que solías llamarla.

—Ya no está sola, te lo aseguro. En todas las ocasiones en las que realizó esas llamadas, salvo en una, tu hijo pasaba la noche en ese apartamento. Al que, por cierto, también suele acudir con frecuencia Bebe Chicago.

—Yo en tu lugar escucharía las llamadas de Bebe Chicago y me olvidaría de las de Charlotte.

—¡Las llamadas de Bebe Chicago! Dios me libre de una sola llamada más de Bebe Chicago. —Victor remedó con un susurro en falsete—: «¿Ricardo? Soy yo. *C’est moi, chéri*. Bebe».

—No se te da muy bien lo de imitar voces, Victor. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Lo que quiero saber, Grace, es lo que hace tu hijo mientras ella llama.

—Dormir.

—¿Dormir?

—Sí, dormir.

Victor me miró un instante y después se miró las uñas.

—Dormir —dijo finalmente—. ¿Qué clase de hombre se dedicaría a dormir?

Estaba harta de Victor aquella primavera.

También estaba harta del juego que Gerardo se traía entre manos con Bebe Chicago y los *guerrilleros* y los extranjeros a los que invitaba a las «veladas» de Charlotte en el apartamento de avenida del Mar.

Las «veladas» de Charlotte.

A veces yo también iba.

Siempre estaban allí aquellos extranjeros, gente de tercera que Gerardo usaba para su juego, cuyo objetivo parecía ser colocar su peón en el despacho de Victor con el menor número de movimientos posible. Parecía que aquel año su peón era Antonio, pero a Gerardo le traía totalmente sin cuidado quién era. Gerardo solo juega por el placer de jugar. En aquel caso, parte del juego consistía en la hábil manipulación de lo que se consideraba la «inteligencia» de Boca Grande. El objetivo era crear la ilusión de que había fuerzas que apoyaban a los *guerrilleros*; los miembros de aquella «inteligencia» eran los que, dos o tres noches por semana, se dedicaban a sembrar de vasos medio vacíos el apartamento de la avenida del Mar. Por supuesto, Bebe Chicago era uno de los habituales, así como unos cuantos «poetas» que habían publicado versos en antologías con títulos como *Vientos nuevos del Caribe*, y el cupo habitual de traductores, profesores y críticos de cine que se ganaban la vida a base de colaboraciones en periódicos y jugando a la política. Recuerdo a uno que leyó en voz alta en una cena de Charlotte un artículo que estaba escribiendo titulado «La singular posición de los intelectuales frente a la crisis del mundo subdesarrollado», y luego se lo volvió a leer por

teléfono a un amigo en Tenerife. Recuerdo a otro que fabricaba marionetas para representar las obras de Arnold Wesker en el patio de las escuelas.

No tengo ni idea de lo que Charlotte pensaba de aquella gente.

Me dijo que le parecía «terriblemente estimulante escucharlos», pero jamás la vi que «escuchara» a ninguno de ellos.

En el comedor del apartamento de la avenida del Mar, Charlotte tenía una gran mesa redonda a la que aquella gente se sentaba para hablar de lo que solían llamar «la situación auténticamente existencial del centroamericano». Charlotte se sentaba a aquella mesa con su vestido de gasa gris, pero daba la impresión de no estar realmente allí. Miraba fijamente la lámpara de queroseno en el centro de la mesa y contemplaba como las polillas se golpeaban contra el tubo de cristal. A medida que las polillas caían aturdidas sobre la mesa, Charlotte, con gesto de autómata, las barría hacia ella con una servilleta. Al final de una de aquellas veladas, había polillas amontonadas debajo de la silla, alas de polilla en su falda de gasa gris y ni la más remota idea en su mente de lo que habían estado hablando. La percepción que Charlotte tenía de aquellas veladas era tan vaga que a veces incluso invitaba a Victor, y él se sentaba rígido, manoseaba su pistola y afirmaba no entender por qué la situación del centroamericano era tan auténticamente existencial.

—En cualquier caso ¿qué se podría hacer al respecto? —recuerdo que preguntó Victor una noche—. ¿Qué significa?

Siempre que veía a Victor en una de las «veladas» de Charlotte, no podía evitar sentir simpatía hacia él.

Por lo menos era serio.

No como Gerardo.

—No te preocupes por lo que significa —le dijo Gerardo aquella noche.

—Qué significa —dijo Bebe Chicago—. Una pregunta muy complicada.

—Es enternecedor —dijo el más agresivo de los poetas.

Se llamaba Raúl Lara y trabajaba en una serie de sonetos sobre la relación madre e hijo, un regalo para Cuba, y llevaba toda aquella

velada estudiando un mango, escupiendo en él, sacándole brillo y observándolo con distintas luces.

Raúl Lara sostuvo el mango frente a los ojos de Victor.

—Un Strasser-Mendana. Un hombre de acción. Atrapado en las arenas movedizas del tiempo, y nos pregunta a nosotros qué significa. Dadle a Fanon. Dadle a Debray. Dadle este hermoso mango.

Raúl Lara dejó caer el mango en el regazo de Victor.

Con gran dignidad, Victor se levantó y colocó el mango en la mesa, delante de Charlotte.

La mesa quedó en silencio.

Charlotte pareció realizar un enorme esfuerzo para dejar de mirar las polillas y fijarse en el mango.

—¿Necesita alguien un cuchillo de postre? —dijo finalmente.

—No estabas escuchando —dijo Victor amablemente.

—No escucha nunca —dijo Gerardo.

—¿Por qué no escuchas? —le preguntó Victor a Charlotte.

Charlotte sonrió vagamente.

—Tal vez no escucha porque tiene miedo de lo que puede oír —dijo Raúl Lara—. Nuevas ideas. Muy amenazador.

Charlotte miró directamente a Raúl Lara por primera vez aquella noche. Parecía cansada. Parecía mayor.

—En mi época oí algunas ideas nuevas —dijo tras un instante.

Más allá de eso, Charlotte no parecía juzgar a la gente que acudía al apartamento de la avenida del Mar, ni los juzgaba ni hacía distinciones entre ellos.

Entre nosotros.

Yo también estaba allí.

Éramos voces. Éramos voces indistinguibles de las voces de las películas mexicanas. Éramos voces indistinguibles de las de Radio Jamaica o de las de los informes sobre el estado de las carreteras del Servicio de Autopistas de California. Éramos voces con las que llenar las horas hasta que llegara el momento de ir al Caribe a desayunar.

A veces se me olvida que yo también estaba allí.

Los desayunos de Charlotte en el Caribe.

Durante una temporada, Charlotte fue todas las mañanas a desayunar al Caribe.

Iba a desayunar al Caribe porque estaba preocupada por tres niños que todas las mañanas se colaban por debajo de la valla del Caribe y se lanzaban chillando al agua por la parte más profunda de la piscina. Parecía que no sabían nadar. Chapoteaban y entre jadeos lograban subirse otra vez al borde de la piscina para volver a tirarse. No había socorrista y el agua estaba verde de algas y Charlotte no podía ver a los niños bajo la superficie del agua; pero todas las mañanas desayunaba junto a la piscina e intentaba asegurarse de que los niños no se ahogaban. Se esforzaba por distinguir los gritos de cada uno. Contaba compulsivamente las cabezas, y como creía que una de las cabezas podía desaparecer bajo el agua en un abrir y cerrar de ojos, trataba de no cerrarlos.

—No hay niños registrados en el hotel —le dijo el director del Caribe cuando ella le comentó lo de los niños en la piscina—. Se supone que no deberían estar aquí.

—Pero están.

—Se supone que no tienen que estar ahí —dijo el director pronunciando claramente cada palabra—, porque no hay niños registrados en el hotel.

Una mañana, en la que durante treinta segundos solo vio a dos de los tres niños, dio un grito y se lanzó vestida a la piscina. Tragó agua y la suciedad del agua la cegó y cuando salió, los tres niños estaban de pie en el borde la piscina peleándose por su bolso. Los vio alejarse con el bolso y luego subió a su habitación. Estuvo un buen rato bajo el débil chorro tibio de la ducha mientras pensaba en el tono verdoso que adquiría el pelo de Marin todos los veranos con el cloro de las piscinas.

Las piscinas de California.

Piscinas para niños que sabían nadar.

Intentó dejar de pensar en piscinas, pero no pudo.

—Parece que aquí no habéis oído hablar del cloro —me dijo.

—No queremos impulsar la tecnología a costa de la cultura

tradicional —dije.

Pensé que tenía un humor menos literal que de costumbre, pero no era así.

—Ya veo —respondió.

—No lo decía en serio —le dije—. Era solo una broma. Una ironía.

—Es un chiste malo —dijo, sin cambiar la expresión.

Después de aquella mañana en la piscina, dejó de pasar el día en el Caribe y se ofreció voluntaria para trabajar como asesora en una clínica de control de natalidad. Parecía haberse olvidado por completo del coronel Higuera y de la vacuna Lederle contra el cólera, su anterior incursión en el mundo de las buenas obras. En la clínica de control de natalidad, Charlotte suscitaba irritación porque no dejaba de aconsejar a las mujeres que pidieran diafragmas, que jamás usarían, en lugar de dispositivos intrauterinos, que ellas no se podían quitar. Sin embargo, el trabajo de «consejera» era en gran medida académico, ya que los únicos disponibles eran los dispositivos intrauterinos. De todas formas, Charlotte se tomaba su trabajo muy en serio y parecía que aquello confería un objetivo a sus días.

—Cualquiera puede aprender a usar un diafragma —anunció una noche en mi casa, cuando insinué que aunque los ginecólogos de San Francisco lo recetaran preferentemente, en general no se consideraba el método más práctico de control de natalidad en los países subdesarrollados—. Desde luego, yo lo aprendí.

—¿Qué es lo que aprendiste? —dijo Gerardo.

—A usar un diafragma.

—Por supuesto que sí —dijo Gerardo—. ¡Faltaría más! Grace no se refería a ti.

—Grace hablaba de la dificultad de usar un diafragma —dijo Charlotte—, y yo le digo que no tiene ninguna dificultad porque a mí no me costó nada aprender a usarlo.

Gerardo me miró.

Creo que era la primera vez que Gerardo se enfrentaba no tanto a la *norteamericana* que Charlotte era, sino a lo que tenía de occidental, a lo que había en ella de chica del rancho Hollister, a aquella peculiaridad de su carácter que le hacía pensar que el mundo estaba

poblado por seres exactamente iguales a ella.

—¿Qué dice? —me preguntó Gerardo.

—Charlotte es una igualitaria —le dije a Gerardo—. Yo también lo soy. Tú, no.

—Lo único que trato de decir —dijo Charlotte pacientemente— es que si yo puedo aprender a usar un diafragma, cualquiera puede hacerlo.

—¡Bobadas! —dijo Gerardo.

Charlotte miró a Gerardo directamente a los ojos durante un buen rato.

Charlotte tenía un cierto aire con Warren Bogart.

—Pues entonces, no vuelvas a hablarme más de lo que «el pueblo» es capaz de hacer —dijo ella finalmente.

Sin ironía.

Por burda que fuera.

Me encantó Charlotte aquella noche, aunque seguía con su tendencia a tomarse literalmente todo lo que decía Gerardo. Aquella primavera, el «pueblo» era para Gerardo solo un movimiento de aquella singular partida que él estaba jugando. En realidad, Charlotte tendía a tomarse literalmente todo lo que la gente decía. Cuando me mostró su siguiente intento de escribir sobre Boca Grande, la siguiente de aquellas «Cartas desde Centroamérica», que fue el único de sus proyectos que sobrevivió al incidente de la piscina del Caribe, el manuscrito mecanografiado empezaba: «Una nación que se niega a impulsar la tecnología a costa de su cultura tradicional, Boca Grande es…».

Boca Grande es.

9

—No deberías haberlo hecho —le dije a Victor el día en que el Bentley de Antonio explotó delante del Caribe y mató al chófer. Antonio ni siquiera había usado el Bentley. Lo usaba Carmen Arrellano, pero en el momento de la explosión, Carmen Arrellano se estaba depilando las piernas en el salón de belleza del Caribe. En resumen, el trabajo había sido una chapuza espantosa, pero eso no era lo que yo deseaba discutir con Victor—. Realmente, no deberías haberlo hecho.

—No lo he hecho —contestó Victor—. Me horroriza que creas que lo he hecho yo. Me horroriza. Me ofende. Me duele. Es una acusación obscena.

No dije nada.

—Si crees que lo he hecho —dijo Victor al cabo de un rato—, sabrás por qué lo he hecho. Estás al tanto de lo que Antonio se trae entre manos.

No dije nada.

—Supongo que te lo habrá contado tu hijo —dijo Victor.

—Pues la verdad es que no.

—Supongo que te gusta más Antonio que yo —dijo Victor.

—No particularmente.

Victor permaneció sentado un rato en silencio. Había venido a verme a media tarde. Nunca solía venir a verme a media tarde. Aquel verano, parecía que Victor no sabía qué hacer con sus tardes.

—Entonces ¿por qué no me ayudas? —dijo finalmente—. Tú sabes lo que Antonio se trae entre manos, tú…

—No lo sé. Solo lo supongo.

—… Si supones lo que Antonio se trae entre manos, ¿por qué no lo hablas conmigo? ¿Por qué no te pones de mi lado?

—Porque para mí no supone ninguna diferencia —dije.

Victor se desmoronó en una silla.

Victor me había caído bien en algunas ocasiones y me daba pena en muchas otras. Edgar decía que era estúpido. Luis se reía de él. Incluso Antonio lo estaba haciendo quedar como un idiota.

Tomé aquella mano de ridícula manicura.

—Porque de todas formas va a suceder —le dije—; así que deja que suceda. Con elegancia.

—No puedo hacerlo —dijo Victor al cabo de un rato.

Yo ya sabía que no podía hacerlo.

A lo largo de las dos semanas siguientes, se produjeron otras tres explosiones más en lugares en los que Antonio hubiera podido estar; hubo seis muertos y catorce heridos, y después, el acostumbrado periodo de calma.

—«La perspectiva no es totalmente brillante. —Charlotte me leía el borrador de una inacabada "Carta desde Centroamérica"—. Ni tampoco totalmente negra». Punto y aparte. «No obstante…».

Se interrumpió.

—Aquí es donde parece que me he bloqueado.

—No me extraña —le dije.

—¿Qué quieres decir?

—«Sin embargo» ¿qué? Si dices «la perspectiva no es totalmente brillante» y luego dices «ni tampoco totalmente negra», no puedes empezar luego la siguiente frase con «sin embargo». No significa nada.

—No empiezo la frase siguiente con «sin embargo» —dijo Charlotte —; empiezo con «no obstante».

No dije nada.

—De todas formas —Charlotte dobló las páginas de su carta inacabada con un limpio doblez vertical como doblan los niños sus deberes semanales—, no es solo una nueva frase. Es un párrafo nuevo.

Se me ocurrió que nunca había tenido una ilustración tan gráfica de cómo la conciencia del organismo humano está incorporada en su gramática.

O la inconsciencia del organismo humano.

Si el organismo sometido a escrutinio es el de Charlotte.

—De todos modos —dijo Charlotte al cabo de un rato—, todo encajará cuando yo me vaya.

—Entonces, piensa irse.

—Desde luego que sí; me refiero a que yo no vivo habitualmente aquí, ¿verdad?

—¿Cuándo?

—No sé muy bien cuándo.

—¿Adónde?

—Tengo que ver a alguien.

No le pregunté a quién.

—Mejor dicho, quiero ver a alguien. A mi marido.

No pregunté a cuál de ellos.

—Bueno, quiero decir que no hay prisa, ¿verdad?

—Creo que sí la hay, Charlotte. —Me sentí repentinamente cansada—. En realidad, me parece urgente que se vaya lo antes posible.

—No. —Parecía bruscamente agitada—. No es en absoluto urgente. Él no se está muriendo.

Me senté en silencio unos minutos.

Charlotte tenía enrojecida la piel alrededor de los ojos, pero no lloró.

«Dígale a Charlotte que estaba equivocada».

—No quise decir que fuera urgente el que vaya usted a un lugar concreto —dije finalmente—. No me importa adónde vaya. Váyase a Caracas, a Managua, pero salga de aquí.

Se puso sus gafas oscuras y esbozó una sonrisa.

—Váyase de aquí —le dije.

—No creo que pueda asumir tal despliegue de hospitalidad. —La voz de Charlotte tenía una inflexión de la que ella parecía no ser en absoluto consciente, una inflexión que yo solo había oído antes en el Garden District de Nueva Orleans—. Parece más o menos a la altura de «Aquí tiene su sombrero. Lástima que tenga tanta prisa».

Aquí tiene su sombrero. Lástima que tenga prisa.

La señora Fayard está adquiriendo los modales típicos de West Texas.

«Dígale a Charlotte que estaba equivocada».

—Charlotte, ya le dije antes que aquí hay problemas —tenía la sensación de estar hablando con una niña—, y habrá más problemas aún. Va a verse metida de lleno en unos problemas que no le atañen en absoluto.

—No sé de qué problemas habla, así que ya me explicará cómo voy a verme metida en ellos.

—Porque Gerardo lo está.

Me miró como si le hubiera nombrado a alguien que había conocido hacía mucho tiempo y no lo recordase bien.

«Creo que follé contigo un día de Pascua».

«Creo que lo hice y luego lo olvidé».

Creo que ella lo había olvidado.

—En cualquier caso, a mí no me afecta —dijo al cabo de un rato—, porque sencillamente no estoy interesada en causas ni en teorías.

—Ni nadie aquí lo está.

Charlotte no dijo nada.

—Charlotte —volví a intentarlo—, ¿qué cree usted que hacían todas esas personas reunidas alrededor de su mesa?

Charlotte me miró.

—También usted estaba allí —dijo finalmente.

Eso fue en julio.

Boca Grande es.

10

Ahora lo recuerdo como un año en que hubo realmente «estaciones».

«Cambios» drásticos.

No cambios meteorológicos, sino en la intensidad del temblor armónico.

No estoy segura del momento en que todos los demás se dieron cuenta de que Antonio había desviado suficiente apoyo «secreto» del ejército de Victor como para sentirse por fin inmune ante él, pero sí recuerdo el momento en el que yo me di cuenta. Lo comprendí la noche que Charlotte y Gerardo volvieron de Progreso y Charlotte se echó a llorar a la hora de cenar.

—¿Por qué está triste? —le pregunté a Gerardo cuando Charlotte se levantó de la mesa.

Gerardo estaba ocupado en extraer la carne de un cangrejo y no me miró.

—Supongo que no le gustó Progreso —dijo al cabo de unos instantes —. Supongo que está cansada. Un día de excursión. Agotador.

—He preguntado qué es lo que la entristeció.

—Supongo que no encontró Progreso tan apacible como lo encuentras tú. —A medida que Gerardo extraía la carne del cangrejo, la ponía en el plato de Charlotte—. Supongo que tiene un gusto especial.

—Quiero saber qué fue lo que la puso triste allí.

—Las M-3 —dijo Charlotte desde la puerta.

Se había desmaquillado, y parecía totalmente controlada.

—Me crie entre escopetas, pero no soporto las ametralladoras. —Se sentó y recogió su servilleta—. ¿Por qué me miran?

Se produjo un silencio.

—¿Las ametralladoras de quién? —pregunté.

Gerardo evitó mi mirada.

—Charlotte, Grace no ha ido últimamente a Progreso. Grace no ha

visto… ¿Cómo lo llamaste? ¿Dijiste la «maquinaria»?

—Dije la quincalla —puntualizó Charlotte.

—Ella lo llama quincalla —dijo Gerardo.

—No tengo cáncer de oído —dije—. ¿De quién es esa quincalla?

—Antonio tiene parte del ejército de su lado. Por supuesto —Gerardo se encogió de hombros. La única prueba clara que tengo de la inteligencia de Gerardo es que siempre ha sabido reducir sus pérdidas, rendirse y facilitar la información. En ese aspecto, Gerardo es distinto a Victor—. En realidad, no fueron las armas lo que disgustó a Charlotte. Fue Antonio. Antonio y Carmen. Antonio le dio a Carmen una M-3 y la dejó que disparase por todo el lugar.

Charlotte cogió el tenedor y volvió a dejarlo.

—Tienes una idea muy extraña de lo que es una excursión —le dije a Gerardo.

—Carmen no disparó una M-3 —dijo Charlotte. Se inclinó ligeramente hacia delante con el rostro absolutamente serio—. Antonio, sí. Carmen disparó un M-16.

Gerardo miró hacia otro lado.

—Y no dispararon «por todo el lugar», Gerardo. Qué es «el lugar». «El lugar» consiste en unas cuantas excavadoras oxidadas y cinco flamencos. Solo disparaban a las cajas.

Algo en la quejumbrosa precisión de Charlotte parecía extremo, antinatural.

—¿Qué cajas? —pregunté.

Charlotte me miró.

—Las cajas de vacunas —dijo ella—. La vacuna Lederle.

Charlotte no alteró su expresión en ningún momento.

—Cajas sin abrir de la vacuna Lederle —dijo ella—. Contra el cólera. Corría por la calle cuando disparaban a las cajas.

Me quedé mirándola un buen rato.

—Corría por la calle —repitió ella—, si es que a eso se le puede llamar calle.

Creo que en aquel momento quise a Charlotte como un padre quiere al hijo que acaba de caerse de la bicicleta o se ha tropezado con un pervertido o ha perdido un premio; que se ha topado con las duras

realidades de la vida.

Creo que también estaba enfadada con ella, también como un padre: furiosa de que no hubiera sido más lista, furiosa de que se hubiera equivocado.

«Dígale a Charlotte que estaba equivocada».

¿En qué se había equivocado exactamente Charlotte?

¿Quién se equivocaba aquí?

Aparté la mirada de ella.

—¿Por qué estás haciendo esto con Antonio? —le dije a Gerardo.

—No lo estoy haciendo, ya está hecho. Está en proceso. En marcha. Ahora avanza siguiendo su propia inercia.

—Ya lo sé —dije—. Quiero saber por qué lo hiciste.

—Era algo que hacer —dijo Gerardo.

—Sé como son los M-16 porque Marin llevaba uno cuando fue a Utah —dijo Charlotte. Charlotte siempre se refería al día en el que Marin secuestró el L-1011 y lo incendió en Bonneville Salt Flats como «cuando Marin fue a Utah», como si se hubiera tratado de un tour por los parques nacionales. Charlotte ya no me miraba—. O eso me dijeron.

—Sácala de aquí antes de que pase —le dije a Gerardo.

—Se supone que el M-16 es la ametralladora «ideal» —dijo Charlotte—. Leonard lo calificó de ideal. Ellos, no.

—Avísame cuando llegue el momento —le dije a Gerardo.

—Tú siempre oyes cuando llega —dijo Gerardo—. Charlotte, cómete ese cangrejo. Lo he sacado para ti.

Desde luego que siempre lo oía.

Lo oía porque escuchaba.

Charlotte oía incluso más que yo, pero Charlotte parecía no escuchar.

Charlotte parecía no ver.

Charlotte había estado allí, entre los bambúes de Progreso; el sol le había quemado la cara, había oído a Antonio llamarla zorra *norteamericana*, había oído a Carmen Arrellano llamarla *la bonne bourgeoise* y había oído los tiros de la ametralladora destrozar los viales de la cristalina vacuna estadounidense y, aun así, seguía sin

escuchar. Charlotte había observado la cristalina vacuna brillar trémulamente por los bulevares de Progreso y aun así seguía sin ver.

Eso fue en agosto.

Boca Grande es.

Boca Grande era.

Boca Grande será.

11

Tierra de contrastes.

El puntal económico de las Américas.

A primeros de septiembre, el día que Leonard Douglas llegó finalmente a Boca Grande, ya estaba claro que Victor solo estaba ganando tiempo. Sus valijas diplomáticas iban y venían de Boca Grande a Ginebra transportando pesadas bolsas. Se habían cancelado los permisos militares. Durante todo el día, Radio Boca Grande retransmitía un único mensaje con dos voces distintas, una masculina y otra femenina, en el que se amenazaba de muerte a terroristas y saboteadores. Era evidente que pronto Victor iría a pasar su convalecencia a Bariloche. La verdad era que el *presidente* ya se había marchado a pasar su convalecencia a Bariloche, ya se había saltado incluso el tradicional preámbulo en el que primero pasa unas semanas confinado en el palacio presidencial con una infección respiratoria complicada por una crisis de agotamiento. Ardis Bradley había descubierto la imperiosa necesidad de llevar a sus hijos a Boston para unas entrevistas escolares. Tuck Bradley se había quedado, pero tenía veinte plazas reservadas en todos los vuelos que salían de Boca Grande hacia cualquier sitio. Yo tenía dos.

Una para mí.

Otra para Charlotte.

En otras palabras.

Todos los peones estaban sobre el tablero.

—Soy el marido de Charlotte Douglas —me dijo Leonard Douglas.

—Sé quién es usted —le dije a Leonard Douglas.

Sabía que había llegado a Boca Grande en uno de los dos o tres vuelos que habían logrado aterrizar el día anterior. Se dirigió directamente al Caribe y al cabo de un rato lo vieron paseando con

Charlotte por la avenida del Mar. Se dio por supuesto que iban al apartamento de ella, pero en lugar de ir allí, giraron por la calle 11 y entraron en la clínica de control de natalidad.

Victor me lo había contado.

Tuck Bradley también me lo había contado.

Gerardo me dijo que a él no le interesaba la vida anterior de Charlotte Douglas.

—Yo no diría que lo de ayer pueda llamarse exactamente su «vida anterior» —le dije a Gerardo.

Gerardo me contestó que tenía una mente demasiado literal.

Charlotte no me dijo nada en absoluto.

Le serví a Leonard Douglas una copa.

Se sentó en mi salón y se la bebió.

—Conocí a su esposo en una ocasión —dijo finalmente.

—Murió.

—Lo sé.

Le serví otra copa.

La depositó en la mesa sin tocarla.

—En Bogotá —dijo—. Lo conocí en Bogotá.

—¿Cuándo fue?

—Antes de que muriera.

—Menos mal que no fue después.

La acritud de mi tono de voz pasó desapercibida.

—Teníamos negocios comunes.

Leonard Douglas parecía absorto en alguna evocación, no sé si de Bogotá o de Edgar.

Recuerdo que me sentía incómoda.

—¿Dónde está Charlotte? —dije bruscamente—. ¿Le ha enviado Charlotte a visitarme?

—No. —Leonard Douglas cogió la copa y volvió a depositarla en la mesa—. Me gustó. Su marido. Creo que yo también le gustaba a él. Me regaló una esmeralda. Cuando me marchaba. Me dio una esmeralda para que se la llevara a Charlotte.

La esmeralda cuadrada.

La gran esmeralda cuadrada que Charlotte llevaba en lugar de una

alianza.

La gran esmeralda cuadrada que Leonard le había traído de dondequiera que estuviese cuando conoció al hombre que financiaba a los tupamaros.

Bogotá.

Quito.

Charlotte no tenía ni idea si fue en Bogotá o Quito.

Fue Bogotá.

Yo no tenía ni idea.

Me enorgullecía de ser una persona capaz de escuchar y de ver; sin embargo, jamás había visto ni oído que Edgar jugara a los mismos juegos que Gerardo.

Leonard Douglas me observaba.

—¿Por qué me lo ha contado? —dije finalmente.

—Quería que supiera que entiendo lo que está pasando aquí.

—¿Por qué?

—Porque quiero que saque a Charlotte de aquí —dijo Leonard Douglas.

—Es posible que las cosas sean suaves —dije al cabo de unos momentos. Aunque no creía que fueran a ser suaves—. A veces las cosas son bastante suaves.

—No van a ser suaves —dijo Leonard Douglas, —¿Cómo lo sabe?

—No quiero que crea que estoy involucrado en esto.

—Nadie ha dicho que lo esté.

—Quiero que me crea. —Leonard Douglas parecía más tenso a medida que hablaba—. No tengo intereses aquí.

—Le creo.

De verdad que le creía.

También le creía respecto a Edgar.

Y sigo creyéndole.

Aquello aún me incomoda, pero aún le creo.

—No va a ser suave —repitió—. No estoy implicado, pero he oído rumores.

No dije nada.

—He oído que hay más quincalla que viene de fuera de la que se

supone que hay. Ya sabe a qué me refiero.

Por supuesto que sabía a lo que se refería.

Se refería a que alguien había tomado la delantera a Gerardo y a Antonio.

Se refería a que los *guerrilleros* no se iban a limitar a servir los objetivos de Gerardo y Antonio y dejarse matar al cuarto día por un ejército insurgente al mando de Antonio.

Se refería a que, durante unos cuantos días o unas cuantas semanas, nadie sabría con certeza a qué bando pertenecía cada uno en Boca Grande.

—Así que sáquela de aquí —dijo finalmente.

—¿Por qué no la saca usted?

—No querrá venir conmigo.

—¿Por qué no?

Leonard Douglas permaneció sentado unos instantes mientras pasaba los dedos por el borde de la copa.

—Ella se acuerda de todo —dijo al cabo de un rato.

Y luego:

—Usted conoció a Warren Bogart.

Era una pregunta.

—Le vi una vez. En Nueva Orleans. Dijo que estaba agonizando.

—Sí. Bueno. —Leonard Douglas parecía repentinamente agotado—. Tenía razón.

12

«¿Quién estaba allí?», preguntó Charlotte cuando Leonard le dijo que Warren Bogart había muerto.

Mientras él estaba sentado en el comedor de mi casa y me contaba lo que ella le había dicho, no dejaba de repetir aquellas palabras, como si no pudiera creerlas: «¿quién estaba allí?».

Recordaba que ella se lo había preguntado en el cruce de la avenida del Mar y la calle 11.

Había venido a Boca Grande para decirle tres cosas a Charlotte.

Había venido a decirle que ciertos antiguos clientes suyos le habían puesto en contacto con alguien del movimiento revolucionario que, a su vez, le había puesto en contacto con Marin.

Había venido a decirle que saliera de Boca Grande.

Había venido a decirle que hacía unos días que había enterrado a Warren Bogart en Nueva Orleans.

No le dijo ninguna de las tres cosas hasta que no estuvieron fuera del Caribe, caminando por la avenida del Mar, donde nadie podía oírles.

Le contó que Marin vivía con seis personas más en una casa adosada en la zona industrial de Buffalo y Charlotte no dijo ni palabra. Empezó a llorar y siguió caminando sin decir ni palabra. Le explicó que debía salir de Boca Grande y ella no dijo ni palabra. Dobló y volvió a doblar el trozo de papel que él le había dado con el número del apartado de correos de Buffalo, sin decir ni palabra. Le contó que había enterrado a Warren Bogart y ella siguió caminando hasta que llegaron a la esquina de la avenida del Mar con la calle 11 y al dar la vuelta a la esquina, ella dijo algo. Leonard recordaba haberse dado cuenta de que, lejos de pasear sin rumbo, Charlotte se dirigía hacia un destino concreto y que, en aquel momento, había dicho algo.

Ella preguntó «quién estaba allí».

—Ya te lo he dicho. Estaba solo. Llevaba un mes entrando y

saliendo de la clínica Ochsner y esa vez acababa de marcharse sin que nadie lo supiera y estaba solo en la calle. Se desmoronó. Lo llevaron al Long Memorial y le pusieron en cuidados intensivos, pero no volvió a despertarse.

—¿Quién estaba allí?

—Charlotte, no había nadie. Tenía una carta en el bolsillo del abrigo con el número de la calle California. Tu número y el de Porter. Trataron de localizar a Porter, pero no pudieron. Porter estaba en Nueva York. Trataron de localizarte a ti y me encontraron a mí. Le mantuvieron con respiración asistida el resto del día, pero murió antes de que yo llegara.

—¿Quién estaba allí cuando lo enterraron? —repitió Charlotte—. Dijiste que lo enterraste. ¿Quién fue?

—Pude avisar a Porter. Porter vino.

Ella parecía estar a la espera de algo.

—Y una pareja a los que yo no conocía.

Ella parecía seguir a la espera de algo.

—Y seis policías del FBI.

Se había parado delante de un edificio de la calle 11 y aún parecía esperar algo.

—Estuvo bien, Charlotte. Él no quería que fuera nadie. Lo decía en la carta. La carta que encontraron en su abrigo. Lo único que quería era que no fuera nadie y que alguien cantase «Didn't He Ramble?» («Vivió la vida, ¿no?»).

Charlotte no dijo nada.

La carta de Warren Bogart también tenía un mensaje para Charlotte y Marin, pero Leonard no mencionó el mensaje.

—La llevaba en el bolsillo del abrigo. La carta. —Leonard sacudió la cabeza—. Lo hizo. ¡Vaya si lo hizo!

—¿Qué hizo?

—Pues eso, vivir la vida.

El mensaje para Charlotte y Marin decía solamente «las dos estabais equivocadas, pero al final da igual»; y Leonard no mencionó el mensaje.

—En realidad, no era una carta —dijo—. Era una nota. En el dorso

de un sobre.

—Aquí es donde trabajo —dijo Charlotte—. Llego un poco tarde.

Mientras hablaba, miraba a Leonard directamente; luego, se dio la vuelta y se dirigió por el pasillo hasta su despacho. Cuando Leonard entró en el despacho, ella estaba de pie junto a la ventana fumando un cigarrillo, con la mirada fija en la pared del edificio contiguo, y no se dio la vuelta.

—¿Me haces el favor de ir a recepción? —dijo tras unos instantes y sin dejar de mirar por la ventana—. Diles que no puedo recibir a nadie hasta dentro de unos minutos. De unos veinte minutos.

—Llamaré. —Leonard cogió el auricular y lo toqueteó—. ¿Cómo se llama a recepción?

—No se puede. La centralita está estropeada, o algo así. Desde que cayó la bomba.

Leonard la miró fijamente.

—¿Cayó aquí una bomba?

—O algo así.

—¿Cuándo cayó la bomba o algo así?

—No lo sé. Ayer. No, anteayer, porque yo aún tenía la regla. Me estaba cambiando el támpax cuando estalló. ¿Me haces el favor de ir a recepción?

Leonard colgó el teléfono y observó a Charlotte mientras esta apagaba el cigarrillo en el alféizar de la ventana.

—Quiero que vengas conmigo —dijo tras unos instantes—. Nunca te he dicho lo que tenías que hacer, pero ahora te lo digo. Quiero que vengas al aeropuerto conmigo. Ahora.

—No puedo, de verdad —dijo Charlotte. Luego se volvió bruscamente—. ¿No asistió Marin?

—No habría podido, Charlotte. Te dije que los del FBI estaban allí. Naturalmente que los del FBI estaban allí.

—¿Se lo dijiste a Marin?

—Sí.

—¿Ella quería ir?

Se produjo un silencio.

—No lo sé —dijo Leonard.

—Dile que estaba equivocada —dijo Charlotte—. Díselo de mi parte.

13

—¿Y qué me dice de esa condenada bomba? —me dijo Leonard Douglas.

Finalmente se había tomado la segunda copa y luego una tercera y una cuarta. No se puede decir que estuviera borracho, pero daba la sensación de ser un hombre que habitualmente no tomaba más de una copa, tal vez dos si la situación lo requería; un hombre que valoraba el control y que se había visto empujado casi a perderlo en el intervalo de una semana.

Había encontrado a Marin Bogart en una habitación vacía de Buffalo.

Había enterrado a Warren Bogart en una tumba vacía de Nueva Orleans.

Había venido a salvar a Charlotte de una revolución vacía en Boca Grande y Charlotte se negaba a escucharle.

Había llegado hasta mí y en mi casa había flores en los jarrones, cubitos de hielo en las jarras y sirvientas con uniformes limpios. En mi casa, no parecía todo tan vacío y yo le escuchaba.

—«Una bomba o algo así», dice ella. No se pierda lo de «o algo así». Investigo y descubro que hace tres días volaron el ala trasera del edificio; cuatro personas murieron en el acto y la quinta está a punto de morir de peritonitis; a esta quinta persona el bombardeo la pilló en el quirófano, el médico saltó y le perforó el jodido…

Leonard Douglas pareció quedarse temporalmente mudo.

—Útero —dije—. Oí que había estallado una bomba. Antes de que usted viniera. Le pregunté a Charlotte si sabía algo. Charlotte dijo…

Me detuve. Charlotte me había dicho que cuando estalló la bomba ella estaba en el baño, que se olvidó del támpax y había manchado de sangre toda la clínica sin darse cuenta.

Eso fue lo único que dijo.

—Me dijo que no había estallado cerca de su oficina —dije.

—No importa donde no estalló. Charlotte sale disparada hacia donde estalló y cuando el techo todavía se está cayendo, saca a tres personas; es una heroína, está absolutamente enloquecida y no cesa ni un momento de gritar: «¡Malditos seáis todos!». Esto me lo contaron ellos, Charlotte no. Lo único que Charlotte recuerda de esa bomba es que estalló justo cuando se estaba cambiando el jodido támpax.

—Y que sangró. —No sabía qué más decir—. Ella recuerda que manchó de sangre toda la clínica.

Leonard Douglas se quedó mirándome un buen rato.

Se aflojó la corbata y cerró los ojos.

El sol se estaba poniendo y yo oía fuera el ruido de la furgoneta de DDT.

—Sí —dijo finalmente—. Ella recuerda que sangraba.

Antes de que él volviera a hablar, la furgoneta de DDT ya se había ido.

—Usted no sabía lo de Bogotá, ¿verdad?

—No.

—No debería habérselo contado. La he disgustado.

—Debería haberlo sabido.

—También Charlotte debería haberlo sabido. —Leonard se puso en pie y cogió la chaqueta. Parecía que no hablaba conmigo—. Tampoco fue como ella creyó que era. Yo no era como ella creía que era y Marin no era como ella creía que era Marin y Warren no era como ella pensaba que era Warren. No nos conocía a ninguno.

—Ella recuerda todo —dije—. Usted dijo que ella recuerda todo.

—No —contestó Leonard Douglas—. Ella recuerda que sangraba.

14

Pocos días después de que Leonard Douglas se marchara de Boca Grande, Charlotte me dijo que su marido había «pasado por allí», pero que se había ido antes de que ella tuviera tiempo de «organizar una velada» en su honor.

—¿Una «velada»? —recuerdo que dije. Una velada para un hombre que acababa de encontrar a su hija y de enterrar al padre de su hija. Una velada para un hombre así en una ciudad ecuatorial bajo la ley marcial y sometida a un riguroso toque de queda—. ¿Qué clase de «velada» tenía pensado organizarle?

—Una velada para que conociera a todo el mundo. Desde luego. Y sobre todo, tenía interés en que la conociera a usted.

—Pues me conoció —dije pasados unos instantes—. Pasó tres horas aquí, conmigo, en esta habitación. Me contó lo de Marin y me contó lo de Warren.

Apartó la mirada antes de hablar.

—Ya lo sabía —dijo—. No quiero hablar de ello.

Charlotte se levantó, cruzó el porche y atravesó el césped hasta donde crecían las rosas. La recordaba cruzando el jardín la noche en que conoció a Gerardo; y recordaba a Elena y recordaba a Ardis Bradley y recordaba a Carmen Arrellano y, de repente, deseé que Charlotte se hubiera ido a París.

«Huele usted a estadounidense».

«Me pregunto cómo huelen exactamente las estadounidenses».

«Zorra norteamericana».

Cuando Charlotte volvió a entrar, no me miró.

Cuando Charlotte volvió a entrar, hablaba en voz baja.

Charlotte se preguntaba si me había contado alguna vez la noche que nació Marin. Marin nació en el hospital Flower de la Quinta Avenida de Nueva York. Warren golpeó a la jefa de enfermeras de la planta de maternidad. La jefa de enfermeras presentó una denuncia

por agresión, pero posteriormente la retiró. Marin pesó tres kilos al nacer, pero solo pesaba dos kilos ochocientos cuando se la llevaron a casa. Charlotte supuso que era normal. En el taxi que los llevó a casa, Warren no se atrevió a coger a Marin en brazos. Charlotte supuso que había estado bebiendo. En vez de coger a Marin, Warren mantuvo sus manos a unos pocos centímetros de la fontanela de la niña para protegerla si el taxi cogía algún bache y dijo una y otra vez que no quería que su hija fuera al Smith College y se casara con algún imbécil de Sullivan and Cromwell.

—Y a buen seguro que no lo hará —dijo Charlotte finalmente. Su voz era inexpresiva—. Por lo menos Warren logró ese deseo.

Se produjo un silencio.

—Ahora puede verla —dije.

—No —dijo Charlotte—. No es exactamente así.

—Pero ahora sabe cómo llegar hasta ella.

—También ella sabía cómo llegar hasta mí —dijo Charlotte—. Si quiere mirarlo de ese modo.

No dije nada.

—En primer lugar, no es ni siquiera Marin.

Creo que quería decir que no era la Marin que ella recordaba.

No había nada que decir.

—Marin habría encontrado a Warren. Marin me habría encontrado a mí.

«Dígale a Marin que estaba equivocada. Dígaselo de mi parte».

«¡Malditos sean todos!».

«Ella recordaba que había sangrado».

15

La tarde que fui al Caribe para decirle a Charlotte que ella y yo nos íbamos a Nueva Orleans, que los últimos aviones estaban despegando y que Tuck Bradley estaba cerrando la embajada, lo único que Charlotte hizo fue mover la cabeza.

—Todavía no —dijo.

Estaba sentada en el vestíbulo del Caribe mirando fijamente la pantalla de la televisión, que llevaba días mostrando únicamente el escudo de la República de Boca Grande mientras sonaban marchas militares.

—Charlotte, míreme. ¿Va a esperar usted a que lo anuncien por televisión?

—Solo quiero ver qué pasa.

—Lo que pasa es que hay personas que caen heridas y otras mueren asesinadas. Si se queda aquí, posiblemente también la maten a usted.

—No sea melodramática, Grace, no me voy a quedar aquí. Lo único que pasa es que no me voy esta noche.

No dije nada.

—En primer lugar, no me gusta Nueva Orleans. En segundo, créame si le digo que, con Tuck Bradley a bordo, será un viaje aburridísimo. Se llevará la bandera.

—Charlotte, yo me voy esta noche.

—Desde luego. Recuerde decirle a Tuck cuando aterricen que se supone que debe bajar del avión con la bandera a la vista. Doblada. Bajo el brazo. Pero a la vista.

—Yo le prometí a Leonard que la llevaría conmigo.

—Yo se lo prometí a Leonard —había cierto reproche en su voz y yo no percibí la dureza de su tono hasta después de su muerte—. Le prometí que le vería muy pronto. Él no recibió ninguna llamada por la que tenga usted que preocuparse. Ya lo hablamos.

Seguía mirando la pantalla de televisión.

—De todos modos, no tiene usted que preocuparse —dijo sin levantar la vista—. Le dije a Leonard lo que pensaba hacer.

Le había pedido a Victor que la obligara a salir y Victor había dicho que no tenía autoridad.

Le había pedido a Gerardo que la obligara a salir y Gerardo había dicho que la sacaría de allí.

Le había pedido a Antonio que la obligara a salir y Antonio había dicho zorra *norteamericana*.

Aquella noche, antes de que yo saliera hacia el aeropuerto, Charlotte vino a mi casa con unos regalos para el viaje: un frasquito de perfume Grès tamaño viaje, una gardenia para mi vestido y los últimos periódicos y revistas. Ella iba de camino al Jockey Club para cenar.

16

Lo había hecho de verdad.

Le había dicho a Leonard lo que pensaba hacer.

Iba a quedarse.

No exactamente a «quedarse».

«A no marcharse», para ser más precisos.

«Me he pasado la vida huyendo de todos los sitios y no voy a huir de aquí», eso es exactamente lo que le dijo.

Se lo había dicho en la clínica y se lo había dicho en el Caribe y se lo dijo por última vez la noche que él se marchó, mientras esperaban a que autorizaran el vuelo de Leonard.

No supe las palabras exactas hasta después de su muerte.

«Me he pasado la vida huyendo de todos los sitios y no voy a huir de aquí».

—Tienes que elegir los lugares de los que no salir huyendo —había dicho Leonard aquella noche en el aeropuerto. La sala de espera estaba vacía y las pistas se iluminaban con el fuego cruzado de la quincalla que los *guerrilleros* supuestamente no tenían—. Este no es uno de esos lugares. Es el lugar equivocado, Charlotte.

—Creo que es una canción —había dicho Charlotte—: «El lugar equivocado, el rostro apropiado». ¿No era así la letra?

—Charlotte…

—Cántamela. No. —Tocó los labios de Leonard con sus dedos—. Tienes una voz espantosa. Cuéntame la maravillosa cena que nos vamos a conceder la próxima vez que estemos en París.

—¿Qué me dices de Marin?

—Coge aquella suite grande en el Plaza Athénée.

—Marin quiere verte.

—Y coge… ella no ha dicho eso, ¿verdad?

Leonard no dijo nada.

Charlotte tomó la mano de Leonard y besó suave y meticulosamente

cada uno de sus dedos.

—Sabía que Marin no había dicho eso —dijo ella—. También sabía que nunca me mentirías. Mientes para ganarte la vida, pero a mí jamás me mentirías.

—No tienes auténticas razones para quedarte aquí, Charlotte.

—No acabo de saber qué entiendes tú por auténticas razones —dijo Charlotte—, así que me quedaré por aquí un poco más.

Y cuando el avión de Leonard obtuvo permiso para despegar, ella le acompañó hasta la puerta y él le repitió «¿No quieres ver a Marin?» y ella le contestó «No necesito ver a Marin porque la tengo en la cabeza y Marin me tiene en la suya»; la puerta se cerró y aquella fue la última vez que Leonard Douglas vio a Charlotte viva.

La última vez que yo vi a Charlotte viva fue dos semanas después, la noche que salí hacia Nueva Orleans.

Cuando me prendió su gardenia en el vestido.

Cuando me aplicó su perfume Grès en las muñecas.

Como una niña que ayuda a su madre a vestirse para una fiesta.

17

«No necesito ver a Marin porque tengo a Marin en la cabeza».

«No necesito ver a Marin porque ella me tiene en la suya».

En aquella sucia habitación de Buffalo, aquellas frases parecían cada vez más ambiguas.

—Muy bien —le dije finalmente a Marin Bogart—. Dímelo. Dime qué crees que hacía tu madre en Boca Grande.

—Creo que se pasaba el día jugando al tenis —dijo Marin Bogart.

—Nunca jugó al tenis —le dije.

—Todo el día. Todos los días. Solo la recuerdo vestida con el equipo de tenis.

—Nunca la vi con equipo de tenis.

De hecho, Charlotte me había contado que una vez ella y Marin habían participado en un desfile de moda de conjuntos de tenis en el club de campo de Burlingame y que como ella no jugaba al tenis, le había tenido que preguntar a Marin la forma correcta de sostener la raqueta.

—Estoy bastante segura de que tu madre no jugaba al tenis —le dije.

—Ella siempre llevaba su equipo de tenis —dijo Marin Bogart.

—¿Más de una vez?

—Siempre.

—¿No jugabas tú al tenis?

—El tenis —dijo Marin Bogart— es solo una forma más de enseñar una estrategia elitista. Si lo somete a un análisis revolucionario, lo comprobará. Y no es que yo crea que lo vaya usted a hacer.

Estábamos sentadas frente a frente en aquella habitación tan poco acogedora.

«Las dos estabais equivocadas, pero al final, todo da igual».

Todos recordamos lo que necesitamos recordar.

Marin recordaba a Charlotte vestida con el equipo de tenis y

Charlotte recordaba a Marin con un sombrero de paja en Pascua. Yo recordaba a Edgar, no recordaba a Edgar como el hombre que financió a los tupamaros. Charlotte recordaba que sangraba. Yo recordaba la luz de Boca Grande. Sentada en esta habitación de Buffalo donde no se me había perdido nada y mientras hablaba con aquella chica que no era hija mía, recordaba la luz de Boca Grande.

Otro lugar en el que no se me había perdido nada.

Así me lo parece ahora.

—¿Por qué te has molestado en acceder a verme? —dije finalmente.

—Mi padrastro me dijo que iba a ponerla en contacto conmigo porque usted tenía algo importante que decirme. Veo que no es así.

Recuerdo que se me revolvió el estómago y que traté de controlar el rechazo que me producía la hija de Charlotte.

—No logré entender a tu madre —dije finalmente.

—Intente hacer un análisis de clase.

No había ido enferma hasta Buffalo para ponerme a gritar a la hija de Charlotte.

—Tu madre me desconcertaba —confesé abiertamente.

—Eso lo sabía hacer muy bien.

Volví a intentarlo.

—Te tenía en la cabeza. Siempre te tenía en la cabeza.

—A mí, no —le dijo Marin Bogart—. A una hermosa niña. No a mí.

—¿Me podrías dar un vaso de agua? —dije pasados unos momentos.

—No tenemos licores.

—No te he pedido una copa, ¿verdad? —Percibía la furia en mi tono de voz, pero no podía hacer nada por evitarlo—. No te he pedido «licores», ni te he pedido pastillas para adelgazar, ni te he pedido plástico transparente, ni te he pedido pan blanco ni nada de lo que estoy segura que pretendes no tener. Te he pedido un vaso de agua.

Durante unos instantes, Marin Bogart me miró inexpresivamente, luego se levantó y se dirigió al fregadero lleno de platos sucios.

—¿Te gustaron los Jardines de Tívoli? —pregunté de repente.

—El agua sale tibia. Será mejor que le ponga un poco de hielo; esta agua está tibia y lo menos que puedo hacer es ponerle un poco de hielo, ¿no cree?

Mientras hablaba, abrió la nevera y sacó una cubitera. Sus movimientos eran nerviosos y como el agua de la cubitera no estaba congelada, salpicó el suelo.

—Te he preguntado si te gustaron los Jardines de Tívoli.

—Mierda de gente. Alguien sacó la bandeja anoche y no la volvió a meter, he sido «yo» la que ha tenido que meterla esta mañana, no creo que…

Hablaba muy rápido y por primera vez hubo algo más, aparte de sus ojos, que me recordó a Charlotte.

—… La única que mueve aquí un dedo soy yo, la verdad es que…

—Tívoli —dije.

Marin Bogart se volvió de repente y puso la bandeja sobre la mesa; tenía el rostro tenso y, entonces, se desmoronó, exactamente como debió de desmoronarse su madre la mañana en que el FBI irrumpió en la casa de la calle California.

SEIS

1

Al final no había mucho que contar a Marin Bogart que ella pudiese entender y había aún menos que contar a Leonard Douglas que él no hubiera podido suponer.

Los acontecimientos no se desarrollaron tranquilamente.

Como yo estaba en Nueva Orleans, solo conozco algunos hechos.

Como no confío totalmente en la versión de Gerardo, todavía estoy segura de menos cosas.

El primer día de lo que ha dado en llamarse el Octubre Violento, los *guerrilleros* cerraron finalmente el aeropuerto.

El cierre definitivo del aeropuerto es lo que solemos llamar día uno.

Yo había volado la noche anterior, la tarde del día que llamamos día menos uno. Perdí la gardenia entre el gentío del aeropuerto.

El asiento junto al mío en el avión estaba vacío.

Charlotte cenaba langosta en el Jockey Club.

Día menos uno. Día uno.

Día dos.

El día dos los *guerrilleros* se hicieron con las emisoras de radio.

El día tres los *guerrilleros* se acercaron al palacio.

Esos tres primeros días las cosas fueron más o menos como se esperaba.

Anteriormente he visto al ejército apostado en el tejado del palacio esperando a caer sobre los *guerrilleros*.

Fue el día cuatro el que no funcionó como estaba previsto. Se supone que el día cuatro acaba justo después de un intenso tiroteo al amanecer, pero esta vez no sucedió así. Parece que los *guerrilleros* no sabían que ellos estaban en el tablero de juego para ser abatidos al amanecer del día cuatro por el ejército insurgente bajo el «nuevo liderazgo» de Antonio. Los *guerrilleros* parecían tener más de todo de lo que nadie, salvo Leonard Douglas, había supuesto que tendrían. Algunos dicen que Kasindorf y Riley les abastecieron del excedente,

otros dicen que fueron otras agencias y algunos dicen que fue Victor.

No creo que fuera Victor, pero no tengo pruebas empíricas.

También creo (todavía hoy) que Leonard Douglas no estuvo implicado en el asunto, pero esta conclusión tampoco es empírica.

De ningún modo.

2

Gerardo había previsto que la transición sería tranquila.

Gerardo había previsto cenar en el Jockey Club la noche del día cuatro.

Cuando llegó el día siete, el propio Gerardo quería marcharse.

—No me es posible marcharme ahora mismo —dijo Charlotte cuando Gerardo le habló del helicóptero que esperaba en Millonario.

—¿Es que no te das cuenta de lo que pasa? —dijo Gerardo.

—Me doy cuenta —dijo Charlotte—, por supuesto que me doy cuenta.

—Charlotte. Si no te vas ahora, no podrás irte ya, porque Antonio quiere a Carmen Arrellano en ese helicóptero, no a ti.

—Pues que suba Carmen Arrellano. Carmen debería marcharse; Carmen tiene relaciones aquí.

—Y tú también.

—No. —Charlotte parecía vaga y distante—. En realidad, yo no.

—Charlotte. Acuérdate de Victor. Acuérdate de mí.

Y durante unos instantes, Charlotte miró a Gerardo y sonrió como sonreía a veces a los desconocidos.

—En realidad, yo no tuve una relación contigo —había dicho Charlotte.

Gerardo solo la miró fijamente.

—Quiero decir que tengo a un par de personas en la cabeza, pero tú no eres una de ellas.

En este punto confío en la versión de Gerardo.

Lo de «en realidad, yo no tuve una relación contigo» me suena totalmente a Charlotte Douglas.

3

Día ocho.

Nunca había habido un día ocho en Boca Grande antes.

El día ocho, aparentemente Charlotte fue a la clínica como de costumbre. Informaron de que había estado todo el día en su oficina, pero por supuesto aquel día ocho nadie acudió a solicitar dispositivos anticonceptivos. A las cinco de la tarde cerró la clínica y se fue andando al Caribe, y, según parece, se cambió para cenar. En cualquier caso, llevaba puesto un vestido de lino limpio cuando salió del Caribe a las siete y media y se puso en camino hacia el Capilla del Mar.

Caminaba pausadamente.

Se anudaba y volvía a anudar un pañuelo que ondeaba con la cálida brisa nocturna.

Parecía concentrada en el pañuelo, como ajena a los baches de la acera y a la cuneta donde se acumulaba la basura.

A las siete cuarenta y tres exactamente, llegó a una barricada en la acera a la entrada del Capilla del Mar; se detuvo y enseñó su pasaporte.

—*Soy norteamericana* —dijo.

—*Soy una turista* —insistió.

Con un golpe de culata le tiraron al suelo el pasaporte.

—No se atreva a tocarme con sus sucias manos —dijo en su lengua —. ¡Malditos sean todos!

La llevaron a la Escuela de los Niños Perdidos y se quedó allí detenida toda la noche, antes de que la llevaran al Estadio Nacional para ser interrogada. El momento y las circunstancias de su arresto están documentados, pero el momento y circunstancias de su muerte siguen sin saberse. Ni siquiera sé qué bando la mató ni quién tenía el control del Estadio Nacional en el momento de su muerte. Sé que el proyectil de un AR-15 o de un AR-16 le atravesó el cuerpo justo por

debajo del omóplato izquierdo, pero también sé que todos los bandos tenían los dos tipos de armas.

Aparte de esto, solo sé lo que Gerardo me contó.

Que ella no invocó a Dios sino a Marin.

—Le dispararon por la espalda —le dije a Gerardo.

—Tal vez ella lo deseara así —respondió Gerardo.

—Ella no lo habría deseado así.

—Pues parece que sí —dijo Gerardo.

El que Gerardo supiese que, en el momento de su muerte, Charlotte había llamado a Marin, da a entender que Antonio estaba al mando del Estadio Nacional cuando ella fue asesinada, pero no dan puntos por saber si fue así o no.

Como diría Leonard Douglas.

Como Leonard Douglas dijo cuando yo se lo conté.

Ya no sé por qué dan puntos.

Me parezco a Charlotte más de lo que pensaba.

El día que finalmente Antonio logró tomar el despacho de Victor, el Octubre Violento acabó. Al día siguiente de que Victor volviera de Bariloche, yo volví de Nueva Orleans y encontraron el cuerpo de Charlotte donde lo habían arrojado: en el césped de la embajada estadounidense. Como todo el personal de la embajada había abandonado el edificio, aquello les pasó desapercibido.

Pero a mí, no.

Y seguramente, ni siquiera a Victor.

Zorra *norteamericana*.

4

Lo único lo que puedo contar de primera mano sobre la muerte de Charlotte Douglas es que envié su cuerpo a San Francisco. Mandé colocar el cuerpo en un ataúd, fui al aeropuerto con el ataúd y esperé allí hasta que vi con mis propios ojos cómo lo cargaban en la bodega del primer avión de la Pan American que salió de Boca Grande después del Octubre Violento. Quería haber cubierto el féretro con una bandera, pero no había banderas estadounidenses en Boca Grande aquella semana y al final compré una camiseta de niño en la tienda de regalos del aeropuerto. La camiseta tenía estampada una bandera estadounidense. Eché la camiseta sobre el féretro cuando lo cargaban en la bodega del Boeing. Creo que la camiseta no tenía el número exacto ni de estrellas ni de barras, pero tenía el aspecto de una bandera, y era roja, blanca y azul. Tampoco es que aquello importara mucho.

5

En resumen.

Para que sepan la historia.

Hoy estamos limpiando algunas zonas boscosas de la costa, talando y quemando, y una nube de humo flota sobre Boca Grande. El humo lo impregna todo. El humo oscurece la luz. Se habrán dado cuenta de que uso el pronombre colonial, el «nosotros» del capataz. Lo uso conscientemente. Ahora veo que no pinto nada en este lugar, pero llevo aquí demasiado tiempo para cambiar. Digo conscientemente «nosotros». Ojalá pudiera ver hoy la luz, pero reconozco la necesidad de limpiar las arboledas. Reconozco también la naturaleza equívoca incluso de las pruebas más empíricas. No conocí algunas de esas pruebas hasta hace muy poco, cuando se localizaron y repartieron unas sacas de correo que no se habían recogido durante el Octubre Violento de aquel año. Esta prueba me llegó mucho después de haber hablado con Leonard Douglas y de haberme puesto en contacto con Marin Bogart en Buffalo. Esta prueba me llegó mucho después de haberme entrevistado con Marin Bogart en Buffalo. Aquí está. A última hora de la tarde del día que la detuvieron, Charlotte Douglas me envió desde un buzón situado entre el hotel Caribe y el Capilla del Mar la dirección de Marin. También me envió por correo la esmeralda cuadrada que ella llevaba en lugar de la alianza. Escribí a Marin y le dije que tenía la esmeralda, pero no he recibido respuesta. No le dije a Marin que la esmeralda era un recuerdo del hombre que había financiado a los tupamaros.

A Marin no le interesa el pasado.

A mí aún me interesa, pero sigo sin entenderlo.

Lo único que sé ahora es que cuando pienso en Charlotte Douglas caminando en el cálido viento nocturno hacia las luces del Capilla del Mar, cada vez estoy menos segura de que esta historia haya sido una historia de autoengaño.

A no ser que la engañada fuese yo.

Cuando estoy cansada recuerdo lo que me enseñaron en Colorado. El día menos uno en Boca Grande, Charlotte se acordó de traerme una gardenia para el viaje. Su madre se lo había enseñado. Marin y yo somos inseparables. Unas vacaciones de Pascua, Marin se puso un sombrero de paja y un vestido de linón floreado. Dígale a Charlotte que se equivocaba. Dígale a Marin que se equivocaba. Dígaselo de mi parte. Ella recuerda todo. Ella recuerda que sangraba. Se ha levantado el viento y yo no tardaré mucho en morir y lo único que sé empíricamente es «lo que me han contado».

Lo que me han contado, así lo dijo ella.

Me enteré después.

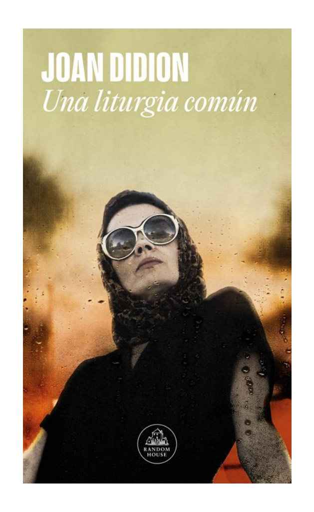
Según su pasaporte. Informaron de ello.

Al parecer.

No he sido la testigo que deseaba ser.

Elogiada por Tennessee Williams y Joyce Carol Oates, recuperamos la mejor novela de Joan Didion.

«Un logro extraordinario». *Los Angeles Times*



Una liturgia común (1977), la novela más lograda de Joan Didion y uno de los íconos de la novelística del siglo XX, es la historia de una tragedia personal y política que sucede en Boca Grande, un imaginario estado centroamericano dominado por la corrupción política, el reparto del poder entre los miembros de una misma familia, el tráfico de armas y la conspiración. La historia reúne a dos mujeres estadounidenses aparentemente muy distintas que, por diversas circunstancias, han recalado ahí. La narradora, Grace Strasser-Mendana, es la viuda del hombre más poderoso de Boca Grande, controla buena parte de la riqueza del país y conoce prácticamente todos sus secretos. Grace trata de dar testimonio del paso por Boca Grande de Charlotte Douglas, una californiana de clase alta, ignorante hasta la inocencia y cuya hija, Medin, se ha unido a un grupo de radicales marxistas.

Escrita con la rapidez telegráfica y la sensibilidad casi imperceptible

de la grandísima Didion, esta novela es un absorbente relato sobre la inocencia, el mal y la capacidad de las mujeres para dar sentido al mundo que las rodea.

La crítica ha dicho:

«Un testigo elocuente de las realidades más insoportables y problemáticas de nuestro tiempo. Una voz memorable».
JOYCE CAROL OATES

«Una obra realmente compleja [...]. Un gran logro de la novelística contemporánea».
TENNESSEE WILLIAMS

«Su obra de ficción más importante [...] con el aura resplandeciente de una tragedia clásica bien escrita».
Los Angeles Times Book Review

«*Una liturgia común* representa lo que yo busco en una novela y lo que aspiro a hacer: una prosa afilada y cristalina, una superficie en apariencia plana pero con aguas turbulentas bajo ella, un control maestro de la sintaxis y la habilidad de mezclar la ambigüedad de las relaciones primarias con familia y amantes con un contexto sociopolítico. Didion para mí trata la mitología y un poderoso sentido de pertenencia. Siempre vuelvo a este libro».
CLAUDIA DURASTANTI, autora de *La extranjera*

«Su prosa tenaz, hermosa y quirúrgicamente precisa no se parece a ninguna otra cosa que haya leído nunca».
DONNA TARTT

«Escribe con navaja».
JOHN LEONARD, *The New York Times*

«La mordaz lucidez de Didion es como la luz del sol de Los Ángeles, algo tan brillante que a veces duele».
Time

«Hay algo inasible, distinto, tremendamente poderoso y reconocible en la prosa de Joan Didion. [...] Dura, seca, cortante. Lejos de embriagar o hipnotizarnos, sus oraciones dan golpes rápidos y secos, golpes que nos mantienen más atentos de lo habitual y que a la vez, gracias a una fuerza irresistible, nos arrastran como la Historia arrastra a sus personajes, muchas veces devastándolo todo a su paso».
Diego Salazar, *Letras Libres*

Joan Didion (Sacramento, 1934 - Nueva York, 2021) fue una célebre novelista y periodista estadounidense. Graduada por la Universidad de Berkeley en California, se le concedió el doctorado *honoris causa* en letras por las universidades de Harvard y Yale.

Comenzó trabajando en la revista *Vogue*, donde ejerció de editora y crítica de cine, y fue colaboradora habitual de *The New York Review of Books*. Junto a su marido, John Gregory Dunne, escribió también guiones cinematográficos, entre los que se encuentra el basado en *Según venga el juego*, llevada al cine por Frank Perry y protagonizada por un joven Anthony Perkins.

Es autora de las novelas *Río revuelto*, *Según venga el juego*, *Book of Common Prayer*, *Democracy* y *The Last Thing He Wanted*. También de varios libros de memorias, como *Where I Was From*, *Noches azules* y el aclamado *El año del pensamiento mágico*, que fue ganador del National Book Award y finalista del Premio Pulitzer y del National Book Critics Circle Award. A lo largo de su carrera publicó diversos libros de ensayo sobre la cultura y la política norteamericanas, una selección de los cuales se incluyen en *Los que sueñan el sueño dorado*, así como *Lo que quiero decir*, una colección de sus primeros artículos y crónicas, o sus anotaciones inéditas, recogidas en *Sur y Oeste*. La mayor parte de su obra en lengua española ha sido publicada en Literatura Random House.

«**Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro**».

Emily Dickinson



Título original: *A Book of Common Prayer*

Primera edición: enero de 2024

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona © 2007, Olivia de Miguel, por la traducción
Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial Fotografía de portada: © Arcangel

ISBN: 978-84-397-4209-8

Compuesto en: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros

Spotify: PenguinLibros

[1] Las palabras y expresiones en cursiva aparecen en español en el original *(N. de la T.)*

Índice